

Selección RNR

Evelin Mordán

*El beso
definitivo*



Romance Histórico

El beso definitivo

Los Kinsberly 2

Evelin Mordán



1.ª edición: septiembre, 2017

© 2017 by Evelin Mordán

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa

del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-837-2

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Para mi Familia, en mayúsculas, porque son demasiado grandes.

*A veces intentamos evitar a toda costa ciertos amores que no nos
convienen.*

Pero... ¿de verdad somos más inteligentes que el corazón?

Evelin Mordán

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Cita

La familia Kinsberly

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Capítulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

Capítulo catorce

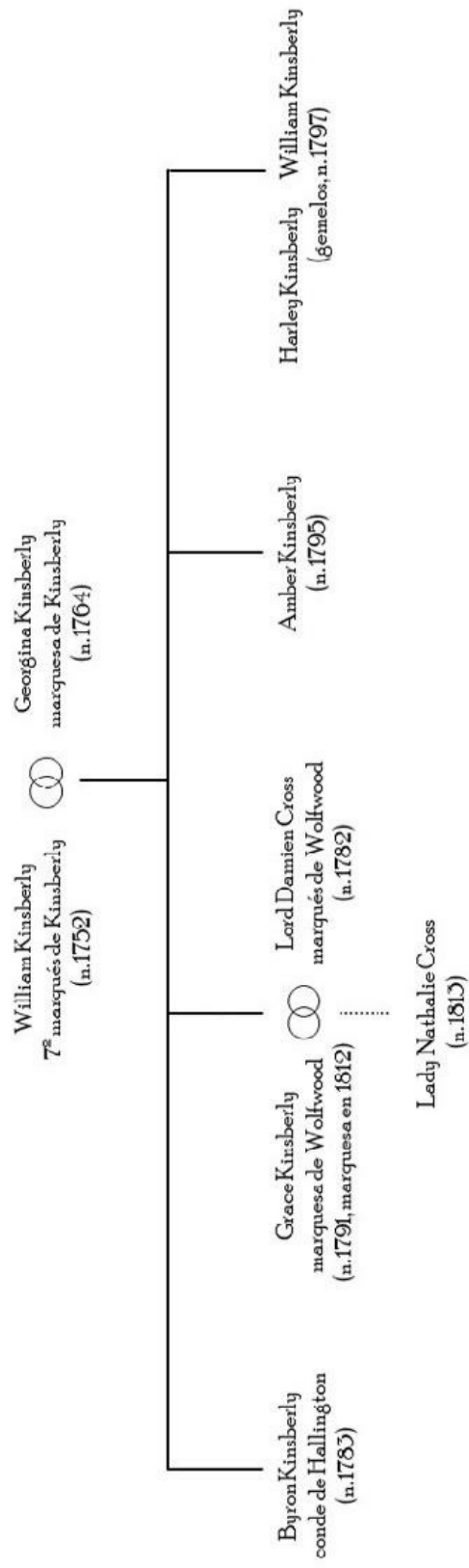
Capítulo quince

Capítulo dieciséis

Epílogo

Nota de autora
Promoción

La Familia Kinsberly



Capítulo uno

1813, Londres.

Cuando la última de las criadas se encerró en su habitación, Amber reapareció de entre las sombras de la escalera. Titubeó antes de hacerlo; todo estaba demasiado oscuro y podía tropezar con algo en cualquier momento, produciendo un ruido que despertara a cualquiera en el silencio de la noche. Pero lo cierto es que conocía cada centímetro de su hogar mejor que a sí misma y, aunque aquella noche hubiera más personas en la casa, confiaba en que todo saldría bien.

Con pasos firmes pero silenciosos se encaminó hasta la cocina, aquel universo que ningún miembro de su familia pisaba nunca, a menos que no fuera para dar alguna orden o revisar el banquete de una fiesta. Pero Amber sí iba mucho a ese lugar, como mínimo, una vez por semana. Allí, a escondidas de todos, sumidos ya en el sueño, salía a la oscuridad y peligros de la noche londinense para jugar a lo que ella consideraba un acto de valentía y locura. Quizás lo segundo más que lo primero.

En penumbra, dibujó un mapa en su mente hasta recordar dónde guardaba el personal de cocina las cestas. A su derecha había todo un desfile de muebles de madera, con tablas gruesas que sujetaban todo tipo de cargas: manteles, cazuelas, jarrones... y en una de aquellas tablas estaban delicadamente ordenadas cuatro cestas de mimbre que solían disponerse para los paseos de las damas de la casa. No perdió tiempo y cogió una de ellas, de tamaño mediano, y comenzó a introducir algunas frutas que había esparcidas por la mesa. También cogió pan, aunque estaba duro y seguramente con algún indicio de moho; la cocinera debía de tenerlo para la elaboración de un pudín. Quería coger más cosas, pero no era sensato hacer desaparecer tanta comida. Cubrió los alimentos con una gruesa servilleta que tanteó sobre una silla y cerró la cesta, no era suficiente para todos, pero ellos sabían compartir

y siempre se las arreglaban con lo que fuera que les llevara.

Amber ajustó la capa sobre su estrecho cuerpo y se cubrió el cabello. En sus intencionadas visitas a la cocina, había descubierto dónde guardaban la llave de la puerta que daba al patio trasero, que conducía al exterior, por lo que incluso a oscuras no se le hizo difícil ponerse de puntillas y alcanzar la rolliza llave situada en una tabla sobre la puerta.

Al salir al frío helado de principios de abril, dio la vuelta a la casa y cruzó la verja que aislaba la mansión de la empedrada calle londinense, echó un último vistazo a las ventanas, buscando con miedo algún rostro que la hubiera delatado. Llevaba lo suficiente haciendo aquello para haber perfeccionado las escapadas, pero se estaba arriesgando demasiado con todos sus hermanos, incluida su hermana Grace y su marido, en casa. Por no mencionar, además, que salir por la puerta principal no era la mejor forma de realizar una huída correcta a altas horas de la noche. Cualquiera vecino podía verla, y entonces su reputación estaría arruinada con apenas una temporada social realizada. Jamás encontraría un marido, porque la acusarían de sabrá Dios qué cosas cuando toda la ciudad supiera que realizaba excursiones nocturnas. Pero las casas de aquel residencial disponían únicamente de una puerta más pequeña y menos ornamentada que estaba a disposición del personal.

Con la cesta bajo el brazo y bien cubierta por la negra capa, Amber caminó dirección Este lo más rápido posible sin mirar atrás. Al doblar la primera esquina, la calle seguía desierta a excepción de Sam, el niño que la ayudaba a conseguir un caballo una noche a la semana a cambio de unas monedas; la esperaba con los ojos expectantes por su recompensa.

—Milady, ha tardado mucho —susurró cuando llegó hasta él.

—Mi hermana mayor ha venido a pasar unos días, todos se han retirado más tarde de lo normal.

Sam asintió, comprendiendo; la señorita a la que ayudaba pertenecía a una de las familias más respetadas y adineradas de la ciudad, y para él era un honor ayudarla con su humilde labor, aunque ello implicara esperar horas de frío controlando una yegua que no se estaba quieta, y arriesgar su puesto de

trabajo en el establo de lord Grow si descubrían que faltaba un animal.

—¿Qué tenemos hoy, Sam?

—Se llama *Pucky*, es muy mansa, milady —contestó acariciando el animal—. El caballo de la semana pasada está enfermo.

—Esta yegua estará bien. —Era muy buena jinete y podía controlar al caballo más bravo pero, para su labor, cualquier cosa que la condujera a su destino era suficiente—. Aquí tienes, esta vez te has ganado tres monedas, hace mucho frío aquí fuera.

El semblante del niño se ensombreció.

—¡Tres chelines!

—Recuerda recoger el caballo mañana, en el mismo lugar de siempre.

—Sí, milady —y dicho esto, echó a correr en la oscuridad.

Amber saludó con cariño a la yegua, y el propio animal le ofreció su lomo con reverencia cuando la joven se dispuso a subir en él. Las calles de Londres estaban en silencio mientras cabalgaba de prisa hasta el orfanato, captó las miradas de un grupo de caballeros que salía de un club pero no aminoró la marcha ni se puso nerviosa, consciente de que eso solo provocaría que se dieran cuenta de que a lomos de aquella yegua iba una mujer.

El helado viento azotaba con dureza cada centímetro de su cuerpo. Para ser casi primavera, el frío invernal se negaba a dar paso al crecimiento de las flores y los días soleados. Amber cruzó residenciales bien organizados con grandes casas blancas, beige, rosadas... en las que las verjas que las aislaban de la carretera eran cada vez más altas, según disminuía la seguridad del barrio. Los residentes londinenses con un poco de poder se preocupaban mucho por hacer notar que estaban muy por encima de aquellos que no podía permitirse decorar sus hogares con una alta y fuerte verja de hierro, metáfora de que deseaban aislar cualquier indicio de pobreza de sus apellidos. Aquel era el barrio por el que estaba cabalgando ahora mismo; el barrio de los nuevos ricos. Y no tardó en caer en el bajo Londres, aquella parte de la ciudad que más temor tenía en cada noche de aventura.

A diferencia de las silenciosas calles que había dejado atrás, aquel lugar

estaba repleto de actividad. Obligada a disminuir la velocidad de *Pucky* por la cantidad de personas a su paso, Amber observó bajo la capa a un hombre durmiendo en el suelo, mojado de pies a cabeza, y no de agua por el hedor que subía hasta ella. A pocos pasos de él, otro grupo de hombres discutían sobre caballos y mujeres, e incluso hacían comparaciones entre el género femenino y la raza animal. Ante la puerta del local, probablemente un club de mala muerte en el que nadie salía sobrio, tres jóvenes con vestidos demasiado reveladores reían sin parar las gracias de los clientes.

A su izquierda, un hombre observaba también la escena con ojo crítico y un arma en la mano. Amber no entendió lo que sucedía hasta que el segundo hombre apartó con brusquedad la capa que lo cubría y apuntó brazo en alto a los hombres que reían sin cesar sobre sus propias bromas. El primero en darse cuenta paró la risa en seco y golpeó a los demás para que callaran y prestaran atención. Las mujeres que habían estado observando corrían ahora hacia el interior del local y cerraban la puerta tras de sí, sin ninguna curiosidad por lo que pudiera pasar a continuación.

Los hombres, todos, se estudiaban entre ellos; analizando realmente quién iba contra quién, y quiénes llevaban ventaja teniendo en cuenta que el único que iba armado era el señor de la capa y el sombrero oscuros. A pesar de que reían juntos momentos antes, no parecían tener ningún tipo de amistad, el primer golpe fue lanzado entre los borrachos, y uno de ellos cayó de bruces ante *Pucky*, que se detuvo en seco relinchando y nerviosa.

La pelea no tenía ningún sentido; el hombre armado no hacía otra cosa que apuntarlos a todos con su arma, sin inmiscuirse de forma directa en el conflicto. Y los demás se pegaban entre ellos y caían una y otra vez ante ella, impidiéndole el paso.

—¡Lárgate de aquí, muchacho!

Amber tardó unos segundos en comprender que el señor de la pistola se dirigía a ella, no había reconocido que era una mujer. Sin pensarlo dos veces, cuando el borracho que estaba en el suelo se levantó a golpear a su atacante, ella apremió a *Pucky* y ambas salieron de aquel callejón de acciones

irracionales y mal olor.

En su mente permaneció por un segundo la imagen de aquellos hombres peleándose, pero durante varios minutos continuó viendo todo tipo de cosas en aquellos barrios de Londres en los que ninguna dama de su cuna debería estar nunca, y pronto se olvidó de los borrachos y del pistolero para concentrarse en dar velocidad a la yegua.

Llegaron a una plaza decorada con una gran fuente de agua sucia en la que algunas palomas picoteaban en busca de migas de pan. Allí no había nadie, y al mirar atrás respiró tranquila al saber que ya había pasado el peligro.

El edificio que presidía la plaza estaba custodiado por un portón de hierro de una altura considerable, pero los muros que la sostenían ya no estaban tan enteros ni imponían tanto miedo como antaño; todo lo que veían sus ojos era un orfanato casi en ruinas.

Amber ató a *Pucky* al poste de madera junto a la entrada e hizo la señal para anunciar su llegada: un silbido largo, dos cortos, y otro largo. La puerta de hierro se mantenía firmemente cerrada para evitar la entrada de mendigos adultos y poner en riesgo la seguridad de los niños que aún residían en aquel lugar, por lo que ella y los pequeños habían ideado una señal de comunicación con la que podían identificarla y abrirle siempre que fuera. Harry, que era el mayor de todos con doce experimentados años, era quien siempre bajaba en carrera a abrirle a la que, según él, algún día sería su prometida. La sonrisa de Amber provocó una mirada interrogativa en *Pucky*, que decidió que no le importaba y comenzó a buscar algo que comer por el suelo. Pero Amber también había pensado en su montura, y le tendió unos cuantos terrones de azúcar sacados de la cesta.

—Deja para después, *Pucky*. —La regañó cuando insistía en comerse todos los que tenía en la mano.

Amber buscó con la mirada el rostro travieso de Harry asomarse en alguna ventana comprobando que ella había vuelto. Pero no vio a nadie, de hecho no escuchaba nada; todo estaba muy silencioso. Quizás se habían dormido, pensó. Lo cierto es que era muy tarde, nunca había ido a unas horas tan altas

de la noche.

—Me temo que hoy no podremos verlos, *Pucky*.

Con pesar, desató a la yegua de su amarre y se dispuso a subir para regresar a casa, consciente de que esa noche no podría ver a los pequeños. Pero Amber no se sentía conforme con haber pasado los peligros de llegar hasta allí y no poder darles los recursos que tanto necesitaban. Hacía más de una semana que no iba a visitarlos, estaba segura de que los víveres de su última visita estaban acabados hacía días, por no mencionar que no tenían el material suficiente para cubrirse de aquel frío que negaba la entrada a una primavera esperada con ansias.

La cocina, pensó, podía entrar por la cocina. Debía dar la vuelta al edificio, en el ala oeste, donde una entrada pequeña custodiada por una verja oxidada daba paso a un pequeño patio que en su tiempo fue un frondoso jardín, y allí estaba la puerta de acceso a la cocina.

Decidida, Amber rehízo el amarre y se encaminó al ala oeste cubriéndose más con la capa oscura cuando escuchó el relinchar de unos caballos al llegar a la esquina. La verja no disponía de ningún cierre, pero chirrió al abrirla y cerrarla tras su paso. El patio continuaba desolado y olvidado por la mano del hombre, tal y como lo había visto la última vez. A su derecha, bajo una gran maceta de barro cubierta por raíces secas y descoloridas, se escondía una copia de la llave que le permitía acceder a la cocina cuando Harry no estaba presente para abrirle el portón de hierro. Además de ser el único por su altura que alcanzaba al pestillo del interior, había sido una medida de seguridad tomada por todos tras la desgracia de semanas atrás.

La estancia estaba a oscuras y en esta no le sobraba la confianza como en su casa, pero no tardó en encontrar a tientas las velas y las cerillas en la mesa del centro. Dejó la cesta sobre ella y las encendió, pero la exhalación que produjo el rápido latir de su pulso casi hizo que la llama se apagara; ante ella, sentado en una silla al otro lado de la mesa, había un hombre que la miraba con sorpresa.

—¿Quién es usted?

El hombre entrecerró los ojos y miró la cesta que ella había puesto cerca de él, y cuando volvió a clavar los ojos sobre ella su mirada ya no era de sorpresa.

—Yo soy —dijo, incorporándose—, a partir de este momento, tu peor pesadilla.

Y antes de que pudiera preguntar a qué se refería o exigir una explicación de qué hacía allí, una mano enguantada y carente de delicadeza impidió cualquier palabra que pudiera salir de sus labios, y Amber sintió, presa del pánico, que era arrastrada a los pasillos del orfanato.

Capítulo dos

Le impidieron hablar, pero no ver, y reconoció cada pasillo hasta ser arrastrada al despacho del último director del centro. Aquella noche todo era distinto; cada rincón estaba vigilado por hombres armados que la observaron mientras su raptor la conducía sin miramientos a la estancia privada, acallando sus gemidos de protesta.

Por un largo instante, Amber se sintió otra vez en Kinsberly Hall, varios meses atrás, atrapada en las garras del primo de lord Wolfwood, el esposo de su hermana Grace. Aquel día había sido la primera vez que algo tan temeroso y peligroso había sucedido en su vida, y aunque había salido ilesa estaba completamente segura de que no volvería a experimentar nada similar el resto de sus días. Pero allí estaba de nuevo, ajena a cualquier explicación, siendo raptada por unos delincuentes que muy posiblemente la habían estado espionando para secuestrarla a cambio de un rescate.

El despacho estaba iluminado con varias velas, y las cortinas estaban recorridas a pesar de que el orfanato estaba repleto de delincuentes. Pero claro, nadie volteaba a ver dos veces aquel lugar, así que nadie percibiría lo que estaba sucediendo esa noche. Ahora que estaba sentada frente al escritorio de caoba finamente tallado, Amber pudo ver con claridad el rostro del hombre que la había arrastrado hasta allí, que la miraba con altivez por debajo de un pañuelo que casi cubría sus ojos; detalle que no había visto en la penumbra de la cocina. Las manos enguantadas que habían atrapado sus gritos permanecían apoyadas sobre la imponente mesa, en clara posición de originar miedo en ella.

Cuando por fin alguien habló, lo hizo una persona que acababa de entrar en la habitación.

—¿Quién es esta mujer?

Se trataba de otro hombre casi con las mismas características que el

primero; ambos tenían puesto aquel pañuelo negro en la cabeza, aunque el segundo también tenía un sombrero sobre él. Los guantes de cuero eran idénticos, e incluso entre las facciones de ambos había un cierto parecido. Quizás fueran una familia de secuestradores, pensó.

El vestuario que cargaban era básico y sucio. Sus camisas estaban ennegrecidas y arrugadas, y unos tirantes negros sujetaban unos pantalones que parecían muy grandes para ellos. El que acababa de llegar la miraba con curiosa molestia, como si el botín que estaba ante sus ojos no era el que esperaba. Quizás si se quitaba la capa y dejaba ver sus finas ropas cambiara de opinión.

—Me topé con ella en la cocina —respondió el primero—. Entró con una llave, tiene que ser ella.

—Nunca habíamos visto a esta mujer, ¿estás seguro que se trata de ella? ¿Qué ha pasado con Gatsby?

—¡Y yo qué diablos sé! ¿Por qué no vas a la guarida de Murrow y se lo preguntas tú mismo?

El recién llegado no toleró la insolencia del primero y arremetió contra él a golpes no demasiado serios para querer iniciar una pelea de verdad. Aun así, Amber pestañeó más rápido, al mismo ritmo de los latidos de su corazón, sin gana alguna de presenciar una pelea entre machos que querían imponerse respeto.

Pero algo no pasó desapercibido a sus oídos, y es que claramente la estaban confundiendo. ¡Tenía que hablar! Debía aclarar que, en efecto, ella no era esa tal Gatsby. Su cuerpo se relajó un tanto y reunió el valor necesario para alzar la voz y hacerse escuchar.

—Están en un error, caballeros.

Dos pares de ojos la miraron como si acabasen de percibir su presencia, y entonces se echaron a reír. No... ¡eran carcajadas! Amber observó atónita cómo se reían de ella.

—¿Has oído, Jota? —Rio el último en llegar—. Te ha llamado caballero.

—¡Yo no soy Gatsby?

—Eso nos ha quedado claro, bonita —murmuro Jota—. Gatsby es tan o más alta que uno de nosotros, y desde luego tiene mucha más carne que tú.

—Parece que Murrow las desea ahora con aspecto virginal, ¿te compró siendo virgen?

—Santo cielo —gimió escandalizada—. Les repito que se están equivocando de persona, no conozco a ningún señor Murrow, y mucho menos a Gatsby.

Jota y su compañero compartieron una mirada impaciente antes de acercarse a ella, cada uno por un lado de la silla, y acosarla con sus delgados cuerpos.

—Seas quien seas —siseó el segundo—, te hemos pillado. Y te conviene ahorrar fuerzas para enfrentarte al Jefe, porque a él sí tendrás que darle muchas explicaciones.

La mirada de aquel hombre era oscura, demasiado fría para ser humana, pero sin embargo el verde de sus ojos le aseguraba que estaba lleno de vida. No comprendía nada; ¿era un secuestro o no? Si era un secuestro, ¿por qué hablaban de ese tal Murrow, y esa tal Gatsby? ¿A qué venían esa mirada acusatoria y esas amenazas? Algo había interpretado mal, y era mejor mantener su identidad en secreto hasta ver al que parecía ser El Jefe. Aunque... si tenían un jefe, eso es que eran un grupo, o más bien... ¡una banda!

¡Claro!

Ahora todo encajaba; eran una banda roba niños. Una de las muchas bandas despiadadas que se aprovechaban de criaturas huérfanas abandonadas como los que ella intentaba cuidar y proteger. Habían vuelto, habían regresado para llevarse a un niño más, o a una niña como en el caso anterior, y esta vez Amber había tenido la mala ventura de toparse con ellos frente a frente.

La furia se había apoderado de ella y estaba dispuesta a decirles lo que merecían cuando la puerta se abrió nuevamente.

—Cedric quiere saber qué estáis haciendo —gruñó una voz grave desde la

puerta—. Quedamos en que nos iríamos hace veinte minutos.

—Hemos encontrado lo que vinimos a buscar —informó Jota—. Echa un vistazo.

Amber escuchó pasos acercarse, y los hombres que la habían vigilado hasta aquel instante se apartaron para dejar sitio al recién llegado. Se trataba de un hombre con cara de niño que luchaba por aparentar lo primero, pero estaba claro que era lo segundo. No debía superar los diecisiete o dieciocho años, pero la abundante barba sin arreglar y el pelo largo le daban un aspecto mucho más varonil y adulto.

—Quizás te llame caballero a ti también —rio el segundo, de quien todavía desconocía el nombre.

—No es Gatsby —comentó el tercero.

¡Por supuesto que no era Gatsby!, quiso gritar.

—No, y no sabemos quién es pero entró con llave a la cocina. Yo estaba allí; estoy seguro de que es una de ellos.

Amber no podía más.

—¡Están en un error! No conozco a nadie con esos nombres, y muchos menos pertenezco a ninguna clase de banda como la suya.

El chico que parecía adulto la miró con el cejo fruncido, sorprendido quizás de que ella solita hubiera llegado a la conclusión de que eran una banda de delincuentes. No debería sorprenderse tanto, murmuró para sus adentros, las pintas que llevaban dejaban mucho que desear. Desde luego no pertenecían al barrio de Mayfair.

—Id a buscar a Cedric.

El Tercero se quedó observándola como a un objeto mientras los otros dos buscaban a aquel tal Cedric, el cual ella no tenía ningunas ganas de conocer. En menos de media hora había conocido a tres de los hombres más mal educados de todo Londres. No, ¡de todo el país! No le apetecía en absoluto conocer a un cuarto. Pero sus deseos y necesidades estaban anulados por

aquellas bestias esa noche y, en menos de los que se esperaba, escuchó la puerta abrirse nuevamente y cerrarse con un fuerte portazo segundos después.

—Déjame solo con ella.

Si los primeros hombres le habían causado desagrado, aquella voz recorrió todo su cuerpo con un escalofrío de temor. Tragó en seco y echó una última mirada al Tercero antes de que desapareciera en dirección a la puerta. Quería girarse sobre la silla y ver ella misma quién acababa de hablar, estaba segura de que se trataba de El Jefe, pues su tono imperativo no daba lugar a dudas. Cedric, lo habían llamado. Su nueva pesadilla se llamaba Cedric.

Y pronto Cedric tuvo rostro.

Ante ella no había un hombre vestido con harapos y postura encorvada o poco firme, sino un cuerpo imponente, músculos marcados a pesar de una estructura delgada, y una altura respetable para ser un hombre. Vestía con camisa blanca bajo un chaleco bien tallado y unos pantalones finos que se escondía dentro de una botas de montar. Desde donde estaba, a ella se le hacía inmenso, pero su hermano Byron era uno de los caballeros más altos que había conocido, y aquel hombre no era más alto que su hermano, quizás igual. Su rostro era finamente anguloso, marcado por una fina barba que parecía retocarse cada mañana al levantarse. Labios y nariz perfectos, y unos ojos pequeños que se empequeñecían aún más con un entrecejo fruncido.

Era atractivo... tan atractivo como temerario.

Acortando la distancia entre ambos y con la clara intención de asustarla, Cedric apoyó ambas manos a los costados de la silla, quedando intimidante sobre ella.

—Si no fueras una mujer —siseó—, ahora mismo estarías sangrando hasta yacer muerta.

Amber tragó saliva, muda.

—Debería entregarte a las autoridades ahora mismo, pero entonces no recuperaría a Kath, y tu apestoso jefe seguiría buscándome las cosquillas.

—¡No tengo ningún jefe! —Gritó desesperada—. Se están equivocando de persona.

Lejos de creerla, aquello lo enfureció mucho más.

—¡No pienses que tendré piedad contigo, jovencita! ¿No te das cuenta de la gravedad de lo que hacéis? ¡Son niños!

—¡Niños de los que os aprovecháis!

—¿Cómo dices?

—Kath desapareció hace varias semanas, ustedes u otra banda igual de maliciosa la robó. ¿Qué es lo que sucede? ¿Dónde está? ¿Por qué la estáis buscando?

—No juegues conmigo —gruñó Cedric, y casi levantó la silla al sujetarla con tanta furia—. Murrow se la llevó, Gatsby lo ayudó y ahora tú vienes a robarte a alguien más. ¿A quién? ¿Daniela, Lucy? ¡Solo tienen ocho años!

—Yo no vengo a robarme a nadie ni hacerles daño, cuido a esos niños. Los ayudo con comida y mantas para que no mueran de frío. Tiene que creerme, no soy quien usted cree.

Cedric calló un momento para mirarla a los ojos y medir sus palabras; no la creía. Lo supo mucho antes de que la izara por los brazos y clavara sus garras en ellos.

—No te creo ni una palabra —musitó con calma—. Murrow ha jugado bien sus cartas encargando a una jovencita de aspecto virginal para no levantar sospechas, pero perdéis toda pureza cuando os unís a él...

—¡No sé de quién me habláis! Os lo repetiré hasta el cansancio, si es necesario. Soy inocente de lo que me acusáis, buscad a los niños y que os lo afirmen ellos si no me creéis.

—¿Crees que soy estúpido? —Amber se resistió a decirle que sí—. Es posible que te conozcan e incluso te defiendan, ya me han hablado de una bonita joven que los alimenta. Pero siempre se da de comer al cordero antes de asarlo.

—Es usted el ser más terco que he conocido.

Una fría risa salió de las entrañas de Cedric.

—Tendrás tiempo para decirme algún insulto más inteligente que ese.

—¿Qué quiere decir?

—Que te vas conmigo, a partir de este momento eres mi prisionera hasta que hables y confieses. Cuando Murrow me entregue a Kath yo te devolveré a ti, ese será el trato. —A pesar de la furia que desprendía, Amber sintió que la recorría con una mirada provocadora—. Si eres su nueva distracción no tardará en echarte en falta y ponerse en contacto conmigo.

—¡No! Por Dios, ¿es que no lo entiende? No va a conseguir nada conmigo, no soy la responsable de la desaparición de Kath. Yo soy...

—¿Quién? —Preguntó él con una ceja arqueada.

¿De verdad iba a revelar su identidad a una banda de delincuentes? No creían nada de lo que decía, y podían arremeter contra su familia por una venganza que en sus vacías mentes sería justa. Y aunque se resolviera el malentendido en el que estaba envuelta, no podía permitir que su nombre quedara en manos de hombres como aquellos. Podían arruinar su reputación con solo dos palabras en un lugar y momento equivocados. No podía manchar el nombre de su familia.

Al ver que no decía nada, Cedric relajó la expresión del rostro, cansado ya de aquella conversación en la que ninguno quería ceder. Su destino estaba escrito; en un principio pensó que la habían seguido para secuestrarla a cambio de un rescate, y aunque había errado en la conclusión, acabaría siendo secuestrada por un motivo mucho peor; rivalidad entre dos bandas en la que sus secuestradores pensaban que ella y «los suyos» eran los responsables de la desaparición de Kath.

Ya no sabía quién habían robado a quién, ni si aquellos hombres buscaban a Kath para ayudarla o perjudicarla, solo tenía claro que aquella noche no volvería a casa.

Sam corrió lo más rápido que pudo hasta Kinsberly House, esquivando los

carruajes de algunas doncellas que madrugaban para asistir a misa y algunos caballeros a caballo que hacían su ejercicio diario hasta Hyde Park. No sabía qué diría al poderoso y respetado lord Kinsberly, pues no todos los días desaparecía una dama de buena cuna. Y tenía la certeza de que la señorita estaba en peligro, que algo malo le había sucedido, porque jamás faltaba a su palabra de dejar el caballo que le prestaba atado en el árbol con forma de arco que había cuatro manzanas más allá. Lady Amber era muy considerada, siempre lo ayudaba con chelines de más para que pudiera colaborar con su familia, que servía a la casa Grow desde antes de él existir; jamás permitiría que perdieran su empleo.

Sabía que estaba haciendo lo correcto. Aunque fuera de alto secreto que huyera algunas noches en busca de aventura, ante aquel acontecimiento Sam no podía quedarse callado. Quizás viera comprometida a su señorita Amber mucho antes de lo que había pensado, pues si se reunía con algún amante en secreto aquello había llegado a su fin. Lástima, pensó, estaba decidido a crecer y a convertirla en su esposa en cuanto pudiera cobijarla en un hogar.

Entró por la verja que daba a las cocinas y la actividad del desayuno le abrió el apetito. Olía a pan tostado y mermelada casera. Una doncella removía con insistencia un líquido blanco que humeaba en un cazo; leche caliente. Se le hacía la boca agua.

—¡Niño! —Lo llamó una voz a su lado—. Tu amigo ya ha traído la leche, vete a otra casa.

Sam miró con temor a la señora regordeta que intentaba pasar sosteniendo la bandeja repleta de tostadas que había olido al entrar.

—No soy el niño de la leche, señora —musitó. Tenía que solicitar ver a lord Kinsberly, pero no podía presentarse en las cocinas de una de las casas más respetadas de la ciudad y pedir así como si nada ver a un hombre tan ocupado como él. Ser directo sería su única solución—. Necesito hablar con lord Kinsberly, una de sus hijas está en peligro, señora.

La actividad de la cocina se paró en seco, pares de ojos estaban sobre él.

—¿Qué barbaridad estás diciendo?

—Se trata de lady Amber.

—¿De qué conoces tú a lady Amber, mocoso?

—Necesito hablar con milord —repitió, solo a él debía darle los detalles—, es muy importante; la señorita puede estar en serios problemas.

Un «Oh, Dios santo» escapó de varias bocas cuando comenzaron a tomarlo en serio.

—Vamos, niño, te llevaré hasta los señores. Espero que sepas de lo que estás hablando.

La señora lo agarró de la mano y lo guio hasta las afueras de la cocina, donde cruzando puertas y doblando pasillos llegaron a las lujosas estancias de la casa de los Kinsberly. A su lado algunas criadas pasaban llevando bandejas vacías a la cocina, y otras las sustituían con mucha más comida; estaban desayunando. Había interrumpido el desayuno de los Kinsberly, y eso no era nada bueno; con el estómago vacío nadie estaba de buen humor.

Llegaron a un comedor donde habían varias personas comiendo, todos adultos excepto un par de jóvenes que seguro no eran mucho más mayores que él. Y un bebé, por cierto. Una mujer hermosa lo acunaba mientras lo miraba con amorosa ternura.

—Disculpen las molestias, milady —dijo la señora, tapándole la vista con su voluminoso cuerpo—, ha llegado un niño con noticias preocupantes que creo que deben escuchar.

—¿Qué sucede, Enrieta?

—El muchacho insiste en hablar con lord Kinsberly.

—¿Dónde está él?

Sam salió de detrás de la cocinera para dejarse ver por todos. Quien hablaba era la señora de la casa, lady Georgina Kinsberly, que no dudó en levantarse de la silla y acercarse hasta él.

—Hola, pequeño, ¿cuál es tu nombre?

—Buenos días, milady —la saludó con una reverencia bastante torpe—. Sé que no debería estar aquí, pero tengo que contarles algo muy importante.

—De acuerdo, estamos ansioso por escuchar de qué trata, Sam.

Él miró de reojo a Enrieta y al resto, inseguro de hablar delante de todos algo tan delicado. Además, no veía a lord Kinsberly por ninguna parte.

—Enrieta, retírate a la cocina y prepara un desayuno generoso para obsequiar a Sam cuando se marche, por favor.

—Sí, milady.

Una vez se hubieron retirado todos los criados, Sam se sintió más cómodo para explicar lo que había pasado. Él también era un criado, y precisamente por eso se negaba a que la señorita Amber fuera la comidilla de las doncellas mientras quitaran el polvo. Sabía lo que hacía.

—Ahora puedes hablar con confianza, Sam.

Y así lo hizo. Les explicó dónde trabajaba y cuál era su relación con lady Amber. Les contó que cada mañana después de sus excursiones el caballo que le prestaba siempre estaba donde acordaban, pero aquella mañana no había aparecido, y que estaba seguro que se debía a que algo malo le había pasado a la señorita. Las caras de asombro, incredulidad y temor de los familiares de la joven no tardaron en ser sustituidas por preguntas y exclamaciones al mismo tiempo.

—¡Que alguien vaya a su habitación ahora mismo! —Se impuso la voz de un hombre increíblemente alto y fuerte que obligó a lady Kinsberly a sentarse—. Y quiero ver a su doncella, ¡ahora!

Sam apenas había percibido que había salido a dar las órdenes voz en grito al pasillo, su mirada estaba fija en los semblantes asombrados de los presentes. Parecía mentira: mostraban más sorpresa que preocupación.

—¿Amber? ¿Amber escapándose en mitad de la noche? —Murmuraba la mujer que sostenía el bebé.

—Esto no tiene ningún sentido —comentaba lady Kinsberly.

—Él tiene que saber dónde iba.

Era la voz de la niña más joven, bonita pero visiblemente impetuosa, ya que ni si quiera estaba correctamente sentada.

—Nunca supe a dónde iba —se defendió Sam—. Yo solo cumplía con prestarle un caballo a cambio de algunas monedas. La señorita siempre me daba de más, por eso me limitaba a cumplir con mi parte y no a hacer preguntas.

—Típico de Amber —dijo la niña.

—Byron, hay que hacer algo.

—Lo sé, madre —respondió el hombre alto y fuerte. Claro, se trataba de lord Byron, conde de Hallington. Y la mujer que sostenía en brazos el bebé debía de ser lady Grace Wolfwood—. Pero necesito asegurarme que de verdad no está aquí antes de informar a padre.

Como llamada por un sexto sentido, una doncella que temblaba como una hoja caída de un árbol en otoño apareció en el umbral.

—Lady Amber no está —informó entre gemidos—. Pensé que seguía durmiendo al no escuchar la campana de servicio, pero simplemente no está en su cuarto, lord Hallington.

El momento de consternación que hubo después abrumó a Sam. Todos eran conscientes de lo que con mucha seguridad había sucedido.

—La han secuestrado —sentenció lord Hallington.

—¡No!

—Tranquila, mamá —la consolaba lady Grace, que había cedido el bebé a un hombre que con toda seguridad se trataba de su esposo—. Byron, hay que pensar en otras posibilidades.

—¿Cómo cuáles?

—¡Quizás tiene un amante y se han fugado para casarse en secreto!

—¡Harley! —Gruñó lady Kinsberly—. Es de tu hermana Amber de quien estamos hablando. Jamás haría algo así; mi niña jamás mancharía su honor. —La señora intentaba contener las lágrimas sin mucho éxito—. ¿Cómo ha podido pasar esto ante mis ojos? Apenas la veía levantar la cabeza de un libro, ¿cómo iba a imaginar que hacía algo así?

—La encontraremos, madre —dijo lord Hallington—. Me encargaré de

ello.

Salió del comedor sin mirar a nadie ni decir una palabra más, y los llantos de lady Kinsberly fueron lo único que llenó el silencio. Sam supo que sobraba en aquel lugar, había cumplido su deber de informarles lo sucedido, y deseaba con fuerzas que la señorita Amber apareciera sana y salva. Y que cuando lo hiciera, no se enfadara con él por haber revelado su secreto.

Le dieron las gracias y le prometieron mediar con lord Grow si amenazaba con despedirlo por la pérdida de su yegua, y Sam se fue mucho más relajado con los panes que Enrieta le había preparado para comer.

Capítulo tres

Los gritos retumbaban por todo el apartamento, pero Amber se negaba a salir de la habitación. La furia por la forma en que la había llevado hasta allí todavía era dueña de ella.

Desde el primer instante supo que sería secuestrada, raptada, o cualquiera que fuera la acción que habían tomado para con ella, pero desde luego no esperaba que la llevaran a un departamento, y mucho menos al departamento del mismísimo jefe de la banda. Había tomado posesión de ella como un saco de víveres adquiridos en un mercadillo barato, subiéndola en su propio caballo tras él sin aceptar réplicas ni protestas. Amber había llegado a su destino con una furia que crecía por segundos, pero el temor a que fueran hombres peligrosos y que aún no hubieran mostrado su verdadera faceta le impedía siquiera abrir la boca.

Jota y los demás habían desaparecido de su lado en cuanto llegaron a una parte más lujosa de la ciudad. Amber juraba que se dirigirían a los barrios llenos de podredumbre del bajo Londres, pero el caballo de su raptor siguió hasta cruzar Hyde Park hacia el oeste, donde ella pronto perdió la pista de lo conocido.

—No vas a reconocer las calles —había dicho él cuando aminoraba la velocidad—, aquí se hospedan más de la mitad de los hombres solteros; no reconocerías el camino hasta tu guarida aunque lo intentaras.

Detenidos en un bloque de piedra gris que parecía albergar varios apartamentos, el hombre desmontó del caballo y la bajó sin cuidado alguno después. Ella no protestó, pero se empezó a negar a que tuvieran cualquier contacto físico. Para ese entonces, la mañana siguiente, seguía encerrada en la habitación en la que él la había depositado para que pasara la noche. Según algunos pensamientos en voz alta, aquel hombre esperaba poder contactar con otro que, al parecer, también era jefe de aquella banda sin sentido. Así

que Amber no iba a salir de aquel cuarto hasta poder hablar con alguien más racional y educado y explicarle que estaban cometiendo un terrible error.

Otro portazo retumbó.

Llevaba un buen rato amenazándola con que lo dejara entrar o echaría la puerta abajo, pero había ganado tiempo alegando estar sin vestir por falta de una doncella que la ayudara; algo totalmente falso, pues ni si quiera se había quietado la ropa la noche anterior. Amber sabía que si salía volverían a perder el tiempo discutiendo mientras que Kath estaba desaparecida en las garras de, según acababa de comprobar, alguna banda peligrosa que quisiera hacer las peores cosas con ella.

Algo empezaba a quedar claro: aquellos que la habían raptado no eran los malos, pero sí creían que lo era ella. Y ansiaba que apareciera el otro jefe para poder explicarle a él la magnitud del malentendido.

Otro golpe en la puerta, escuchaba la fuerza de sus pisadas a pocos centímetros de ella.

—Escúchame bien, niña —gruñó tras el muro de madera que los dividía—, me importa poco si te mueres de hambre, no te estoy llamando para que salgas a desayunar en *mi* mesa con *mi* desayuno.

—¿Y entonces para qué me molesta tanto?

—Porque quiero que hagas más ligera esta tortura para los dos; sal y dime dónde tiene Murrow a Kath, y los dos saldremos ganando.

Aunque él no pudiera verla desde el otro lado de la puerta, Amber puso los ojos en blanco, exasperada.

—¿Qué gano yo diciendo algo que no sé? Podría inventármelo y, aun así, dudo que yo ganara algo.

Escuchó un suspiro.

—Tampoco te ayuda seguir haciéndote la inocente. ¿Es que no te das cuenta de tu posición?

—Por supuesto; me tiene usted encerrada.

—Eres tú la que no quiere salir.

—Me niego a verlo una vez más.

La risa de aquel hombre llegó hasta ella con irritante claridad.

—Sal de ahí, niña malcriada.

—¡No soy ninguna niña malcriada!

—¿Cuántos años tienes? ¿Quince?

—¡Tengo casi dieciocho! —Gritó indignada. ¿Pero qué estaba haciendo? A ese cretino poco le importaba la edad que tuviera. Era un terco mal educado, por más que comprendía que él y sus secuaces solo ayudaban a los niños del orfanato igual que ella, se negaba a verlo como una buena persona.

—Sal de ahí.

Ella no contestó. ¡Aquello era absurdo!

Estaba raptada por un cretino que se negaba a darse cuenta de que había capturado a la persona equivocada. ¿Es que no había visto sus ropas? En el mundo que ella vivía, una chica del bajo mundo no vestía aquellas telas, y mucho menos calzaba aquellos zapatos. ¡Ni siquiera iba con aquel peinado! ¿Y su olor? ¿Oía así de bien una persona de los barrios bajos? Desde luego no la había visto bien.

¡Era eso!

Amber se volvió hacia la puerta como si pudiera verlo de pronto, iluminada por aquel razonamiento al que la ira y el ofuscamiento no le habían permitido llegar. Él la había visto de noche, motivo por el que seguramente no se había fijado en sus ropas. Incluso en contra de su voluntad, sabía lo que tenía que hacer si quería salir de aquel embrollo.

Con temblor en las manos abrió las puertas de par en par justo en el instante en el que él daba la espalda para marcharse. El hombre giró sobre los talones y entonces ella también pudo verlo mejor con la luz del día que se filtraba por las ventanas. Era sumamente apuesto, tal y como lo recordaba. Igual que la pasada noche, mantenía el ceño fruncido como si todo a su alrededor lo incordiará.

—Buena chica.

Amber sintió una punzada al escuchar su voz mirándolo a los ojos, pero también sintió una brecha en su orgullo: él había ganado.

—He salido para que usted mismo empiece a convencerse de que está equivocado —murmuró—. Míreme; ¿le parezco una joven miembro de una banda de malhechores que secuestra a niños indefensos?

—Nunca me dejo llevar por las apariencias.

—¡Soy miembro de una de las familias más apoderadas de la ciudad! —Gritó acercándose a él—. Va a pagar muy caro cuando vuelva a casa.

A pocos centímetros el uno del otro, Amber pudo darse cuenta de una cosa; él tampoco vestía como un hombre del bajo mundo. Sus ropas eran caras, de telas finas y con cortes perfectos, hechos por un buen sastre. Su olor era fuerte, pero no desprendía ninguna clase de pestilencia. No, era olor a hombre.

Él pareció estudiarla también mientras ambos guardaban silencio.

—Desde luego esas no son ropas que Murrow pueda comprarles a sus mujeres.

—Será porque no soy mujer de ningún Murrow.

El corazón de Amber se disparó de pronto, latiendo a toda velocidad y, cuando pudo comprender por qué, él ya estaba medio inclinado sobre ella, hablándole mientras casi tocaba sus labios.

—Tú eres exquisita, quizás por eso contigo ha hecho una excepción.

Amber dio un paso atrás para recuperar distancia, sin poder controlar todavía los temblores de su cuerpo y la acelerada respiración.

—Cada minuto que pasa se equivoca usted más, señor.

—¡Zac! —Gritó—. ¡Zac! ¡Zac, maldita sea!

Otro hombre que ella conocía muy bien apareció ante ellos, cubierto con un pañuelo en la cabeza y vestido con una camisa arrugada y un pantalón sujeto por tirantes; era el hombre que había entrado en el despacho cuando ella estaba con Jota.

—¿Cedric?

—Encárgate de que Hall sepa que lo necesito —ordenó, sin quitarle la mirada a ella—. Dile que venga, que es urgente.

—Claro, jefe.

—Que sea rápido, Zac.

—¡Sí, señor! —Y se marchó corriendo.

Amber no pudo articular palabra hasta que escuchó una puerta cerrarse.

—Te llamas Cedric.

Él la miró como quien mira a su peor enemigo, y volvió a acortar la distancia entre ellos antes de responderle.

—Cuando venga mi socio, la parte razonable de este equipo, podrás intentar con él que tus negativas y tu defensa tengan algún valor —siseó—. Pero conmigo pierdes el tiempo.

—Estaba claro que usted no podía ser la parte coherente.

—Estoy harto de tus mentiras. —Amber abrió los ojos como platos cuando él la asió por los brazos, acercándola todavía más a su delgado e imponente cuerpo—. Crees que tu cara de ángel y tus buenas ropas pueden engañarme, pero te advierto que he conocido muchas mujeres como tú.

—Usted...

—¡Basta! —Le gritó—. Me irrita solo escucharte. Me pone histérico que intentes negar quien eres una y otra vez. Tú y toda su gente sois fruta podrida, ¿me oyes?

Intimidada, Amber asintió con la cabeza, consciente a esas alturas que aquel hombre podía resultar letal si se lo proponía. Cedric, así se llamaba, parecía estar lleno de odio hacia aquel hombre, Murrow. Y era lo bastante lista para comprender que mientras la creyera uno de los suyos su bienestar no estaba entre sus prioridades precisamente.

Su agarre, aunque no le hacía daño, era fuerte y no aflojaba a pesar de haber pasado varios minutos. Permanecieron así lo que le pareció una eternidad; tan cerca que podía sentir la respiración de él en la frente. Cedric la observaba, y ella se dejó, con la esperanza de que él mismo vislumbrara en

ella algo que lo hiciera entrar en razón. Era una mujer que leía más horas de lo que el sol duraba, ¿eso no se notaba a simple vista? ¿Tenía que recitarle algún poema o cita para que comprendiera que era de alta cuna? Aunque fuera algo que no gustaba a los hombres, él no era un pretendiente ni un posible marido, y quizás aquello le salvara la vida.

Pero las palabras seguían sin poder salirle estando tan cerca de él. Sin embargo, él parecía poder hablar con total naturalidad y exponer cada uno de sus pensamientos.

—Siendo tan hermosa podrías haber tenido muchas más oportunidades que haberte entregado a Murrow —susurró, sin dejar de mirarla—. ¿Te compró?

—No, yo...

—Incluso un burdel hubiera sido más digno para ti.

—¿Ser entretenimiento de varios hombres es algo digno?

—Sí cuando es alternativa a ser esclava de un hombre como él. Secuestrar niños y venderlos es algo rastroso.

—Estoy de acuerdo.

Cedric apretó ligeramente la presión de sus cuerpos, frustrado por no sacar nada en claro.

—Debería castigarte por ser cómplice de algo así —murmuró.

—Usted no se atrevería a hacerme daño —dijo ella, intentando controlar el temblor de su voz—. No creo que sea de los que maltratan a las mujeres.

—No, por supuesto que no. Pero yo me refería a otro tipo de castigo.

Amber frunció el ceño, sin entender.

—Nada molestaría más a Murrow que tomara de su propiedad. Yo mismo me encargaría de que lo supiera, y tú no podrías negarlo.

—¿De qué está hablando?

—Eres muy hermosa, ¿sabes?

—Por favor... —musitó, comprendiendo.

Al notar su miedo, él se alejó un poco para mirarla a los ojos al mismo

tiempo que la sujetaba por la cintura con una mano y por la nuca con otra.

—Tranquila, no voy a obligarte a nada. No te voy a hacer daño.

—Suélteme.

—No te voy a hacer daño.

Y mientras que su corazón se aceleraba, Cedric empezó a depositar suaves besos alrededor de todo su rostro. Amber sintió miedo, vergüenza, temor, y placer... Y aquella tormenta de emociones le impidió alejarse de su raptor.

Cedric aumentó la presión de los besos a medida que se acercaba a los labios, algo que muy íntimamente Amber estaba deseando. Por Dios Santo, un delincuente que la tenía secuestrada iba a darle un beso. Aquello parecía una escena sacada de los libros que tanto leía. Pero lo cierto era que hacía mucho rato que había dejado de tenerle miedo; sabía que luchaban en el mismo bando. Y aunque él todavía no lo había comprendido, lo haría cuando llegara su socio y la parte racional del grupo diera su veredicto.

Una parte de ella le decía que aquello estaba mal, que no debía dejarse tocar ni besar por aquel hombre que la había sacado de la armonía de sus días para sumirla en aquella aventura indeseada. Pero quizás por eso no podía apartarlo de sí; Cedric era una lluvia de agua fresca para ella, y empezaba a no importar cómo hubiera llegado.

Antes de que se diera cuenta que perdía la voluntad por completo, él la estaba besando con voracidad y pasión. No fue un beso dulce, sino feroz, lleno de preguntas sin respuestas y pensamientos incoherentes por parte de ambos que se conectaron en aquel instante.

Amber se dejó llevar, como si de pronto su voluntad y capacidad de reacción habían desaparecido. Y él no parecía dispuesto a soltarla mientras más saboreaba sus labios.

—Dime tu nombre —le pidió él entre besos.

Aunque se había dispuesto a mantener oculta su identidad para proteger a su familia, decir su nombre no la pondría en riesgo. ¿Cuántas Amber habría en la ciudad? Además, al no creerla, él nunca buscaría aquel nombre en la clase alta. Y se estaban besando, qué más daba si conocía su nombre. Qué

importaba por qué la había secuestrado. Aquello se solucionaría, ella volvería a casa y se quedaría con el recuerdo más excitante de sus casi dieciocho años.

Ambos detuvieron el beso para mirarse, los ojos de él centelleaban, y su habitual ceño fruncido estaba ahora incluso más fruncido que antes.

—Amber —musitó ella—, me llamo Amber.

Después de aquel impulso de besarla, Cedric no pudo dejar de mirarla ni en el desayuno, ni en la comida, ni en la cena que estaban compartiendo aquel momento. Se dijo así mismo una y otra vez que había bajado la guardia y que ella podía intentar engañarlo al saber que la deseaba. Pero todo era muy extraño... Amber parecía haber bajado la guardia mucho más que él; estaba más relajada, más cómoda en su presencia, y había dejado de discutir con él y de mirarlo con temor o furia.

Mientras la observaba comer las patatas con carne asada, no pudo evitar darse cuenta de sus modales; eran educados y correctos. Conocía cada regla sobre la mesa, desde cómo coger los cubiertos, hasta cuándo usar cada cual. ¿Podía ser posible que Murrow tuviera como amante a una mujer con educación? ¿Podía ser posible que ella tuviera razón?

Necesitaba a Hall, solo él podía sacarlo de aquellas dudas. Él estaba inmiscuido de pleno en lo que era la alta sociedad londinense, y era un caballero con todas las sílabas de la palabra. Solo él podría poner un punto de vista racional a aquella situación y, quién sabe, si ella decía la verdad, entonces él la reconocería.

Pero Hall no llegaba, ni Zac tampoco. Le había dicho a ese zoquete que se diera prisa, y había durado todo el día buscando a su amigo. Cedric ya no quería estar a solas con Amber; parecía un ángel, y comenzaba a nublar todos sus sentidos.

—Gracias por la cena —susurró ella, sacándolo de sus pensamientos.

Había terminado de comer, y se limpiaba con pequeños toques de servilleta en las comisuras de los labios.

—Has dicho lo mismo con cada comida del día.

Ella levantó la vista hacia él; tenía los ojos azules, de un azul del mar increíble.

—Teniendo en cuenta que soy una prisionera, debo dar las gracias de que me den comida.

—Para ser una prisionera como dices, recibes demasiados buenos tratos.

—Será que parte del razonamiento de su amigo empieza a llegarle a usted.

—Insinúas que te creo, y te equivocas.

—Esto se resolverás tarde o temprano, y no habrá disculpas que lo salven, créame.

Cedric rio sin poder evitarlo. Aquella señorita empezaba a resultarle divertida.

—Das por hecho muchas cosas, Amber.

Ella detuvo el camino de la copa a sus labios para mirarlo, atónita ante la mención de su nombre. Pero no dijo nada, y continuó bebiendo.

Cedric la observó en cada movimiento, convencido cada vez más de que estaba muy cerca de estar equivocado. Era cierto que los niños le habían informado de una joven buena y dulce que los ayudaba con comida y mantas para cubrirse del invierno, habían descrito a una mujer tan buena que había ido a verlos incluso en noches de lluvia para asegurarse de que no tenían goteras que les impidieran dormir o les produjera alguna inundación en los viejos colchones sobre el suelo que dormían.

Amber empezaba a encajar en aquella descripción, y lo cierto es que cada vez estaba menos convencido de que estuviera mintiendo.

—Su amigo no parece disponible para venir —dijo ella con cierto disgusto—. Mi familia debe de estar muy preocupada por mí.

—Murrow debe imaginarse dónde estás —replicó con terquedad.

—Ese tal Murrow no es mi familia.

—Por desgracia eso no quedará en claro hasta que Hall no venga a dar su opinión.

—¿Es que no es usted el jefe?

—Lo soy, pero Hall es mi mano derecha y no resuelvo nada sin antes saber su veredicto.

—Debe de ser un hombre muy sabio ese Hall.

—El más sabio que conozco.

—Entonces ansío que llegue, para que le dé a usted con la verdad en las narices.

Cedric alzó las cejas.

—Es lo más obsceno que he escuchado de tus labios. Y creía que habíamos hecho un pacto de paz.

—¿Por qué creía tal cosa?

—Nos besamos.

—¡Usted me besó! —Replicó poniendo las palmas sobre la mesa. Cedric no pudo evitar sonreír.

—Y tú te dejaste.

Escandalizada, Amber se levantó de la mesa y, como todo un caballero, Cedric hizo lo mismo.

—Es usted un cretino.

—¿Por qué te sonrojas? —preguntó él, divertido.

—No quiero seguir manteniendo esta conversación.

Completamente indignada, Amber empezó a dirigirse a la que era su cárcel-habitación cuando de pronto unos golpes resonaron por el apartamento: estaban tocando la puerta. Echó a correr hacia ella.

—¡Eh!

Pero unos brazos fuertes la retuvieron por detrás y la arrastraron con la voz tapada hasta su dormitorio.

—Quédate aquí —gruñó Cedric—. No me obligues a encerrarte por fuera.

—¡Ayuda!

Cedric gruñó más fuerte y la depositó en la cama como si fuera de pluma.

—Tú lo has querido.

Y casi como si aquello lo divirtiera y molestara al mismo tiempo, sacó una navaja de su bota e hizo añicos la sábana blanca que tendía la cama, y con los harapos ató sus manos a la espalda y cubrió su boca para que no pudiera gritar. Amber gruñó y se removió con furia renovada, pero Cedric parecía de lo más satisfecho.

—Eso es —dijo entre sonrisas—, así es como debiste estar siempre, y no haciéndome perder el tiempo.

Se dio la vuelta para marcharse, pero ante los fuertes gemidos de Amber volvió a girar sobre los talones e inclinarse sobre ella.

—Pero no me malinterpretes, el beso estuvo muy bien. —Y le guiñó un ojo. ¡Le guiñó un ojo! Amber dejó caer la cabeza sobre la almohada, abatida y dispuesta a esperar al socio de aquel cretino sin vergüenza.

Capítulo cuatro

Al primero que vio fue a Zac, a quien no dudó en reprender por haber durado todo el día. Pero fue otra voz la que le respondió, dejándose ver bajo un sombrero de copa.

—Tenía asuntos que resolver, Cedric.

Tras un rápido saludo, Hall entró en el apartamento de su viejo amigo y se quitó el sombrero y la chaqueta para sentirse más cómodo. Cedric ordenó a Zac servir tres copas de coñac, y pronto los tres hombres estaban sentados en los sofás del pequeño salón que adornaba el hogar.

—Jefe, ha pasado algo que necesita de nosotros de inmediato.

—Lo primero es lo primero, Zac —lo cortó Cedric—. Hall, ayer estuvimos en el orfanato y...

—Zac me ha contado lo que ha pasado, pero no tengo cabeza ni tiempo para Murrow ahora mismo.

Un tanto alerta porque Hall jamás dejaba a un lado las cuestiones del orfanato, Cedric lo incitó a contarle lo que estaba sucediendo.

—Han secuestrado a una de mis hermanas.

La consternación y sorpresa se juntaron y lo atacaron como si hubiera sido a una hermana de su misma sangre a quien habían raptado. Hall era como un hermano para él, y que estuviera pasando por aquel calvario familiar lo hacía sentirse todavía más cerca de él.

—¿Cómo ha sucedido?

Hall pasó a relatarle lo que un niño había ido a contarle aquella misma mañana a su casa, alegando que su hermana practicaba escapadas y que él colaboraba prestándole un caballo con el que realizarlas.

—El niño afirma que algo le ha sucedido porque el caballo no apareció esta mañana, y no hay rastro de ella.

—¿Cree que...?

—No —cortó Hall a Zac—. Mi hermana no mantenía ningún romance a escondidas. No se ha escapado con nadie.

—Es preferible eso a que algo malo le esté sucediendo, Hall —dijo Cedric.

—No lo entendéis —suspiró, poniéndose en pie—. Ella es muy tranquila, todavía es una niña. Dentro de unos días cumple dieciocho años, y su único pasatiempo es leer y escribir poemas, ni si quiera piensa en vestidos y velos como las demás jovencitas de su edad.

—Siendo así, hay que actuar rápido.

—¿Crees que sea cosa de Murrow? —preguntó Cedric.

Hall negó con la cabeza.

—Murrow no se atrevería, tardarían menos de lo que canta un gallo en llevarlo a la horca por atacar a la familia de un lord.

Los demás afirmaron su conclusión apurando el contenido de sus copas. Pero no tardaron en tenerlas llenas nuevamente.

—Todo será más difícil si el niño no nos dice a dónde se iba tu hermana —comentó Cedric—. Será como dar palos de ciego.

—Él no lo sabe.

—¿Estás seguro? Quizás solo intenta protegerla.

—No lo sabe, Cedric. Y tenemos que encontrarla...

Cedric asintió, comprendiendo el semblante de su fiel amigo. Pondría a todos sus hombres a disposición de Hall si era necesario, pero encontrarían a su hermana.

—Zac, vete a la posada. Avisa a los demás de que estén preparados para mi orden, pronto nos moveremos.

—Sí, jefe.

Una vez solos, Hall se permitió mostrarse tal y como estaba: derrumbado.

—Tengo que encontrarla.

—Lo haremos, hermano.

—Es una niña inocente, Cedric. No sabe nada de la vida. Es un ángel en medio de tantos demonios que hay en esta ciudad.

—La encontraremos.

—Pero antes de que empieces a matar gente, quiero resolver tu asunto. ¿Qué es lo que sucede exactamente?

Cedric volvió a apurar el coñac de su copa y a servirse más. Lo necesitaba con el simple hecho de tener a Amber nuevamente en sus pensamientos.

—Creo que tenemos a una de las mujeres de Murrow.

—¿Crees?

—Diablos, no estoy seguro —farfulló—. Todo la culpa; estaba allí, apareció como si nada, y los niños afirman que hay una joven que los ayuda al igual que nosotros hace algún tiempo.

—¿Entonces cuál es la duda? Llémosla a las autoridades. Esa mujercita es tan responsable como su jefe de lo que le pasa a esos niños.

—Es que su perfil no encaja con una delincuente, Hall.

—No puedes dejarte engañar por eso, Cedric.

—¡Tienes que verla! —Exclamó, desesperado—. Todo la culpa pero... viste como tú. Sus ropas, sus modales, todo en ella apoya su defensa de que es una señorita de buena cuna.

—¿Señorita de buena cuna?

—Eso dice ella.

Hall dejó la copa en una mesa que estaba al lado del sofá para sentarse de nuevo.

—Estarás en un buen lío si eso resulta ser cierto.

—Eso también me lo ha dicho ella.

Cedric ya no sabía qué más decir. Ahora que había expuesto las cartas sobre la mesa, estaba más convencido de que estaba cometiendo un error con aquella mujer. Incluso el semblante de Hall parecía decirle a gritos que delincuente y señorita de buena cuna no eran palabras que pudieran estar en la misma frase.

—Quiero que la veas y me digas tu opinión —concluyó Cedric—. Si crees que dice la verdad, necesito que me hagas el favor de llevarla a su casa, diciendo que la encontraste perdida o algo parecido. Lo que se te dé mejor.

—Puede denunciarte.

—No lo hará, yo me encargo de eso.

Hall arqueó las cejas.

—¿Acaso hay algo que estás omitiendo?

Cedric pasó la mano por el rostro, intentando buscar unas palabras apropiadas para explicarle lo que había pasado aquella mañana.

—La besé, me volvió loco y la besé, maldita sea.

La perplejidad de Hall no tenía precio.

—¿Has seducido a una rehén que, si está en lo cierto, es posible que sea inocente?

—¡No la he seducido! Solo fue un beso. No llegué más lejos, Hall.

—Espero que así sea —asintió—. Si resulta que es una señorita de alta cuna es muy probable que esté intacta, y que hayas mancillado su honor. ¿Es joven?

—Dice que tiene casi dieciocho años.

Hall frunció el ceño, seguro al recordar a su hermana.

—Veremos qué podemos hacer, Cedric —lo tranquilizó—. Es mejor que la traigas cuanto antes para salir de dudas. Te veo perturbado, amigo. No te conviene enloquecer por una mujer que en cualquiera de los dos casos está prohibida para ti.

—Es lo más hermoso que he visto —dijo mientras se ponía en pie—. Parece un ángel, Hall.

—Tráela y empecemos a buscar a Amber.

Los pasos de Cedric se detuvieron en seco.

—¿Qué has dicho?

Hall lo miró de pie, rígido y con los ojos entrecerrados mirándolo expectantes.

—Que la traigas para acabar cuanto antes con esto, Cedric.

—No —musitó—, lo otro, el nombre de tu hermana.

—Ah —comprendió—. Amber, se llama Amber.

Cedric permaneció rígido mientras lo miraba y empezaba a atar algunos cabos sueltos.

La hermana de Hall había desaparecido la noche anterior; él había raptado a *su* Amber la noche anterior.

La hermana de Hall hacía escapadas para huir a alguna parte que nadie sabía algunas noches a la semana; los niños del orfanato le habían dicho que una joven buena y dulce iba a llevarles ayuda algunas noches a la semana.

La hermana de Hall era, por ende, una joven de casi dieciocho años de alta cuna; *su* Amber aseguraba ser una dama de alta cuna. E incluso sus ropas lo afirmaban.

—No puede ser cierto.

—¿Qué? ¿Qué diablos pasa, Cedric? Te has quedado pálido.

Pero Cedric no podía hablar; no podía ser real aquella coincidencia. No podría tener maniatada a la hermana de su mejor amigo, su hermano, el hombre que lo había salvado de sí mismo.

Sólo había una forma de averiguarlo.

Ignorando a un confundido Hall sentado en el sofá de su salón, se dirigió a la habitación en la que la había dejado hacía un rato. Cuando entró ella estaba en la misma posición pero parecía abatida; despeinada y con el vestido arrugado. Se acercó a ella y le quitó la mordaza.

—¿Cuál es tu apellido? —Le preguntó en un susurro ahogado.

Ella robó todo el aire que pudo del ambiente antes de replicar con las pocas fuerzas que le quedaban.

—No voy a darle mi apellido. ¿Dónde está su socio?

—Escúchame —le dijo arrodillándose junto a ella para quitarle las otras ataduras—, necesito que me digas cuál es tu apellido. Si dices que eres inocente, dime cuál es y te dejaré ir.

Ella lo miró con recelo; no quería confiar en él, pero veía sinceridad en su mirada.

—No le creo —musitó, sin poder evitar que fuera acompañado de un suave gemido—. Nada de lo que diga va a hacerle cambiar de opinión.

—Amber —le urgió tomándole el rostro entre las manos y acercándose a ella—, dime que no te apellidas Kinsberly.

Por la sorpresa o por lo que fuera, ella agrandó los ojos casi hasta dar la impresión de que iban a salir de sus cuencas, y llevó sus propias manos sobre los brazos de él, que aún la sujetaban muy cerca de su rostro.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó alarmada—. Por favor, Cedric, no le haga daño a mi familia. No diré nada, se lo aseguro, solo déjeme marchar y déjenos en paz. Yo no tengo nada que ver con la gente que se llevó a Kath, se lo juro.

Quizás fue por escuchar su nombre de aquella dulce voz, o por el temor que vio de pronto en los azules ojos de ella al comprender que habían descubierto quién era y el temor erróneo de que podía hacer daño a su familia; o quizás fue por darse cuenta de que había raptado, amenazado, y besado a la hermana de su mejor amigo. La última mujer sobre la tierra a la que debería de haber tocado. Pero fuera cual fuera la razón, Cedric se quedó sin habla.

Apoyó su frente sobre la de ella un segundo, lo justo para respirar su aroma y sentir su contacto por última vez. Y quién sabe, quizás era lo último que hacía, porque Hall lo iba a matar.

—Perdóname —musitó. Y sin poder evitarlo, depositó un suave beso sobre los labios de Amber como despedida, porque sabía que no volvería a verla, y aunque ya era consciente de su identidad, eso no cambiaba el deseo que sentía por ella y lo difícil que se le hacía no tenerle las manos encima. El último, se dijo, el último antes de morir.

—¡Cedric!

La voz provenía del pasillo, acompañada con pasos firmes que no tardaron en llegar a la puerta de la habitación. Para ese entonces, Cedric ya se había

alejado de Amber, pero ninguno apartó la mirada el uno del otro.

—¿Has ido a buscar la muchacha a Oriente?

Hall calló cuando miró el interior de la habitación, más concretamente, a la persona que estaba sentada en la cama. Ambos hermanos se miraron y reaccionaron al mismo tiempo, corriendo hacia el otro.

—¡Amber!

—¡Byron!

A Cedric se le hizo extraño escuchar el nombre de pila de su amigo fiel, puesto que hacía mucho tiempo él mismo le había buscado un nombre.

—¡Me has encontrado! —gritó ella.

Ambos se miraban haciéndose mil preguntas que la emoción no dejaba salir. Pero mientras que Amber parecía estar feliz por pensar que su hermano había ido a rescatarla, Hall cayó en la cuenta de muchas cosas, y todas a la vez.

—¿Por qué estás tú aquí? —preguntó enfadado—. ¿Tú eres la mujer de la que sospecha Cedric? —Buscó la mirada de su amigo, que asintió.

Y entonces pasó lo esperado, Hall soltó a su hermana y arremetió contra Cedric.

—¡Has secuestrado a mi hermana!

—¡Byron! —gritó Amber al ver que lo estampaba de un empujón contra la pared—. Él no sabía que era yo, mantuve mi identidad en secreto.

Pero ayudarlo fue mucho peor, y Amber debió darse cuenta cuando Cedric negó con la cabeza y esquivó a tiempo un derechazo de Hall.

—Te juro que no lo sabía, Hall —se excusó—. Acabo de caer en la cuenta.

—¿Hall? —preguntó Amber—. ¡Hallington!

—Tú y yo hablaremos en casa, jovencita —le dijo a Amber—. Vas a estar en serios problemas por esto.

—¿Cómo están mamá y papá? —preguntó, muy preocupada de pronto.

—Padre ha tenido una recaída; ya puedes olvidarte de tu fiesta de cumpleaños.

—¡No me importa la fiesta! —Sollozó—. Vámonos, quiero verlo.

—¿En qué estabas pensando, Amber? Escaparte así, en plena noche.

Ella intentó retener las lágrimas ante Cedric. Algo que él percibió muy bien cuando le dio la espalda para seguir hablando.

—Solo quería ayudar a esos niños.

Un suspiro exasperado escapó de Hall, y Cedric temió por Amber; no le esperaban horas más agradables que las que había pasado.

—Hall —dijo—, todo podría haber sido peor. Esta coincidencia ha sido conveniente para todos.

—¿Es que has olvidado lo que me confesaste en el salón hace minutos?

—Te dije muy claro lo que pasó, y que no fue a más.

Amber se dio la vuelta, percibiendo que hablaban de algo en clave.

—Es mi hermana, Bussarch.

—Ahora lo sé, y eso lo cambia todo.

Aquello pareció calmar a Hall, aunque fue evidente que agitó a Amber.

Cedric los llevó hasta el salón y allí Hall desapareció para avisar a un cochero de alquiler que se preparara para llevarlos, había ido en caballo, pero con Amber de vuelta no podía regresar en él. Cedric quería aprovechar que se habían quedado solos para disculparse una vez más, pero se dio cuenta de que no quería hacerlo. Las razones que enfurecían a Hall eran aquel beso que no había podido evitar robarle, y no iba a pedir perdón por algo que ansiaba volver a hacer. A Amber, sin embargo, ya le había pedido disculpas por el malentendido, y esperaba que no se fuera de aquel departamento con la mirada de furia con que lo había conocido la noche anterior.

—¿Estarás bien? —se escuchó preguntarle.

—Sí.

Él asintió, sin saber qué más decir. Solo disfrutó de aquellos minutos en que ambos se miraron sin pestañear siquiera. Para cuando Hall volvió, los deseos de volver a besarla por última vez eran demasiado poderosos para seguir mirándola. Se despidió de ellos sirviéndose una copa más de coñac, y

cuando escuchó el traqueteo de un carruaje a lo lejos, lo apuró de un solo trago.

Aquella metedura de pata acababa de joderle la vida.

Capítulo cinco

El trayecto a casa fue silencioso y tenso. Amber no pudo mencionar una sola palabra por temor a empezar una discusión en la que tendría todas las de perder. Pero lo cierto es que tenía muchas preguntas sin resolver. ¿Qué hacía su hermano en casa de Cedric? No cabía duda de que se conocían, y que Byron era el mencionado Hall que pertenecía a aquella banda. Por Dios, si no había entendido mal, Byron era el socio de Cedric. ¡El otro jefe de la banda!

Ella debería dar muchas explicaciones por sus actos y las consecuencias que estos habían causado, pero su hermano también debía tendría que explicarle qué estaba sucediendo a espaldas de su familia.

Sin embargo, lo único que preocupaba ahora a Amber era el estado de su padre. Byron le había dicho que había tenido una recaída al saber que su hija había desaparecido. Y Amber se sentía terriblemente culpable por ser la causante del estado de salud del marqués.

Hacía unos meses había tenido el primer síntoma, el doctor había visitado la casa Kinsberly en plena madrugada y examinado la situación, a lo que dictó que el corazón del marqués estaba empezando a fallarle. Todos se sorprendieron, dado que su edad no era tan avanzada y jamás había dado señales de padecer ninguna enfermedad. La recuperación fue rápida y pronto lord Kinsberly estuvo fuerte como una roca, pero aunque no había tenido otra recaída hasta ese momento, siempre habían vivido con el miedo desde entonces.

Byron evitaba mirarla en el carruaje, y ella dimitió en el intento de encontrarse con sus ojos. Adoraba a su hermano, todos lo hacían, pero era como un segundo padre en la casa y nadie se atrevía a hacer algo que lo disgustara. Saber que lo había decepcionado la estaba matando por dentro, y la destruía mucho más imaginarse cómo estarían sus padres. Nada podría hacer que compensara el sufrimiento que habían causado las consecuencias

de todo aquello. Ciertamente era que no había tenido la culpa de que la raptaran creyéndola una delincuente que colaboraba con una banda de robadores de niños, pero no podía excusarse; había deshonrado la confianza de su familia.

Llegaron a casa y nada más entrar se vio rodeada de brazos y besos que no podía distinguir muy bien de quién. Vio desaparecer a Byron escaleras arriba sin responder ni una de las muchas preguntas que sus hermanos le hacían. Su madre, que no paraba de llorar, empezó a conducirla al salón, pero ella la detuvo.

—Papá —dijo—. ¿Cómo está?

—Deja que Byron le avise que estás aquí, cariño. Ahora tienes mucho que contarnos, querida.

—¡Amber!

Era Grace, su hermana mayor, que corría hacia ella saliendo de una pequeña sala contigua al gran salón.

—Gracias a Dios que has aparecido.

Las dos hermanas se fundieron en un cálido aunque extraño abrazo. Amber no tuvo que preguntar para comprender que todos pensaban que había sido secuestrada y que Byron la había salvado. Nadie podía imaginarse que aquel desafortunado encuentro con Cedric la había llevado a descubrir que su hermano mantenía una doble vida a espaldas de todos.

—Estoy bien, Grace. Tranquilizaos todos, por favor.

—¿Estabas con un amante, Amber?

—¡Harley!

—Tranquila, mamá —dijo—. Solo quiero ver a papá, por favor.

—Pero necesitas comer algo, y descansar.

—Solo quiero verlo a él.

—Déjala subir, madre. —Byron los alcanzó en el gran salón—. Quiere verla.

Amber los miró a todos con cariño, sintiéndose muy culpable por haberlos hecho pasar por aquel tormento. Incluso William, que siempre intentaba estar

lo más alejado posible de sus hermanos, no se había despegado de su vestido desde que había entrado por la puerta.

Se separó con recelo de ellos y se encaminó a las escaleras, seguida muy cerca por Byron. No creía que él quisiera entablar una conversación ante su padre, pero no protestó cuando llegaron a la habitación de lord Kinsberly y Byron se aisló en un rincón para dejarle intimidad hasta decidir el momento oportuno para hablar.

Amber sintió encoger las entrañas; su padre estaba tumbado en una inmensa cama que cubría poco más de la mitad del espacio del dormitorio, lo que provocaba que él se viera incluso más pequeño dentro de ella. Y lord Kinsberly no era un hombre menudo, sino todo lo contrario. Era uno de los lores de su edad con más atractivo de la ciudad, más temple e imponente de respeto. Pero en aquel momento su padre estaba completamente indefenso, recaído por culpa suya en un estado que le partía el corazón en pedazos de tan solo mirarlo.

—¿Papá? —susurró mientras se sentaba en el borde de la cama, lo más cerca de él que le permitía el miedo a despertarlo.

Una mano tomó la suya entre el manojó de sábanas; una mano débil que intentaba decirle que estaba despierto, y que la estaba escuchando.

—Estoy aquí, papá —sollozó. Echó una mirada de reojo hacia Byron, que asintió animándola a seguir—. Byron me ha encontrado, estoy bien.

Un ronroneo salió del pecho del marqués, pero Amber siguió sin verlo abrir los ojos. Jamás había deseado tanto ver aquellos ojos azules.

—¿Quieres que te deje descansar?

—¿Dónde está Hallington?

La pregunta tomó por gran sorpresa a Amber por dos razones; la primera, que fuera por Byron por quien preguntara tras haber sufrido un ataque al creerla secuestrada y expuesta a cualquier peligro bajo el dominio de despiadados delincuentes. Y segundo, su padre llamaba a Byron por su título únicamente cuando hablaban de negocios o cuando estaba enfadado con él. ¿Por qué iba a estar molesto con su hermano después de haberla hallado?

Amber lo miró con el ceño fruncido, pero Byron volteó el rostro para otro lado.

—Sí —contestó—, Byron está aquí.

Y si para ese entonces ya estaba confundida, su padre acabó de confundirla mucho más.

—Déjanos solos, pequeña —dijo, y en ese momento sí que abrió los ojos y le regaló una pequeña sonrisa en la mirada—. Descansa y pronto estaremos juntos en la biblioteca para leer.

A pesar de no haber estado secuestrada al nivel que todos pensaban, Amber agradeció el largo descanso y el baño que le preparó su doncella. Al principio le costó horrores dormir, pensando en la noche que había conocido a Cedric, y lo divertido que le parecía ahora que la confundiera a ella, justo a ella, con un miembro de una banda secuestradora de niños. Pero no todos los pensamientos fueron graciosos; ahora más que nunca era consciente de lo que estaba sucediendo con aquellos pequeños indefensos. Había conocido a Kath y su desaparición la afectaba, pero aunque no lo había presenciado sabía que había más como ella que de un día para otro ya no estaban.

No podía dejar de pensar que, a pesar de la mala forma en la que se había dado cuenta, sentía una enorme tranquilidad al saber que había personas intentando encontrarlos, salvarlos de las garras de esos malos hombres, y mujeres al parecer, que les robaban la infancia secuestrándolos sabrá Dios para qué cosas.

Y Cedric era uno de ellos.

Sentada ante el tocador, Amber lo recordó desde el primer momento en que sus miradas se cruzaron. Se hinchaba de irritación solo con recordar la facilidad con que la había acusado, aquella altanería con que le había hablado... le había resultado insoportable estar siquiera en su presencia hasta que comenzó a comprender que Cedric estaba en el mismo bando que ella,

aunque sus formas de ayudar a los huérfanos eran muy distintas.

Su insistencia en afirmar que era la amante de aquel tal Murrow lo había estimulaba a besarla, seguro de que con aquello incitaba a su enemigo. Pero para Amber aquel beso tuvo resultados mucho más allá. Después de eso, el miedo que le profesaba desapareció para ser sustituido por una gran curiosidad. De pronto quería saberlo todo de él. ¿Quién era aquel hombre? ¿A qué banda pertenecía? ¿Por qué no podía olvidar aquel beso?

No era su primer beso. De niños, sus padres los llevaban a varias campañas que organizaban algunos aristócratas de la ciudad, y ella había tenido un inocente romance con el hijo de un duque que le prometió pedirle la mano en cuanto fuera presentada en sociedad. Pero aquel momento llegó y eso nunca pasó. Por el contrario, se casó con una prima lejana llegada de un lugar que no recordaba y a esas alturas ya tenían dos hijos. Para Amber jamás fue un desplante, lo cierto es que lo suyo había sido un juego de niños que prometen casarse por el inmenso cariño que se tienen. Eran buenos compañeros de juegos, nada más. Pero el beso que Cedric le había dado no tenía nada que ver... la deshojó de toda voluntad en cuestión de segundos, únicamente con el poder de su cercanía y el roce de sus dedos. Se avergonzaba por su poca resistencia, por permitir ser besada por un hombre que la había secuestrado y acusado de acciones infames sin creer en ninguno de los argumentos que exponía como defensa.

Pero después de ello dejó de verlo como el villano que creía que era en el orfanato. Y todavía más, ansiaba conocer el motor que lo impulsaba a cuidar a los niños que ella también intentaba proteger. Trataba de convencerse de que aquellos eran los únicos motivos por los que no dejaba de pensar en él. Que su curiosidad era todo lo que sentía, y que por ello recordaba su beso una vez tras otra, y cada uno de los momentos en que pudo observarlo, en constantemente posición de guerra.

Quería saber más, quería responder a todas sus preguntas. Y entre ellas había una mucho más importante que todas las otras: ¿qué papel jugaba Byron en todo aquello?

Capítulo seis

Lo encontró ahogado en media botella de brandy en un sofá de orejas de la biblioteca. Byron alzó la vista cuando la vio entrar pero no dijo nada. Por lo general, Byron no soportaba que lo molestaran cuando estaba en la biblioteca, ya estuviera leyendo o sumergido en sus deberes de conde y socio mayoritario de los negocios ganaderos de su padre. Pero se limitó a observarla mientras se sentaba en el sofá contiguo.

—Pensé que papá estaría aquí.

—Padre necesita estar en reposo hasta mañana.

Era a él a quien buscaba, pero no quería ponerlo en preaviso.

—¿Lo ha visitado el doctor Couper?

—Dice que se pondrá bien.

—¿Nada más? —preguntó, disconforme—. ¿No dice nada sobre el estado de papá? ¿Volverá a sucederle?

Byron dejó la copa sobre la mesa central que los separaba antes de levantarse y sentarse tras el escritorio.

—Creo que hay algo más importante de lo que tenemos que hablar, Amber.

Para ella no había nada más importante que saber en qué estado de salud se encontraba su padre. Sí, era cierto, quería saber qué estaba pasando con la vida de su hermano en cuanto salía de casa, a espaldas de toda su familia. Quería conocer todo sobre esa banda en la que parecía tener un rango importante, y quería conocer los detalles de sus miembros, en especial de uno de ellos. Pero su padre estaba enfermo, y todo quedaba eclipsado cuando de su familia se trataba.

Byron quería respuestas al igual que ella tenía muchas preguntas. Amber sabía que cuando empezaran a hablar sobre ese tema sería muy difícil que la conversación se centrara en uno de los dos. Por cada pregunta que él le

hiciera, ella podría darle una explicación. Pero entonces rebatiría de la misma forma, exigiéndole una explicación de sus secretos.

Aun así, uno de los dos debía comenzar a decir la verdad, y teniendo en cuenta que él era el hermano mayor y con más influencia en la casa después de sus padres, ella debía ser la primera.

Se acercó a él hasta quedar a su lado, posando una inocente mano sobre su hombro.

—Descubrí el orfanato tras perderme en uno de los recados de la iglesia —relató—. Al primero que conocí fue a Harry, me pidió algo para comer. Me rompió el corazón al verlo mugriento y con los ojos tristes por el hambre...

—Sabes muy bien que en el mundo hay muchas personas en esa situación, nuestros padres nos lo han concienciado para que seamos agradecidos.

—Quizás por esa misma razón no dudé en ayudarlo, Byron.

—¡También podía ser un ratero!

—¿Vas a dejar que me explique? —preguntó, irritada.

Byron le cedió la palabra, haciendo un intento por controlar sus impulsos.

—Cuando le ofrecí ayuda me contó de dónde provenía —continuó Amber—, me contó todo sobre el orfanato y los demás niños que habitaban allí. Al principio intentaba distraer a la doncella en mis paseos de día para poder llevarles comida, pero esa zona está repleta de gente tanto por el día como por la noche. Y, aun así, supe que era más difícil reconocermelo si iba durante la noche, adecuadamente vestida.

—Eres una insensata.

—¿Tú me hablas de insensatez? ¿Acaso tu amistad con Cedric no afirma que tú haces lo mismo que yo?

—Nosotros estamos capacitados para hacerlo, Amber —replicó—. En todo caso, ellos lo están.

—Puede que yo no sepa usar un arma, pero los he ayudado a seguir vivos todas estas semanas.

Byron expulsó el aire, intentando mantener el control.

—Te escapabas a media noche, tú sola, expuesta a peligros que no puedes ni imaginarte. Por muy loable que haya sido tu intención, nada justifica...

—¿Qué es lo que de verdad te molesta, Byron? —lo cortó—. ¿Que haya actuado como una rebelde a vuestra espalda o que haya descubierto que tú me llevabas ventaja en eso?

—¡Amber!

Le había levantado la voz, y Byron jamás lo había hecho antes. Claro está que nunca le había dado motivos, y ahora parecía que ella era la persona con la que estaba más furioso de entre todas las personas de aquella casa, de la ciudad, e incluso del país. Conocía la magnitud de los peligros que había en las calles para una dama. Sabía que lo sucedido con Cedric era solo un ejemplo a pequeña escala de lo que podría haberle sucedido en realidad. Para no ir más lejos, podía haber sido muy fácil que en lugar de él, hubiera sido Murrow quien la secuestrara. Byron estaba en todo su derecho de gritarle y enfadarse con ella, pero ojalá pudiera comprender que ella también necesitaba un poco de aventura en su vida. Ayudar a Harry y los demás le proporcionaba la plenitud que sus días entre los libros no podían darle.

—Lo siento —se excusó— no quería faltarte al respeto.

Byron se relajó un tanto y la invitó a sentarse en una de las sillas de enfrente.

—Nunca imaginé que tuvieras impulsos semejantes, Amber. Pero he de admitir que he descubierto una parte de ti que me sorprende a la par que me gusta.

Ella no dijo nada, permaneció en silencio recordando que para todos los miembros de su familia ella era la que cubría el papel de hija tranquila a la que nada interesaba más que un buen libro.

Byron, el mayor, era el retrato de lord Kinsberly, todos sabían que algún día sería el marqués, y mientras tanto ocupaba su posición de conde con talento y disciplina. Tanto, que todos habían comenzado a respetarlo como si ya fuera el cabeza de familia. Grace era la siguiente, sofisticada y hermosa, casada y con su primer hijo; era el ejemplo a seguir del comportamiento que

debe tener una mujer para ser perfecta. Los pequeños, Harley y William, todavía tenían libertad de ser niños, les faltaba un buen trecho para empezar a preocuparse de buscar marido o esposa. Y aunque William se parecía mucho a ella al refugiarse en su afición por pintar y mantenerse alejado de los demás, ya daba señales de que estaba dispuesto a buscar el amor cuanto antes para poder casarse. Harley, por el contrario, se negaba a seguir las reglas del decoro y luchaba contra todo aquel que le imponía una forma de ser que no fuera la suya propia. Y después estaba ella: Amber, con una temporada social realizada y sin un ápice de interés por ninguno de los pretendientes que habían surgido el año pasado. Se rumoreaba que quedaría soltera o que se casaría tarde como su hermana Grace, porque a ningún hombre le gustaba que una mujer fuera culta y que se interesara más por leer un periódico que buscar una cinta para combinar con un vestido.

Byron le permitió divagar en todos aquellos pensamientos, pero Amber recordó que ella también tenía preguntas sin resolver.

—¿Qué relación tienes con esa gente?

Él se esperaba la pregunta, por supuesto. No podía presentarse como un conocido más en la casa de Cedric y esperar que ella no averiguara de qué se conocían.

—Somos amigos desde hace bastante tiempo.

—Ese señor no parece del tipo de hombres que tienes como amigos.

—Cedric tiene dinero —la contradijo—, pero no tiene título.

—¿Tiene dinero?

—Es dueño de casi la mitad de las salas de juego de esta parte de la ciudad.

Aquello sorprendió a Amber, ya que en ningún momento se imaginó que podía estar en el departamento de un hombre con poder.

—¡Pero es un delincuente!

—Es solo un hombre que hace justicia por su parte, Amber.

Byron le explicó que él y sus hombres se dedicaban a salvar a niños que,

como Kath, caían en manos de gente maliciosa que querían buscar dinero a costa de su inocencia.

—Entonces ahora entiendo por qué no me dieron el derecho de la duda —dijo—, su deber es impedir como sea que una desgracia así vuelva a suceder.

—Así es —musitó Byron—. Tú los ayudas con comida, y ellos los alejan del peligro mayor.

—¿Y qué papel tienes tú? Cedric me dijo que te consideraba su mano derecha, pareces muy importante para él.

—Cedric Bussarch; te hago el favor de conocer su apellido ya que te sabes su nombre. —Amber no pudo evitar sonrojarse—. Es un hombre sin título ni posición al que conocí en el momento en que más me necesitaba, es todo lo que debes saber.

Lo miró sin comprender.

—¿Todo lo que debo saber?

—Así es.

Amber se puso en pie, rebelándose.

—Tienes una doble vida y me dices que eso es todo lo que vas a decirme, si pretendes que me sienta culpable por lo que he hecho vas mal encaminado mientras tú tampoco seas sincero conmigo.

—Tienes suerte de que no cuente a los demás la realidad de todo esto, jovencita. Te conviene que sigan pensando que ha sido un secuestro.

—Dirás que te conviene a ti.

—Amber —siseó—, intento ser comprensivo en esta situación. Quisiste ayudar, ayudaste. Pero eso no volverá a repetirse. No volverás a exponerte ni a mezclarte en algo semejante. Y para comenzar, lo último que necesitas es saciar tu curiosidad sobre el tema; no vas a saber nada más ni de Cedric, ni de mi relación con él, ni mucho menos del orfanato. ¿Me has entendido?

—No puedes prohibirme que vuelva —dijo indignada.

—Puedo y lo estoy haciendo.

Byron se acercó hasta ella, inclinado hasta que sus ojos estuvieron a la

misma altura.

—Ese mundo no es lugar para ti, Amber.

—Tampoco lo es para un conde —replicó—. Tienes obligaciones, Byron, y no puedes llevar una doble vida a espaldas de tu familia. ¿Qué pensaría papá si lo llega a saber?

Una sombra oscura pasó por el rostro de Byron, una mezcla entre vergüenza y resignación, y aunque al principio lo confundió con temor por la posibilidad de que aquello pasara, Amber comprendió de pronto el motivo por el que su padre había estado más interesado en hablar con él que con ella tras su llegada.

—Dios mío —susurró—, ya lo sabe.

Byron asintió y se alejó de ella, lleno de una vergüenza que no pasó desapercibida. No quiso preguntarlo, pero algo le decía que la recaída de su padre había tenido más que ver con aquel descubrimiento que con su desaparición. Era como aquella vez cuando todos eran más pequeños, cuando ella se había caído al lago próximo de Kinsberly Hall y había manchado el vestido con el que debían asistir a una celebración campestre de los socios de su padre. Ella asistió a la fiesta con un vestido sucio, pero había sido con Byron con quien sus padres se habían enfurecido; porque él la había empujado.

No era ni de lejos una situación similar, pero podía decirse que ante la desaparición por veinticuatro horas de su hija descubrir que su heredero pertenecía a una banda de delincuentes de Londres era mucho más preocupante.

—Lo descubrió cuando Zac vino a buscarme —le contó desde la ventana, donde observaba el sol intentaba salir entre tantas nubes—. Escuchó lo que me decía y no pude ocultarle de qué lo conocía. Fue entonces cuando...

—Le dio el ataque.

Él asintió, pero Amber no se sintió libre de culpas ni mucho menos. Byron le contó que él y Zac se quedaron hasta estar seguros de que solo eran una recaída, y que por eso no había aparecido en casa de Cedric hasta la noche

anterior. En ningún momento se imaginó que ella y la mujer de la que le hablaban eran la misma persona, pero que sí estaba dispuesto a recurrir a sus extrañas amistades para encontrarla. Algo a lo que el marqués no se había opuesto.

—Sé que está decepcionado de mí —continuó—, me dijo que ningún Kinsberly ha sido miembro jamás de ninguna organización que vaya contra las leyes del Parlamento.

—Pero vosotros no hacéis nada malo.

—Mi lugar está en la Cámara de Lores, Amber, no en salas de juego planeando la siguiente estrategia con uno de los hombres más temidos de los bajos fondos.

Desde luego que era uno de los hombres más temidos, pensó Amber. Pero ella ya no le tenía miedo. Al contrario, a pesar de las reprimendas de Byron y su insistencia en que olvidara todo lo ocurrido, ella no podía menos que recordar una y otra vez todo desde el primer momento en que lo había visto. Inclusive aquel último beso que le había robado antes de que Byron entrara a la habitación.

—Por mi culpa padre ha empeorado —decía sin mirarla—, pero no permitiré que vuelva a suceder.

—¿Dejarás de lado al señor Cedric?

—No.

—Entonces no comprendo.

Pero sí lo hacía.

—Mi compromiso con esos hombres va mucho más allá de ese orfanato. Padre ya conoce la realidad sobre mí, no hay nada que pueda hacer contra eso. Pero tú... tú no volverás jamás a ese lugar, ni volverás a ver a Bussarch, ni volverás siquiera a preguntarme nunca, jamás, nada al respecto sobre todo esto.

Amber palideció ante la dureza de sus palabras, de su orden. No la miró al decirlo, ni si quiera movió un solo músculo aunque sus palabras salieron con

una fuerza que pocas veces había escuchado de su labios. Pero la orden era clara; le exigía que olvidara todo lo que había vivido. Que se olvidara de los niños a los que había cuidado durante semanas, a los que había disfrutado ayudando, salvándolos del frío y ahuyentando el hambre de ellos. Le ordenaba no preguntarle sobre su doble vida, de la que su padre era muy consciente y, aun así, se negaba a abandonar. ¿Quién era ese hombre? De pronto tenía ante ella a un desconocido.

Amber no podría volver a aventurar ni podría volver a ver a Cedric.

Cedric, quien había despertado una llama en ella que, mientras más se disponía a apagar, más se empecinaba en crecer.

—¿Me has entendido, Amber?

Pero para cuando Byron se dignó a mirar a la silla en la que ella había estado sentada para ver si asentía, Amber ya salía de la biblioteca dejando la puerta abierta tras de sí. Y se había marchado sin responder.

Capítulo siete

Caía una tormenta sin tregua cuando entró a la taberna de la plaza a esperar a Hall. A pesar de que en los últimos días el sol había iluminado los días, aquella noche parecía que la ciudad se negaba a dejar atrás al invierno.

Desde donde estaba podía observar a cubierto los muros del orfanato, era pasada la medianoche y los niños debían de estar dormidos, pero Hall y él no podían verse en ninguna de los clubs de juego que Cedric administraba después de que el padre, lord Kinsberly, supiera a qué se dedicaba su hijo cuando no estaba pendiente a los negocios familiares. Ambos estaban de acuerdo en que el marqués debía de saber lo menos posible sobre Cedric, y por ello buscaban lugares alternativos para verse.

Aquella noche en particular, a pesar de la lluvia, habían concertado una reunión ante el orfanato para observar quién había estado visitando el lugar. Después de ir en varias ocasiones y que los niños le confirmaran tanto a él como a Hall que aquella joven con rostro de ángel ya no iba a visitarlos, ambos estaban seguros de que Murrow había vuelto al ataque. Sus sospechas comenzaron cuando halló huellas de barro en las cocinas, demasiado grandes para ser de los niños. Hall le había asegurado que su hermana se había mantenido alejada de todo aquello, que tras prohibírsele ni siquiera había vuelto a sacar el tema, razón por la que no había sospechas de que ella fuera la dueña de aquellas huellas.

Cedric había sentido alivio al saber que su amigo no le guardaba rencor por el malentendido de días atrás, y que aquello había quedado zanjado. Su comportamiento, sin embargo, no había vuelto a ser el mismo. Byron se mostraba reacio a hablar de su familia o cualquier cosa que tuviera que ver, por mínimo que fuera, con su hermana Amber. Cedric lo relacionaba a que no quería que él, por mucho aprecio que le tuviera, se inmiscuyera en su familia. Y menos que volviera a tener algún tipo de contacto con un miembro de ella.

Aquello daba igual a Cedric, pero no podía negar que se sentía molesto por no haber sabido nada más de la muchacha, que no salía de sus pensamientos. Se dijo una y otra vez que era un insensato por haberla besado, por haber cruzado el límite de lo profesional y por haber permitido que una niña con cara de inocencia lo perturbara de aquella manera. Porque eso era la hermana de Hall, una niña de la que debía olvidarse si no quería perder el juicio o la amistad de su amigo, y no sabía a ciencia cierta qué era peor.

Mientras pedía otra jarra de cerveza, se recordó que debía lealtad a Hall. De no haber sido por él, estaría muerto hacía muchísimo tiempo. O peor aún, sería un miembro de la banda de Murrow. Lo menos que podía hacer era dejar de desear a su hermana. En su vida había demasiadas mujeres como para encapricharse de la única que no podía tener.

Escuchó antes de verlo el traqueteo de un carruaje. Dejó unas monedas sobre la mesa y se dispuso a salir a la fría noche en cuanto alguien bajara del vehículo que se había estacionado ante el edificio. Desde donde estaba, pudo distinguir con claridad que era un carruaje con el blasón de la familia Kinsberly, así que no esperó más y corrió hasta él para empezar la reunión con Hall. Lo primero que haría sería reprenderlo por aparecer allí con algo tan llamativo. Si su plan era pasar desapercibido ante los ojos de su padre no iba bien encaminado utilizando el carruaje de la familia para esos fines.

Llegó e hizo una seña al cochero para que no se bajara mientras él mismo abría la puerta para entrar. Pero cuando iba a subir, la persona que estaba dentro se dispuso a bajar, y el choque entre ambos hizo perder el equilibrio a Hall, a quien tuvo que sostener en brazos. Lo curioso fue que no era Hall quien casi se dio de bruces contra el suelo, sino un cuerpo diminuto y lleno de curvas que se sostenía con fuerza de sus hombros.

Amber.

Cedric la empujó al interior del coche para entrar él después. Un trueno llenó la noche, y percibió que la joven tembló ligeramente. La respiración agitada de ella casi no le permitía escuchar la de sí mismo, que a medida que

reaccionaba y calculaba la situación sentía que le faltaba por segundos.

Estaba convencido de que no volvería a verla, que Byron la mantendría lejos de él y todo lo que tenía que ver con su entorno. Fue ella quien habló primero.

—¿Qué hace aquí? —preguntó en susurros.

—Podría hacerte la misma pregunta.

—Me refiero a por qué ha venido a mi carruaje. ¿Sabía que iba a venir? Cedric negó con la cabeza.

—Pensé que era Hall. Quiero decir, Byron.

—¿Byron va a venir?

—Así es, espero por él.

Amber se removió inquieta en el asiento, visiblemente nerviosa.

—Entonces debo marcharme, no puede encontrarme aquí.

—¿Eres tú quien ha estado visitando a los niños otra vez?

—¿Qué? No —respondió—, es la primera vez que vuelvo desde... Desde que él la había raptado.

Cedric asintió, asegurándole que no tenía que repetir algo que había sido tan desagradable para ella.

—Alguien ha estado entrando en el orfanato —le informó, para explicarle la confusión.

Amber tomó la noticia como cabía esperar de alguien que ansiaba proteger a los huérfanos tanto como él y su séquito.

—No pueden llevarse a nadie más —le urgió, preocupada—. No podemos permitir que vuelva a desaparecer ningún niño más.

—¿Podemos?

—¿Lo sabe mi hermano?

—Habíamos quedado esta misma noche para debatir posibles soluciones.

Amber asintió, deliberando entre quedarse e informarse a plenitud de la

situación por la que estaban pasando sus pequeños, o irse antes de que Byron apareciera y arremetiera contra ella por incumplir su orden de mantenerse al margen.

—Tenía entendido que no debías volver por aquí.

Y ella tenía entendido que Byron no había vuelto a verse con él. De hecho, había permanecido en casa toda la semana, al lado de su padre y pendiente de los preparativos de su decimoctavo cumpleaños. ¿En qué momento le había comunicado algo tan personal a su cómplice?

—Me llegó una carta de Hallington sobre ello —dijo él, leyéndole el pensamiento—. Sé que tu padre ha estado débil de salud, Byron no ha querido entretenerse con nosotros.

—Su cita aquí esta noche confirma que mi padre está mejor.

—Es una buena noticia.

—Lo es.

Cedric la vio intentar desviar la mirada para algún punto que no fuera él. Ambos sabían que Byron podía llegar en cualquier instante, pero teniendo en cuenta que no había dejado de pensar en ella ni un solo segundo, no podía menos que intentar alargar al máximo aquella oportunidad.

Algo estaba muy claro para Cedric; deseaba a Amber. Le había gustado aquella joven incluso cuando pensaba que era miembro de la banda de Murrow. La había besado para sentir que se vengaba de su enemigo y había acabado convirtiéndola en una fruta prohibida que quería tomar de la forma que fuera.

Escuchó lejanamente que Amber decía que debía marcharse, aviso de que él debía salir del carruaje para que pudiera desaparecer antes de que ambos fueran encontrados por Hall y se formara algún inconveniente. No se lo había dicho, pero no hacía falta que lo dijera en voz alta para saber de antemano que quería que su hermana pequeña se mantuviera alejada de él. Después de saber que la había besado, estaba seguro de que Byron lo veía como un peligro para la integridad de la joven. Incluyendo, además, que él representaba todo lo que intentaba mantener alejado de su familia, por más

que él formara parte.

—Me hubiera gustado ver a los niños —decía Amber, trayéndolo al presente.

—Me imagino que a eso habías venido.

—No puedo olvidarlos de un día para otro.

—Es posible que ellos tampoco te olviden a ti, pero debes mantenerte lejos; este no es un lugar para ti.

—Habla usted como mi hermano.

—Tanto tú como él estáis a salvo más allá de Mayfair.

Amber entrecerró los ojos ante aquel comentario clasista.

—Él no parece pensar igual en cuanto a sí mismo —replicó.

No tenían tiempo para debatir lo que ella quería y lo que debía. Lo que quería era lo que lo cautivaba, y lo que debía era lo que la mantendría a salvo de toda la parte oscura sobre mantener protegidos a los huérfanos que tanto adoraba.

—Será mejor que te marches —le dijo.

Amber reculó en el asiento como si acabaran de darle una bofetada. No quiso ser agresivo con ella ni que sintiera que él quería que se marchara, pero si Hall llegaba y los encontraba a oscuras en el carruaje, ambos se verían en serios problemas.

—Usted y mi hermano no van a alejarme de ellos, ¿me oye? —gruñó—. Tengo tanto derecho como cualquiera a cuidar de ellos. Y después de encerrarme y conocer el verdadero peligro que corren no harán que me olvide de todo esto.

Cedric se quedó callado, pensando las posibles razones que podía exponerle para asustarla y que cambiara de parecer. Pero el único pensamiento que ocupó su mente fue una admiración que solo había sentido cuando conoció al conde de Hallington; un hombre que pese a su posición social se negaba a dar la espalda a la realidad de muchas vidas en aquella ciudad.

Abrió la portezuela del carruaje para salir, pero algo dentro de él vibró, y al bajar la mirada vio la mano enguantada de Amber sobre su antebrazo.

—Usted debe entender lo que siento —le dijo—, comparte el mismo impulso protector que yo para con ellos. Estoy segura de que hace las cosas más inesperadas con la intención de cuidar de ellos; su afán por encontrar a Kath me lo confirma.

—No es cosa mía, es tu hermano quien te quiere lejos de todo esto; y deberías aceptar que es lo mejor para ti.

Amber lo soltó, vencida al perder en el intento de convencerlo para que estuviera de su parte.

—Entonces seguiré como estaba, antes de esa mala noche en que lo conocí a usted y a la doble vida de Byron. Que tenga una buena noche, señor Bussarch.

La mención de su apellido no le pasó por alto, y cuando Amber dio un golpe al techo del carruaje para que el cochero emprendiera la marcha no pudo evitar sonreír. Era una jovencita rebelde, sin duda. Se preguntaba si eso lo había aprendido en los libros.

Rápido, antes de que el cochero lo hiciera caer al comenzar el viaje, se acercó a ella tanto como le permitió el tener medio cuerpo fuera del vehículo.

—Mañana temprano —le dijo—, aquí. Asegúrate de que no te sigan y, sobretodo, que no se te ocurra venir en carruaje.

Pasaron unos veinte minutos más antes de que apareciera Byron montado en un caballo marrón oscuro bajo la lluvia; Cedric lo vio desde una de las ventanas del orfanato cuando pasaba por un pasillo que daba a la calle.

Después de que Amber se marchase, desistió de volver a la taberna de la plaza y entró en el orfanato para esperarlo allí, a cubierto de la tormenta y el frío mientras visitaba a los niños en sus habitaciones. Como cabía esperar, estaban profundamente dormidos, pero se aseguró de que estaban todos en

sus catres antes de dirigirse al despacho a la espera de Byron.

Justo de camino hacia allí, escuchó el leve relinchar del caballo de Hall. Continuó su camino con la intención de esperarlo ya sentado y con dos copas bien servidas para aplacar las últimas ráfagas de frío del mes de abril.

¿Se habría topado Amber con él en el camino de vuelta a casa? Solo había una calle que los llevaba hasta donde podían coger varias direcciones para llegar al barrio de clase alta en el que vivían, y el caballo de Hall era mucho más rápido que ese carruaje en el que había aparecido la muchacha. No pudo evitar que se le formara una sonrisa al recordar la firmeza con la que quería permanecer en la vida de Harry y los demás. Aunque Byron insistiera en alejarla, estaba convencido de que Amber haría lo imposible para que el orfanato no pasara a ser un simple recuerdo. Y teniendo en cuenta que era una señorita que no conocía más que el placer de la aventura al visitarlos a medianoche para llevarles comida, se veía en la encrucijada de ignorarla o ayudarla para que no corriera los peligros que muy seguramente ella desconocía de todo aquello.

Los pasos de Hall no tardaron en crear eco en el edificio. Eran pisadas firmes y decididas, propias de un hombre que nunca dudaba a la hora de hacer algo. Entró en el despacho en el instante que Cedric se sentaba tras la mesa con dos copas en la mano. Le tendió una a él mientras se quitaba la capa que lo había cubierto de la lluvia y el sombrero de copa.

—Dice mucho de tu buen juicio cabalgar hasta aquí bajo esta tormenta.

Hall tomó asiento y respiró hondo varias veces antes de hablar. Fue entonces cuando Cedric percibió que sucedía algo.

—Mi padre me ha visto venir hacia aquí —le dijo, y tomó el primer trago.

—¿Te ha seguido lord Kinsberly en plena noche bajo la lluvia?

Byron negó con la cabeza.

—Me interceptó en la entrada cuando iba de salida.

—¿Discutisteis?

Su fiel amigo no contestó, se quedó mirando el contenido ámbar de la copa mientras lo hacía bailar con leves movimientos de la mano. Parecía

absorto, daba la impresión de que continuaba en ese momento en la salida de su casa.

—No me dijo nada —musitó—. Solo me miró y se marchó.

Aquello era una cuestión demasiado familiar e importante como para comentar algo a la ligera. Razón por la que Cedric permaneció en silencio hasta estar convencido de que sus palabras eran las apropiadas para los oídos de su compañero.

—Está decepcionado —soltó, con el mayor tacto posible—. Eres su heredero, no quiere que te relaciones con gente como yo.

—Él no sabe nada de ti. Lo que no quiere es que me relacione con asuntos llenos de peligros como estos.

—Y no deberías, para ser francos.

—Al diablo con lo que debo o no debo hacer —dijo, tajante—. William Kinsberly es el hombre más honorable que he conocido, él más que nadie comprende por qué hago todo esto. Él entiende mis razones para llevar esta doble vida.

—¿Y entonces cuál es el problema?

Aunque creía saber la respuesta, prefería escucharla por parte de él.

—Cuando sea marqués no podré continuar con esto.

Ambos sabían que algún día su conexión debería acabar.

—Y quiere que sea lo menos difícil y peligroso para ti —concluyó Cedric.

—Cree que no le queda mucho tiempo; los médicos no saben explicar qué le está pasando a su corazón. —Con valor, apuró el resto de la copa y fue a servirse más—. Su verdadero temor es que se descubra lo que hago, entonces el apellido de la familia quedaría manchado. Ninguna de mis otras hermanas podría casarse. Y muy posiblemente dejaran de respetarnos, esa es su gran decepción, que haya puesto en riesgo el honor de la familia.

Cedric percibió amargura en su voz, y con razón, pues ambos sabían que su padre tenía razón.

De todo aquello, lo que de verdad afectaba a Cedric era perder a un amigo.

Hall había sido para él como un bálsamo de agua dulce en mitad de un desierto. En cuanto fuera marqués, sus obligaciones y responsabilidades para con su familia y negocios se multiplicarían por un número inimaginable. Todo era una cuenta atrás.

—Lo mejor que podemos hacer es ponernos manos a la obra para que por lo menos valga la pena.

—¿A qué te refieres?

—A que si voy a decepcionar cada día de su vida al hombre que más admiro en el mundo, será mejor que la labor lo merezca.

—Siendo así, empecemos.

Capítulo ocho

Harry lo recibió con los brazos abiertos y el estómago contento en cuanto percibió el aroma a pan caliente. Cedric se esmeraba en llevarles un buen desayuno casi cada mañana, y no habían dado las siete cuando el mayor de los niños lo ayudó a cargar la cesta llena de alimentos.

—¡Buenos días, señor Bussarch!

—Ni tan buenos, Harry —le dijo sonriendo—. Sigue haciendo mucho frío, la primavera está tardando en llegar.

—Sí, señor. Leith empieza a enfermar otra vez.

—¿De verdad? —preguntó preocupado mientras ambos sacaban todo y lo disponían sobre la mesa—. Es la tercera vez en este mes.

—Ha tenido mucha fiebre, señor Bussarch.

Cedric se preocupó más aún. Mientras que Harry era el mayor, Leith era la más pequeña. Con solo cuatro años, estaba expuesta a todo tipo de enfermedades por la escasa higiene de aquel lugar.

—¿Dónde está?

—Con los demás, en la sala de juegos.

A lo que ellos llamaban sala de juegos, era en realidad una antigua aula que había sido reciclada para que pasaran el día allí. Era uno de los lugares con menos humedad y, aunque disponía de un gran ventanal por donde entraba la luz del sol, apenas hacía frío en invierno.

Antes de ir a visitar a la pequeña, Cedric recordó la razón principal de ir al orfanato aquella mañana.

—Harry, ¿recuerdas a la joven que os traía comida?

Los ojos del muchacho se iluminaron.

—Por supuesto.

El hecho de que no hubiera vuelto a visitarlos, había generado angustia en

los pequeños, al sentirse olvidados, por lo que Cedric se había visto obligado a explicarles lo sucedido con la señorita, de la que ellos desconocían por completo su identidad. Después de saber que pertenecía a la alta sociedad y que los había ayudado con tanta bondad y cariño, el aprecio de los huérfanos creció considerablemente.

A pesar de ser unos niños sin familia ni hogar, eran conocedores de muchos de los rumores de la ciudad, entre ellos los comentarios que circulaban sobre algunas de las familias más prestigiosas y respetadas. La emoción que les causaba haber despertado sentimientos en la hija de una de ellas, era mucho más de lo que habían tenido a lo largo de su corta vida.

—Hoy volverá —le dijo sonriendo.

Los dientes de Harry salieron a relucir cuan anchos y deformes eran.

—Todos se pondrán muy contentos, señor. La hemos echado mucho de menos, pensamos que ya no volveríamos a verla.

—Es posible que en cualquier momento dejéis de verla; su hermano mayor no quiere que se inmiscuya en esta vida.

—¿Inmiscu qué?

—Hall no quiere que ella esté rondando por aquí, ¿lo entiendes?

—Oh, claro, señor. Es una señorita de buena cuna, debe buscar un esposo y crear una familia. No puede perder tiempo con nosotros.

Cedric sabía que, aunque lo dijo con toda la entereza que lo caracterizaba y le había otorgado el título de cabecilla entre los otros niños, aquello le dolía. Era obvio que se habían encariñado mucho con ella, y pensar que estorbaban en lo que era la única labor de una joven en la alta sociedad, le producía el mismo grado de pena como de preocupación. Preocupación porque cuando se apreciaba a alguien de verdad como esos niños querían a Amber, lo menos que deseaban era perjudicarla o ser un obstáculo en su camino. Y pena porque en cuanto se casara o iniciara la nueva temporada social ya no sabrían más de ella; aunque su hermano se lo permitiera, estaría muy ocupada.

—No creo que para Amber venir a visitaros sea perder el tiempo, Harry —

lo animó—. Me consta que una de sus preocupaciones es no poder volver a veros.

Y era cierto. Tanto la primera vez que la vio como la pasada noche, no dudó ni un segundo de que sus ganas por permanecer cerca de ellos eran más fuertes que el respeto y admiración que tenía por su hermano mayor. Tanto era así, que estaba dispuesta a desobedecerle yendo a visitarlos aquella misma mañana, en la que incluso él se saltaría las reglas.

—Avísame cuando haya llegado, estaré arriba con Leith y los demás.

Con la capa cubriéndola hasta la punta de los pies, Amber entró en el edificio una vez más. Pocas veces había ido a la luz del día; cuando había empezado a visitarlos y aquel día, cuando esperaba encontrarse con un hombre dispuesto a entenderla y ayudarla para que su mundo dejara de ser el que era.

Después de darle tantas vueltas, conocía los diversos riesgos de lo que estaba a punto de hacer, pero contradecir a Byron valdría la pena si como recompensa recibía poder estar cerca de aquellos ángeles a los que tanto cariño había tomado, y que sabía que tanto la necesitaban.

Después de cruzar la cocina, se encontró en el gran vestíbulo que direccionaba a varias partes del orfanato. A su derecha, estaba el pasillo por el que Jota la había arrastrado hasta llevarla al despacho donde su vida había cambiado por completo. A su izquierda, sabía que estaba el comedor y un gran salón que en su tiempo fue un lugar donde los niños recibían visitas de personas interesadas en apadrinarlos. Escaleras arriba, donde ella empezaba a encaminarse, se encontraban las aulas en las que se deberían impartir las clases necesarias para que los huérfanos del lugar no crecieran analfabetos. Amber no conoció jamás aquel lugar cuando estuvo en pie, pero debió de ser un establecimiento muy agradable para los niños mientras fue consentido y atendido.

Al llegar a la planta superior, unas risas y murmullos de varias voces hablando la guiaron hasta el aula 21, en la que todos se reunían cuando no dormían para pasar el día. Allí se encontró con una escena de lo más sorprendente. Una imagen que le cortó la respiración, aceleró su respiración e incluso dilató sus pupilas.

Cedric Bussarch estaba allí, tal y como habían acordado, y estaba rodeado de los niños y niñas más pequeños dejándose matar en lo que parecía una lucha entre un villano y un príncipe. Gaby, una de las niñas que no superaba los cinco años, sonreía feliz al saberse la princesa por la que luchaban aquellos dos caballeros. Leith, la pequeña más débil del grupo, los observaba con una amplia sonrisa en los labios. Y Amber comprendió enseguida que había vuelto a recaer en una gripe, y que quizás su cuerpo pequeño no tenía las suficientes fuerzas para jugar con los demás.

Harry, Jane, Jack y Oliver, habían creado su propio juego de cartas y se retiraban de los más pequeños para estar concentrados. Al ver a Jane, Amber pensó fugazmente en Kath. Ambas eran casi de la misma edad, y temía que aquellos malvados que se la habían llevado volvieran a por Jane para secuestrarla también.

Cedric pareció percibir una presencia tras su espalda y detuvo a Fabián, el pequeño con el que luchaba, para darse la vuelta y ver quién lo observaba. La mirada de ambos se encontró, y ella no pudo evitar ocultar a tiempo la sonrisa que se había dibujado en su rostro al verlo jugar con los niños con tanto amor y entrega; se le hacía difícil imaginar a un hombre dispuesto a secuestrar y encerrar durante días a una dama, jugando a villanos y príncipes con un niño de cuatro años.

Aunque tarde, volvió al semblante serio que la caracterizaba y esperó hasta que él se acercó a ella, pero los niños la habían visto, y le cruzaron el paso cuando todos corrieron a abrazarla.

—¡Señorita! —gritaron varias voces al mismo tiempo.

En un instante se vio rodeada de brazos delgados y cortos alrededor de la cintura, y otros alrededor de las piernas cubiertas por el vestido color pastel

que se había puesto esa mañana.

—¡Sabía que volvería!

—Yo pensé que ya no volveríamos a verla.

—¿Ha traído pan?

—¡No le preguntes eso, zoquete! Va a pensar que solo te alegras de verla por la comida.

—¡Me alegro de verla por mucho más que la comida, pero el pan nunca viene mal!

—Señorita, hoy no está vestida de gris.

—Está preciosa, señorita.

Todos hablaban a la vez, todos le demostraban las ganas que tenían de verla, que era recíproca. Pero, sobre todo, Amber se sintió más segura que nunca; la necesitaban, y ella los necesitaba a ellos para continuar con su vida, aunque esta ya no fuera la misma de antes.

—Os he echado muchísimo de menos —les dijo, llenando de besos a quienes les quedaba más cerca—. Y claro que os he traído pan, Fabián.

—¿Deberíamos llamarla lady Amber a partir de ahora?

Harry, el mayor de todos, la dejó pasmada con la pregunta. Amber no supo qué responderle y buscó ayuda en Cedric, que observaba la amorosa escena con los brazos cruzados y una expresión de desconcierto en el rostro. Al reaccionar, asintió ligeramente para afirmarle que los niños ya sabían quién era realmente.

—No, Harry —le dijo, dedicándole una caricia en el abundante cabello sin peinar—, podéis llamarme señorita Amber, a secas.

—Ahora por lo menos conocemos su nombre, acabo de darme cuenta que siempre la hemos llamado señorita, nada más.

—Eso es porque vuestra señorita Amber es muy buena ocultando identidades.

Cedric Bussarch dejó su lugar apartado para abrirse camino hasta ella entre las cabezas que apenas le llegaban a las rodillas y a la cintura.

—Es hora de que hablemos en privado, ¿no te parece?

—No puedo quedarme mucho tiempo —le informó Amber—. Y me gustaría pasar tiempo con ellos.

Cedric entrecerró los ojos, irritado.

—Creía que tenías interés en lo que pudiera decirte.

—Y lo tengo —masculló—, siempre y cuando lo que vaya a decirme sea de mi interés. Si va a ayudarme lo escucharé con mucho gusto, pero si está usted del lado de mi hermano Byron entonces déjeme estar con ellos y me iré antes que lo mande a buscar.

Amber sabía que no podía jugar con su paciencia, que era un hombre de carácter y capaz de llevarla él mismo de vuelta a su casa, pero también sabía, y ahora más que nunca, que el cariño por aquellos niños los unía más de lo que ambos podían imaginar. Y que por ellos, y solo por ellos, había una posibilidad de que la ayudara.

Una leve sonrisa brilló en el rudo rostro de él, haciéndola sostener el aire en los pulmones por más tiempo del necesario.

—Vayamos al despacho.

Capítulo nueve

—Lo que me pides —decía Cedric mientras rellenaba una copa con agua para ella—, no puedo hacerlo. No puedo ponerme de tu parte y darle la espalda a mi socio.

Amber aceptó la bebida, agradecida.

—No le estoy pidiendo que lo traicione, esto no se trata de un cambio de bando.

—Tú quieres meterte en asuntos que no debes.

—Estos niños son tanto asunto mío como suyo, señor Bussarch.

Cedric tomó asiento tras la mesa y la observó mientras lo retaba con la mirada.

—Veo que Hall te ha hablado de mí, pero prefiero que me llames Cedric, si no te importa. No estoy muy orgulloso de mis raíces francesas.

—No me ha dicho todo lo que querría saber —aclaró ella.

El despacho estaba plenamente iluminado ahora que las nubes habían dejado paso al sol. Y entre ellos no se perdió un solo minuto en estudiarse mutuamente. Cedric contempló con placer que iba vestida con un sencillo pero elegante vestido de paseo matutino que la hacía parecer más grande de lo que era en realidad. Parecía mentira que con un hermano tan voluptuoso ella fuera tan diminuta. Amber, sin embargo, intentaba apartar la mirada de él todo el tiempo, consciente de que iba con la camisa medio abierta y en varias partes fuera del pantalón. Las botas de montar estaban sucias, y aunque le seguía pareciendo un hombre intimidante y apuesto, no dejaba de parecerle muy distinto su atuendo a la última vez que lo había visto.

—Para poder entenderlo mejor —musitó Cedric, poniéndose en pie y empezando a pasear por el despacho—, ¿qué es lo que de verdad pretendes hacer?

Amber se negó a mirarlo mientras él iba de un lado para otro, claramente

con la intención de ponerla nerviosa. Con seguridad, creería que si la hacía dudar de sí misma también dudaría de sus intenciones y se marcharía por donde había venido.

—Quiero seguir protegiendo a Harry y a todos los demás. Leith está enferma, yo puedo ayudarla; puedo traerle medicinas o pagarle la consulta de un médico.

Cedric se paró en seco.

—¿Insinúas que yo no puedo permitirme hacer lo mismo?

—¡No!

—Por si tu hermano no te lo ha dicho, dispongo de medios suficientes para cuidar de todos y cada uno de ellos. Inclusive de pagarles a un médico para que los revise cada cierto tiempo.

—Sé que usted es dueño de varias casas de juego.

—Soy mucho más que eso, soy negociante y me gano la vida mejor que un aristócrata —gruñó dando unos pasos hacia ella. A su lado, se inclinó y la obligó a mirarlo—. ¿Tengo pinta de no poder comprar un remedio, señorita Amber?

Ella no contestó, sino que se quedó mirándolo cuan cerca estaba. Pudo oler su aroma varonil y ver las pequeñas gotas de sudor que el juego con Fabián le había provocado. Desde luego que no parecía un hombre pobre, por muy desarreglado que estuviera aquella mañana. Además, teniendo en cuenta que mantenía a unos niños abandonados, debía tener medios suficientes.

—Desde luego que es usted un hombre con recursos, no lo dudo —musitó, nerviosa—. Pero yo también lo soy, y me niego a que usted y Byron me aparten de ellos por el único hecho de ser mujer.

La risa estruendosa y burlona de Cedric llenó la estancia. Irritada, Amber sintió subir los colores al rostro. ¿Qué le hacía tanta gracia?

—Aquí nadie ha dicho que el problema sea que eres una mujer —masculló él, volviendo a sentarse—. El problema es que eres una dama, y una niña...

—No soy una niña.

—...Una niña que debería preocuparse en hallar un esposo y no en cuidar niños sin familia.

—Precisamente porque no tienen familia yo...

—Los cuidabas porque creías que no tenían a nadie más —la interrumpió. El semblante de Cedric era serio, intentando que ella comprendiera cada una de sus palabras, que asumiera los motivos por los que aquella vida no era para ella—. Tenían prohibido hablar de nosotros. Ahora puedes regresar a tu mundo de lujos y no temer por ellos.

¿De eso se trataba? pensó, Amber. ¿El problema era pertenecer al lugar al que pertenecía?

—Byron proviene del mismo mundo de lujos que yo, señor Cedric.

—Hall es diferente. Lo que me une a él no tiene nada que ver con este orfanato.

Al parecer, él tampoco quería contarle aquel gran misterio que revelaba la conexión que ambos tenían. Y cada vez más Amber ansiaba saber cómo se habían conocido y cómo era posible que un conde fuera socio y amigo de un propietario de casas de juego.

—Amber —la llamó para que lo mirara, y cuando sus miradas se cruzaron, se quedó mudo por un momento—, hay demasiado peligro en esto, esa es la verdadera razón por la que Byron no te quiere inmiscuida.

—No os pido que me enseñéis a usar un arma ni a luchar contra Murrow y los suyos, solo quiero permanecer cerca de los niños, y de todo lo que tenga que ver con ellos. —Con la vista fija en él y el corazón latiendo más rápido, se dio cuenta de que por buenas que fueran sus intenciones no encontraría un aliado en el señor Cedric. Él debía lealtad a Byron, y encubrirla para que pudiera continuar asistiendo al orfanato era serle desleal a quien parecía ser una persona muy influyente en su vida—. Pero si no va a ayudarme, entonces continuaré viniendo como lo he hecho hasta entonces, a escondidas. Aunque Byron me ponga vigilancia en la casa de mis padres yo me las arreglaré para estar con ellos.

Molesta y dispuesta a no perder más tiempo, se puso en pie y se encaminó

hasta la puerta. Escuchó tras ella que él la seguía, pero continuó caminando hasta salir al pasillo hacia el vestíbulo.

—Eres muy orgullosa —decía tras ella—. No fue así exactamente como te describió tu hermano.

Ante aquello, Amber se detuvo en seco, provocando que él chocara con su espalda y la hiciera girar en redondo para ponerla frente a él. Había muy poca distancia entre ambos.

—¿Y cómo lo hizo?

Quizás fuera por la falta de aire, o porque su proximidad empezaba a ponerla tan nerviosa que sentía la vaga sensación de asfixiarse cuando él posó con delicadeza pero firmeza las manos sobre su cintura.

—Tímida —susurró, acercándose más si era posible—. Obediente. Inocente. Sumida en tu propio mundo.

—Solo dice eso porque me gusta leer.

—Algo que quizás a muchos caballeros no les guste.

—Basta con que me guste a mí.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Cedric, y cuando ella soltó un jadeo inconsciente, un fuego abrazador lo recorrió entero.

—Nunca dijo que fueras tan terca —musitó, ejerciendo una leve presión en su cintura cuando ella intentó apartarse—. ¿Qué hay de malo en la tranquilidad de tu hogar para querer arriesgarte en un ambiente lleno de gente perversa?

Entonces Amber comprendió algo que hasta entonces solo intuía y se negaba a aceptar; no había nada de malo en la tranquilidad de su hogar, y mucho menos en estar a salvo en comparación con aventurarse a descubrir los peligros que reinaban en aquellos barrios; pero todo parecía atractivo si ello significaba estar cerca de él. Quizás Byron le hubiera hecho un favor importante y por eso era tan valioso para él como para no arriesgar su amistad, pero Cedric Bussarch la había sacado de su casa de muñecas. Él y aquellos niños le estaban mostrando inconscientemente que había más vida

más allá de Mayfair.

—Es aquí donde quiero estar —susurró casi contra su pecho; evitando mirarlo casi podía rozar la suave tela de su camisa blanca—. Ellos me necesitan, y con su ayuda o sin ella continuaré en sus vidas. Porque la mía ya no es nada sin ellos.

Para Cedric, que podía considerarse el patrón de las causas necesitadas, aquellas palabras fueron demasiado. Débil como no se había sentido nunca, no pudo menos que alzarle la barbilla con la punta de los dedos para que se viera obligada a mirarlo a los ojos. Eran azules, de un suave pero intenso azul que le iluminaba todo el rostro.

Amber sabía que iba a besarla una vez más, pero no lo evitó. En su lugar, cerró los ojos incluso antes de que él se inclinara para rozarle los labios con los suyos. Fue un tacto ligero, como dudando continuar o detenerse allí mismo. Pero algo en el interior de ambos sabía muy bien lo que querían, y cuando Cedric la obligó a abrir los labios para introducirse más profundamente en ella, Amber estaba de puntillas para recibirlo mejor.

Los pensamientos de Harry, Fabián, Leith, y todos los demás desaparecieron como se evapora el agua de las calles mojadas cuando sale el sol. Solo quedaron ellos dos en mitad de un pasillo largo en el que tan solo se alcanzaba a oír las respiraciones agitadas cuando sus bocas tomaban aire.

Entre el placer de sentirse besada otra vez, Amber exploró y se dejó llevar por él. Sentía que un deseo ferviente iba en aumento a medida que el beso ganaba en intensidad, y el deseo que él mismo le demostraba cuando la apretaba contra sí, lo expresaba ella al agarrarse a sus solapas, como si fuera a desmayarse en cualquier momento.

Cedric detuvo el beso un instante para mirarla, y vio en sus ojos la sombra del deseo con la misma intensidad que él la sentía. Lo deseaba, quizás no supiera lo que significaba eso, pero lo deseaba. Y estaba disfrutando demasiado besándola como para detenerse a explicárselo, o para que el buen juicio tomara partido en aquel momento. Sin embargo, podía demostrárselo.

Descontrolado, la empujó con su propio cuerpo hasta la pared, donde se

recostó sobre ella como pudo para sentirla en cada centímetro de su cuerpo. Amber era pequeña, delgada, y no tenía atributos demasiado voluminosos como los que lo habían hecho enloquecer innumerables veces. Pero toda ella era pura pasión; con el mero perfume que desprendía su piel podía encenderse como en aquel instante.

La acarició sobre el vestido, adivinando en su mente la forma que tendría su cintura, su vientre, sus pechos. Dibujó una fila de besos de su clavícula hasta la sien. Sintió que iba a explotar cuando ella reprimía los gemidos por vergüenza y se sujetaba a él porque le fallaban las piernas. Cedric sintió que, por un segundo, era suya.

Pero ella lo despertó de su ensueño.

—Basta —jadeó—. Pare, por favor.

Y él paró de acariciarla, pero no de besarla. Continuó dándole suaves besos en los labios y alrededor del rostro, mientras ella luchaba por recuperar la respiración.

—Debo irme, o me echarán en falta.

Poco a poco, Cedric se alejó y le permitió tener un espacio vital para que se recompusiera.

Cuando Amber se sintió más envalentonada, lo miró, y él ya la estaba observando con sus ojos penetrantes e intimidantes.

—Creo que será todo un placer ayudarte.

—No se haga falsas ilusiones, señor Cedric.

—¿Falsas ilusiones?

—Exacto —dijo, iniciando la caminata hasta el vestíbulo nuevamente—.

Esto no volverá a suceder.

Él la siguió de cerca, muy de cerca.

—Bueno, si te refieres a besarme, creo que será lo mejor. No besas nada bien.

—¿Que yo lo he besado?

Él asintió, divertido, cuando ella interrumpió el paso para mirarlo con los

brazos en jarras.

—¿Que beso mal? ¿Pero cómo se atreve?

—¿Has besado a alguien alguna vez?

—¡Por supuesto!

Cedric fingió sorpresa y decepción.

—Vaya, pensé que te había dado tu primer beso.

—Pues no.

—¿Algún pretendiente?

—Fue un romance de niños.

—¿De niños? ¿Te dieron tu primer y único beso cuando eras una niña?

—Así es —respondió, sin estar muy segura de si era buena idea.

Pareció no serlo, pues Cedric comenzó a reír a carcajadas ante ella como si hubiera sido la cosa más graciosa que le hubieran contado nunca.

—Bueno, teniendo en cuenta de qué familia eres y el hermano que tienes, lo comprendo perfectamente.

Molesta por su burla, Amber reinició la marcha a mucha más velocidad. Cuando quiso darse cuenta, ya estaba en la entrada y caminaba sin tregua por el porche hasta llegar al portón que daba a la plaza exterior. Un brazo la atajó antes de que saliera.

—No te molestes, es normal que no sepas besar si esa ha sido tu única experiencia.

—Es usted un hombre carente de toda caballerosidad, señor Bussarch.

Cedric no podía menos que sonreír al ver la vergüenza que le había causado al atacarla con aquello. Apiadándose de ella, la atrajo hasta él y volvió a depositarle un suave beso. Y sin apartar los labios de los suyos le dijo:

—Yo te enseñaré a hacerlo.

Y ella pareció estar de acuerdo, porque no replicó cuando él continuó arrastrándola al placer hasta que unas lejanas campanas anunciaron las nueve y tuvo que marcharse.

Capítulo diez

Los preparativos para su fiesta de cumpleaños la ayudaron a dejar de pensar en Cedric Bussarch.

A una sola noche para cumplir por fin los dieciocho años, Amber no podía pensar en otra cosa que en su último encuentro con el dueño de las casas de juego. Había logrado convencerlo, pensaba; iba a ayudarla en su objetivo de permanecer en aquella aventura que la había alejado de repente de los libros y la monotonía.

Corrían el gran riesgo de que Byron descubriera su alianza y uno de los dos saliera muy mal parado, que con toda seguridad sería ella misma. Pero todo valdría la pena si ello significaba permanecer en la vida de los huérfanos y disfrutar de los besos de Cedric una vez más.

Se sentía lujuriosa, mujer, deseada... saber que entre ellos existía esa clase de química que nace entre un hombre y una mujer la sumía al más soñado deleite de las inocentes damas de la alta sociedad. Estaba convencida de que sus supuestas clases para aprender a besar eran un simple truco para estar cerca de ella y tomarse libertades que a los ojos de toda la ciudad serían un auténtico escándalo, pero ella quería todo cuanto pudiera aprovechar de él. Jamás había conocido a un hombre tan apuesto como el señor Cedric, y que combinara tan bien esa personalidad oscura con la ternura con que quería a los mismos niños por los que ella se desvivía. Que, por cierto, no debía olvidar que ellos eran la razón principal de su descarada iniciativa.

Grace, su hermana mayor, la miraba desde varios centímetros más abajo mientras ella, subida en una pequeña tarima redonda de madera, dejaba que la modista le diera los últimos arreglos al vestido para la gran noche. La conexión con su hermana había sido siempre más íntima que con cualquiera de la familia. El año pasado habían compartido temporada social; sus padres querían asegurarse de que Amber encontraba pronto un marido, y no tuvieron

reparos en presentarla en sociedad con tan solo diecisiete años. Amber fue una de las testigos de la historia de amor de Grace con el marqués de Wolfwood, su marido y padre de su primera hija, la pequeña Nathalie. Se conocían a la perfección, casi igual que Grace se conocía con Byron, y por ello supo de inmediato que la mirada con que la observaba estaba calculando la mejor forma de decirle algo.

Al salir de la tienda, Grace no se hizo esperar.

—Amber, cariño, no hemos hablado de lo que ha pasado —dijo con palabras suaves—. Creo que te haría bien contar con la familia después de algo así, un secuestro es algo horrible.

Aunque agradecía sus intenciones, Amber no podía, aunque quisiera, hablar sobre un secuestro que ellos creían de una forma muy diferente a como fue en realidad.

—Ya casi está olvidado, no me hicieron daño y pronto solo será una anécdota para contar a la hora del té.

—¿No temes que vuelva a pasarte? En poco tiempo has pasado por situaciones parecidas.

—El primo de Damien no me secuestró, solo intentó haceros daño a través de mí. Fue a ti a quien se llevó, ¿recuerdas?

—Y por esa misma razón sé cómo te sientes.

—Entonces también sabrás que se siente un gran alivio al saberse rescatada por alguien amado. A ti te rescató tu marido, y a mí nuestro hermano.

—Eso es cierto.

Con la esperanza de que lo dejara estar en esa conclusión, Amber le preguntó si se marcharían a Wolfwood Hall nuevamente al pasar su fiesta de cumpleaños, pero Grace no era conocida por dejar las cosas pasar. De hecho, era una mujer capaz de hacer que el hombre que había amado en silencio durante un año se enamorase de ella en pocas semanas.

—Byron me parece impresionante, a veces —murmuraba para sí—.

¿Cómo pudo encontrarte tan rápido?

—Las autoridades de la ciudad lo ayudaron.

—No, tengo entendido que lo hizo solo.

—Ah.

—Creo que sus ganas por protegernos a todos lo convierten en héroe en más de una ocasión. —Amber sabía que también estaba recordando los momentos en que se enfrentó a Damien para defender su honor—. Te traje sin un rasguño...

Al quebrarse la voz de su hermana, Amber se sintió muy culpable.

Su familia había sufrido a un nivel que no podía ni imaginar, y ella no podía arriesgar lo que había conseguido con Cedric contándole a Grace el secreto que ella y Byron compartían; si, por ejemplo, su madre llegaba tan solo a imaginar la doble vida de Byron y que ella había estado en manos de un hombre como Cedric, ambos estarían condenados a alejarse de los niños y de todo lo que tuviera que ver con ellos. Byron se sentiría doblemente culpable por haber defraudado a su padre y, para no arruinar la reputación de los Kinsberly, debería alejarse de Cedric y su organización, aunque sus ganas de justiciero se lo impidieran. Y ella... ella también tendría que alejarse de Cedric, no podría volver a verlo nunca más. De hecho, no tendría ninguna excusa para hacerlo, porque tampoco podría volver a ver a los niños.

No, definitivamente no podía contar la verdad, pero le dolía el alma ver a su hermana así. Siempre había deseado ser como ella; la admiraba. Grace era una mujer hermosa, compuesta por una fortaleza interior que pocas mujeres poseían. Al contrario de ella, Grace se hacía escuchar, era valiente y extrovertida. Y aunque también poseía una fuerte pasión por el conocimiento intelectual, había dejado a pronta edad la adicción a los libros para centrarse en buscar un marido, aunque no fue hasta varias temporadas realizadas cuando lo encontró.

Cuando llegaron a la mansión Kinsberly y una doncella se acercó a retirarles los sombreros de paseo, Amber se apresuró en retener a Grace antes de que fuera en busca de su hija.

—Grace —susurró—, lamento muchísimo todo lo que habéis sufrido por mi culpa.

—Pero qué dices, querida —le contestó en tono maternal—. De qué forma ibas a ser tu culpable porque te hubieran secuestrado.

Grace no esperaba una respuesta, inocente a los culpables pensamientos de Amber. Pero el abrazo en el que se fundieron la hizo sentirse en casa, como si de verdad hubiera sido raptada por unos malvados que le habían hecho mucho daño. Se sintió a salvo, y la voz de Cedric resonó en su interior recordándole que las cosas en las que quería inmiscuirse estaban muy lejos de causarle esa sensación.

—¿Me he perdido algo?

La conocida voz de Byron bajando por la escalera rompió el momento íntimo entre hermanas. No iba solo; lo acompañaba un hombre apuesto y tan alto y corpulento como él.

—Damien, querido, esperaba que estuvieras con Nathalie.

—Está dormida, cielo.

Ante la muestra de cariño del matrimonio, Amber reprimió una sonrisa cuando Byron puso los ojos en blanco.

—Largaos a otra parte.

—Largaos vosotros, hermanito. Mi esposo y yo no estamos haciendo nada malo.

—Será milagroso el día que dejes de desafiarme.

—Y muy aburrido, también.

—¡Oh, ya estáis aquí!

Lady Kinsberly, su adorada madre, apareció en aquel instante como tantos otros a imponer paz con su resplandor propio.

—Mamá, Byron debería aceptar de una vez que soy una mujer casada.

—Mi problema no es que estés casada—dijo este—, el problema es que lo estés con este.

Señalado para no dejar lugar a duda, Damien le hizo una cómica

reverencia.

—Es un placer ser dueño de tal preciado cariño, cuñado.

—Basta, basta —cortó lady Kinsberly—. Grace, acompaña a tu marido al salón, lejos de Byron, antes de que empiecen a darse golpes nuevamente.

—¿Os habéis peleado hoy?

—Hoy todavía no —informó Byron—. Quizás más tarde.

—Vamos, cielo, has pasado toda la mañana fuera —le susurró Damien—. Quiero aprovecharte antes de que tu hermano me pida su ración diaria de golpes.

Antes de que este pudiera responder, Grace se llevó a su marido. Amber no podía parar de sonreír, y por un momento se olvidó de todo lo que la estaba alejando de Byron. Cuando sus miradas se cruzaron, temió por un segundo que pudiera leer en su rostro todo lo que había hablado con Cedric a sus espaldas. Pero la voz de su madre preguntándole cómo habían ido las medidas del vestido para la fiesta la devolvió al presente.

—Finalizará esta misma tarde, mamá.

—Menos mal —suspiró—. Estaba todo listo menos el vestido de la reina de la noche.

—Mañana será como tener una temporada social para ti sola —comentó Byron.

—Desde luego que sí, no tardarás en encontrar un marido, Amber.

Reprimió un suspiro, algo que no pasó desapercibido para Byron.

—¿No es eso lo que deseas?

—¿Qué hay que desear? —preguntó una femenina voz tras Byron.

Salvada por una imprudente, pero oportuna Harley, Amber desvió la mirada de su hermano para evitar responder. ¿Un marido? Por supuesto que deseaba un marido. Había sido presentada en sociedad un año antes de lo normal para asegurarse de que lo conseguía antes de que fuera el turno de Harley de buscar esposo. Pero de pronto sus prioridades habían cambiado.

Teniendo en cuenta que ya tenía una serie de prejuicios que un prometido

había de cumplir, como que no le impidiera leer, si ahora le añadía el fuerte atractivo que debía poseer para poder superar a Cedric Bussarch, la hacía estar casi segura de que la búsqueda de un marido iba a resultar una tarea más complicada de lo que esperaba.

La chillona voz de Harley la hizo despertar de sus incoherentes pensamientos para darse cuenta de que la mirada de Byron estaba clavada en ella; sospechaba algo. Estaba segura de que su hermano sospechaba que ocultaba algo.

—¡Basta, Harley! —la cortó su madre—. Tu hermana debe estar cansada, esa modista es muy lenta haciendo su trabajo. Ve a buscar a William e id a jugar.

—No quiero jugar con William. Ya no soy una niña, mamá.

—Pues ve a hacer lo que sea que estabas haciendo, jovencita.

—Diseñarme unos pantalones.

—Eso, muy... ¿cómo dices?

Pero para cuando lady Kinsberly cayó en la cuenta de las extrañas distracciones de su hija pequeña, Harley ya corría escaleras arriba riendo sin parar. Como era de esperar, Georgina Kinsberly olvidó la fiesta de Amber y fue tras ella para continuar en su lucha continua de hacerla una señorita decente antes de que perdiera el norte.

—Los pequeños van a sacarle las canas a nuestra madre.

—Harley es muy rebelde, costará hacerla entrar por la línea que debemos seguir en la sociedad —dijo Amber—. Mientras siga negándose a entrar en ella, todos nos volveremos locos.

—Tú tampoco pareces muy metida en el papel que debes estar.

Amber frunció el cejo.

—No te entiendo.

—Ignorando por un momento el tema de tu amor por la lectura, que no suele gustar a más de la mitad de los caballeros de esta ciudad, me da la impresión de que sigues teniendo la mente en otra parte.

Aunque le costó un gran esfuerzo calmar su conciencia y decirse a sí misma una y otra vez que Byron no sabía nada y que Cedric no la había traicionado, Amber hizo un esfuerzo por llevar la atención de su perspicaz hermano hacia otra parte.

—Ser el centro de atención no es algo que se me dé muy bien —musitó—. Creo que los nervios no me dejan pensar en las oportunidades de la noche de mañana.

Por mucho que sospechara algo, Amber sabía que él no mencionaría a Cedric ni el asunto del orfanato nuevamente. Por ello no le sorprendió cuando se limitó a acercarse a ella y le depositó un suave beso en la frente antes de marcharse; había pasado una prueba de fuego, o eso sentía.

Byron debía pensar que había dejado atrás todo aquel asunto, pero mentir a su propia familia no era algo que hubiera querido hacer jamás. Y teniendo en cuenta cómo había afectado a su padre todo aquello, no estaba segura de en qué bando debía sentirse en aquel instante.

Más tarde, un hombre, que se hacía pasar por transeúnte en un barrio casi desconocido donde solo reinaban mujeres ofreciendo sus favores, esperaba paciente a una de ellas. El objetivo era comprobar que era cierto, que ella estaba en aquel lugar de penosa reputación del que todas entraban y salían. Si era mentira, se desquitaría a base de golpes con su informador; no estaba en condiciones de permitir ningún dato falso que lo distrajera de su objetivo.

Rechazando con elegancia a una mujer que insistía en irse con él incluso gratuitamente, decidió acelerar el proceso de investigación arriesgándose a entrar al antro aun sabiendo que era entrar en la cueva del lobo, pero justo en el momento en que se disponía a encaminarse a la puerta, vio a una joven que vestía de la forma más descarada que había visto jamás. Estaba de espaldas a él, y no quería pecar de imprudente llamándola por su nombre y equivocarse de persona. O bien que, por un error, pudiera llamar la atención de sus

enemigos en caso de que estuvieran cerca, que no lo dudaba.

Pero no hizo falta esperar ni acercarse, la joven dirigió su angustiada mirada hacia donde estaba él, como sintiendo su mirada tras su espalda, y entonces los ojos de ambos se encontraron.

Y supo que era ella, en el mismo instante que ella supo quién era él y le sonrió. Pero su sonrisa duró lo mismo que dura un relámpago, y una expresión de pánico nubló su rostro. Él no quiso esperar más y se acercó sin pensarlo un minuto más.

—Kath.

Los brazos de ella se aferraron a él como quien se aferra a un bote en mitad del mar, pero las caricias que le propinaba en la espalda ancha y por los brazos lo dejaron desconcertado.

—Tienen que pensar que eres un cliente —le susurró con pose sensual en la oreja al notar su tensión—, aquí son todas muy propicias a correr hasta el jefe para meter en problemas a las demás.

—¿Te vigila alguien más?

—Están dentro, pero él no tardará en salir; me va a llevar a una fiesta privada.

—No irás a ninguna parte, Kath.

Ella evitó un sollozo en su hombro.

—Es una fiesta llena de hombres.

—Lo sé, pequeña. Sé por lo que estás pasando y por eso he venido a por ti.

Las caricias cesaron y Kath se separó unos centímetros para verlo a los oscuros ojos.

—No —dijo—. No puedes hacer eso.

Él negó con la cabeza, sin comprender.

—Ese hombre te odia, Cedric. Habla de ti y de cómo herirte todo el tiempo.

—Una razón más para sacarte de aquí: no permitiré que te utilice para llegar a mí.

—No lo entiendes —musitó con lágrimas en los ojos—, lo acaba de conseguir. Has venido, y si te ve aquí te matará. Tú eres uno y ellos son más de diez.

Por muy fuerte y hábil que se hubiera hecho en las calles, Cedric sabía que una pelea contra diez hombres era un suicidio. Y mucho más si se trataba de los hombres de Murrow, que no conocían el honor varonil y eran de los que atacaban por la espalda y en grupo, como las alimañas.

—Entonces vendrás ahora mismo, no perdamos más tiempo.

Para su sorpresa e irritación, Kath se soltó de su abrazo y se alejó más de él.

—No dejaré que cabe su propia tumba, señor Cedric —masculló—. Nos has cuidado durante años, y soy testigo de las muchas calamidades de las que nos has salvado. —Aunque parecía que iba a llorar en cualquier momento, él admiró la tenacidad con que mantenía el diálogo—. Si me voy contigo estarás muerto en menos de una hora, y es muy posible que todos los demás también lo estén; también ellos estarán en peligro si ya no estás tú para protegerlos.

—Sabes muy bien que no estoy solo, Kath; Hall os ha protegido tanto como yo.

—El señor Hall pronto encontrará una esposa que le dé un heredero y se olvidará de todos nosotros.

—Eso es mentira —rugió.

—Él no es como tú, Cedric. —Una lágrima traicionera rodó por la blanca mejilla—. Tú has venido de nuestro mundo, has sido testigo desde siempre de las desgracias que nosotros los huérfanos porque también fuiste uno. Pero ese señor pertenece a la alta sociedad, cuando tú no estés no tendrá nada más que buscar en el orfanato.

Cedric jamás había visto las cosas de aquella manera, para él Hall era una pieza clave en su organización. Sin él, muchas de las cosas que había conseguido no hubieran sido posibles. Por ejemplo, vivir. Él le salvó la vida, y Kath solo decía aquellas cosas porque estaba presa del miedo a que Murrow pudiera arremeter contra él al llevársela de allí.

—Basta de reuniones inoportunas, Kath —gruñó acercándose a ella y sacando el arma que tenía escondida tras el pantalón—. Te vas ahora mismo conmigo, y corre a mi cuenta lo que suceda después.

Arrastrándola a su lado, Cedric se alejó de la puerta del antro del que había salido la joven y pasó por delante de las demás chicas sin hacer caso a sus gritos. Kath les dijo que se calmaran, que con él estaba a salvo y que no le estaba haciendo daño, pero Cedric sabía que haberse puesto de mal humor no ayudaba en absoluto a la operación.

Tal como esperaba, antes de llegar a la esquina un tiro sonó en el aire haciéndolo detenerse en seco. Al darse la vuelta y cubrir a Kath con su cuerpo, pudo ver frente a frente a su peor enemigo acercarse a él con varios hombres armados.

—Murrow —murmuró entre dientes.

El aludido alzó la pistola y lo apuntó directamente a la altura del pecho.

—¿Adónde te crees que vas, Bussarch?

—¿Tú qué crees?

Irritado, Murrow hizo un ademán a uno de sus hombres para que cogiera a la chica.

—¡Que no se acerque!

Todos continuaron quietos, concedores de la destreza de Cedric con las armas y las peleas cuerpo a cuerpo.

—Estás robando algo que me pertenece.

—No te pertenece —corrigió Cedric—. Y aunque tengas comprada a la ley para tus viles negocios, aquí estoy yo para defender a los míos, Murrow.

—Tú y la alta sociedad, ¿no es así? —Ante el silencio de él, el arrogante hombre continuó—. Ha llegado a mis oídos que ya no puedes llamarte tan santo, Cedric; recibir favores de la alta sociedad no es a lo que aprendemos cuando venimos de los mundos más bajos. Al contrario, aprendemos que son una clase opresora y explotadora que solo merece que las destituyan y enseñemos lo que es estar en esta vida.

—Gracias por la clase de moral, pero yo no soy como tú; jamás lo fui y jamás lo seré.

La risa de Murrow hizo erizar hasta el último vello de la nuca de Cedric.

—Con lo bien que nos llevábamos de pequeños.

—Inocencia infantil, lo llamo yo. Me di cuenta demasiado tarde de lo podrido que estabas por dentro.

—Oh, basta, basta... me aburrías entonces y lo sigues haciendo ahora. Dame a la chica, Cedric, y podrás largarte a cuidar a tus otros gusanos sin salir herido.

Cuatro hombres, dos a cada lado, lo rodearon para presionarlo.

—Lo único que conseguirás es que te mate a ti y a tus hombres —dijo Cedric.

Pero aquel comentario fue como una chispa en mitad de matojos secos.

La orden de Murrow rugió en medio de la calle como un trueno en mitad de la tormenta, y cuando quiso darse cuenta, Cedric había apartado de un empujón a la joven para enfrentarse a los matones de su enemigo. En todo momento se concentró en aquel que intentaba acercarse a ella, y luchaba por no escuchar sus gritos y llantos que lo distraían. En aquel momento se maldijo una y mil veces por no haber ido con Jota o Zac, pero el rumor de que Kath estaba allí le había llegado tan de improviso que ni si quiera se paró a pensar dónde podían estar sus hombres. Y buscarlos a esas horas de la noche hubiese sido perder un tiempo muy valioso.

La lucha estaba en desventaja, y pronto Cedric sintió dolores agudos allí donde lo golpeaban repetidas veces. Uno de ellos, de estatura media como Murrow, se ensañó en herirlo por los costados, a sabiendas de que su otro compañero ya lo había debilitado por ahí. Cedric pensó en su vieja herida ya cicatrizada, y por un momento temió que se la volvieran a abrir.

Aunque él estaba solo, de los cuatro solo quedaban dos en pie. Y el rostro furioso de Murrow en la penumbra de la noche le dio la energía suficiente para derrotar a aquel que se parecía tanto a él. Concentrado en el último, ya tenía urdido un plan de escape en cuanto lo dejara en el suelo. Pero la suerte

no estaba de su lado, y antes de que pudiera acabar el combate uno contra uno, Murrow apartó a su empleado y se enfrentó él mismo contra Cedric. Aquello lo tomó por sorpresa y al principio no acertó en los golpes, a pesar de que habían crecido luchando y aprendiendo uno los golpes fuertes y débiles del otro.

La calle había quedado vacía; las mujeres se habían escondido en el local, y el último hombre con el que había luchado arrastraba a sus hermanos de guerra lejos de la pelea. Cedric estaba furioso e impotente por no haberse preparado como debía para aquella batalla. Haber peleado primero contra cuatro lo había debilitado, y ahora su agilidad no era la misma que hacía diez minutos.

Quizás fueron los gritos desesperados de Kath cuando el hombre que seguía consciente la raptó e intentó llevársela al local nuevamente, pero una fuerza desde su interior salió disparada contra su oponente y lo dejó tirado en el suelo a su merced. Cedric sacó un arma blanca de su bota y apretó el filo de la hoja contra la garganta de Murrow.

—¡Déjala! —Le gritó al otro hombre—. Suéltala y métete en el local si no quieres que le rebane el pescuezo a tu jefe.

El mismo cuchillo que sostenía podía cortar la tensión de la situación. Kath volvió corriendo a su lado, y Cedric se puso en pie dejando libre a Murrow.

—Te vas a arrepentir por esto, Bussarch —escupió.

Al ponerse en pie, pudo ver que lo había dejado cojo, y Cedric no quiso perder más tiempo ni arriesgar más su suerte enfrentándose a un reto de insultos y amenazas con él. Antes de que pudieran hacer algo más, Cedric se apoderó del brazo de Kath y se marcharon de allí, huyendo de los tiros y gritos de un hombre furioso y ansioso de venganza.

Capítulo once

Buscó a Hall durante toda la mañana y, cuando cayó la tarde, mandó a casi la mitad de sus hombres por turnos a rondar por la lujosa casa en la que vivía con su familia para intentar verlo salir o entrar a la vivienda. Pero todo fueron

malas noticias; ninguno de ellos dio con él.

Kath estaba a salvo en su casa, lejos del peligro del orfanato. Y Jota se había quedado vigilando a los chicos de cerca para evitar que les pasara algo malo. Cedric había desatado una guerra y lo sabía. Había conseguido lo que quería, salvar a una de sus protegidas, pero con ello había enfurecido a Murrow, sobre todo al llevársela delante de sus narices.

La joven pasó toda la noche despierta sin poder conciliar el sueño, contándole cada una de las maldades que Murrow la había obligado hacer. Cosas como robar, estafar a hombres borrachos, trabajar de sol a sol en sus tabernas, y algunas otras que la pequeña se había guardado para sí por pudor. Cedric sentía indignación y desprecio por el que alguna vez fue un compañero. Ahora no era más que un monstruo.

Abatida, finalmente se había dormido al alba, cuando él ya comenzaba a dar disposiciones a sus hombres para movilizarse; Hall y él tenían que hablar. Había que urdir un plan de defensa y ataque, Murrow no se quedaría con los brazos cruzados. Pero cuando por sus últimos hombres llegaron con la negativa de ver al conde, Cedric decidió pensar solo.

En el pequeño espacio que tenía como despacho en su departamento, se encerró a meditar e intentar pensar como Murrow. ¿Dónde lo atacaría? Ya había descubierto que los huérfanos eran su debilidad, así que sabría de antemano que pondría doble vigilancia sobre ellos. Además, por sí mismo había conocido todo lo que era capaz para rescatarlos, y si alguna vez llegó a conocerlo, no creía que fuera a atacarlo dos veces por el mismo lugar.

Había una posibilidad muy alta de que pasara a otro nivel, y que intentara matarlo directamente a él, en lugar de atacar sus puntos débiles. En ese caso, Hall no le hacía ninguna falta. Se enfrentaría a Murrow las veces que hicieran falta. Y al recordar la humillación en que lo había sumido ante sus hombres, estaba completamente seguro de que ese sería su siguiente paso: matarlo.

Un fuerte rencor lo inundó de recuerdos.

Pero antes bien de que pudiera dibujar en su mente una por una las memorias que compartía con el que hoy era su peor enemigo, unas voces en

el salón llamaron su atención. Kath estaba profundamente dormida sobre uno de los sofás, por lo que no creía que fuera ella quien discutía tan acaloradamente con la doncella.

Y cuál fue su sorpresa cuando al abrir las puertas de par en par a quien vio fue a una llorosa Amber en cuclillas sobre el cuerpo inconsciente de Kath. La doncella se acercó a él apresuradamente a explicarle que entró sin pedir permiso y sin presentarse, alegando que debía hablar urgentemente con el señor Bussarch. Quizás no podría ver a Hall, pero desde luego que no le disgustaba en absoluto esa manía de Amber de aparecer cuando menos lo esperaba.

—Amber.

Aunque lo había visto cuando salió del despacho, continuó mirando a su pequeña protegida hasta que él la llamó para que se acercara. A regañadientes, depositó un suave beso sobre la frente de la joven y se alejó para dejarla descansar.

—¿Cómo lo ha hecho? —preguntó secándose el resto de alguna lágrima con el dorso de la mano.

—Anoche —contestó, perdiéndose en el contacto visual—. Fui a por ella en cuanto me dijeron dónde estaba.

Y pasó lo que menos esperaba.

Amber se arrojó a sus hombros y lo apretó contra sí, casi dejándolo sin aire por la sorpresa. Era tan delgada, pensó, que apenas tenía fuerza. Y la diferencia de altura la obligaba a ponerse de puntillas para poder alcanzar sus hombros; Cedric sonrió, lleno de una ternura que desconocía poseer.

La rodeó con los brazos y la guio despacio, sin romper el abrazo, hacia su despacho, lejos de la curiosa mirada de la doncella. Una vez dentro, Amber pareció recuperar el sentido común y el pudor. Intentó soltarse de los brazos que ahora la sostenía contra su pecho, pero él no la dejó. Tenía la impresión de que no la veía hacía demasiado tiempo, y si no estaba equivocado, aquella sensación solía tener la palabra «extrañar».

—No puedo creer que ya esté a salvo —sollozó—. Es casi irreal...

después de darla por perdida.

—Tranquila, ya está en casa.

—Tuve poco contacto con ella, en realidad, pero cualquier cosa que le suceda a cualquiera de ellos, yo...

—Lo sé —le susurró en la mejilla—. Lo sé.

Quizás aquella mujer se había propuesto sorprenderlo aquel día, pero de pronto no fue su mejilla lo que besaba, sino sus propios labios. Amber había iniciado el beso muy sutilmente, casi de forma imperceptible. Pero él era un hombre con experiencia, y sabía cuándo una mujer lo incitaba a besarla.

El beso fue dulce, suave, y lento. Saboreó cada centímetro de su labio superior y, más aún, del labio inferior. Juguetó con ella cuando se acercaba para darle otro beso, pero se alejaba, y sonrió cuando entendió el juego. Murrow no existía en ese momento. Tampoco existía Kath, tumbada en el sofá del salón. Ni los niños. Ni Hall. Cuando estaba Amber, no existía nada más.

—Estás aprendiendo muy rápido.

—Puede que sea yo quien lo esté enseñando a usted, señor Cedric.

Una risa juguetona escapó de sus labios pero, aunque estuvieran más a gusto que nunca, su aparición en su casa era algo que necesitaba respuesta.

—¿Qué haces tú aquí?

—Vi a sus hombres rondar por mi casa. Me asusté, pensé que sucedía algo malo y quise venir lo antes posible. Pero ya veo que eran buenas noticias.

—Estaban buscando a tu hermano. —Cedric frunció el ceño—. ¿Ya sabe que estás en esto?

—¡No! Nadie sabe que estoy aquí —dijo—. Salí con el pretexto de buscar una cinta para esta noche.

—¿Esta noche?

Un rubor cubrió las mejillas de Amber.

—Es la fiesta de mi cumpleaños.

Un nuevo sentimiento llenó el pecho de Cedric: vergüenza. Una gran

vergüenza por haberse olvidado de que estaba ante toda una mujer. Era su cumpleaños, y ni si quiera se le había pasado por la cabeza que esa podía ser la razón por la que Hall no aparecía.

Puede que nada arreglara aquello, y la verdad es que nunca había sido propicio a dar muchas muestras de cariño en días especiales que para él seguían siendo días normales. Pero se trataba de Amber, quien a pesar de tener todas las comodidades del mundo se jugaba la relación familiar con su hermano mayor para poder estar cerca de unos niños a los que no debía ninguna lealtad. Se trataba de la misma jovencita que defendía su posición de permanecer en el ajo en contra de quien fuera. Jovencita que hoy se hacía mujer, y más bella que nunca.

La besó apasionadamente. La arrinconó hasta el borde de la mesa donde había estado pensando antes de que ella llegara en Murrow y su posible venganza y la siguió besando. Atrapó sus jadeos de sorpresa cuando su mano se apoderó de varias partes de su cuerpo, y se deleitó de placer cuando ella no lo apartaba. Esa era su manera de desearle un feliz cumpleaños, y la única razón por la que no la hacía suya allí mismo, era por el gran respeto que sentía por Byron Kinsberly.

—Te deseo —susurró contra su boca—. Fervientemente. —El suave gemido que emitieron sus labios fue respuesta suficiente—. No voy a tocarte —dijo, dejándola recomponerse mientras se alejaba—. No iremos más lejos, Amber.

—Es usted muy egocéntrico, señor; en ningún momento he mencionado que quiera tal cosa.

¿Por qué le encantaba provocarlo?

—Te gusto, me deseas —sonrió él—. Aunque seas la joven más casta, tímida y respetable de todo Londres, sabes que me deseas.

Amber no contestó a su provocación, y eso no hizo más que envalentonarlo.

Volviendo junto a ella, saboreó cada aliento que expiraba, presa del miedo de lo que él pudiera hacerle. Pero Cedric ya comenzaba a conocerla lo

suficiente para saber que el miedo que ella sentía no era hacia él, sino hacia sí misma.

—Aunque usted quisiera, yo no se lo permitiría.

—Sé que no lo harías, porque debes buscar un marido y llegar intacta. Es por eso, ¿verdad?

—Exacto.

—Pero si no fuera por eso, dime Amber, ¿te resistirías?

—Me hace preguntas totalmente inadecuadas, señor Cedric.

—Déjate de formalismos, mujer —musitó atrayéndola a su pecho. Desde arriba, Cedric pudo ver que había varios mechones que luchaban por liberarse del apretado moño hecho a prisas. Hábil por la experiencia, liberó la abundante melena desprendiendo una simple horquilla. Ella abrió los ojos por la sorpresa, pero no le dijo nada—. Quiero que admitas que me deseas.

—No es eso a lo que he venido aquí.

—Admítelo y volveremos al trabajo.

—No soy partidaria a decir mentiras.

Cedric la miró un instante y después volvió a besarla.

—Puedo estar así todo el día —dijo—, hasta que lo admitas.

—¿Necesita incrementar su ego?

Volvió a besarla.

—Necesito romper ese enorme muro que tienes levantado contra mí.

Lo cierto es que no era solo contra él. De su hermana Grace había aprendido que se sufría mucho cuando un amor no era correspondido, y había sido tanta la lección, que estaba dispuesta a permanecer así hasta encontrar a alguien que la amara. Y Cedric Bussarch no era ese hombre.

—Será mejor que me vaya.

Su voz había sonado tan seria y cortante, que Cedric debió de pensar que la había ofendido en algún momento.

—Discúlpame.

El espacio entre ambos volvió a agrandarse, y Amber tuvo el camino libre

para salir e irse a casa. Pero no quería irse, quería quedarse allí con él, permitiéndole lo que fuera que estuvieran haciendo. No iba a tocarla, sabía que podía confiar en él y que permanecería intacta hasta la llegada de un marido. Pero lo cierto era que ya no podía resistirse a sus besos, a sus abrazos, y a esa forma tan vehemente e inconsciente que tenía él de abandonarse a ella sin apenas darse cuenta.

—Sea lo que sea que me suceda con usted —musitó, llamando su atención—, es algo que no puedo controlar.

Desde donde estaba, él sonrió, y ella intentó bajar la cabeza todo lo posible para tapar el rubor con el cabello.

—Sé que no puedes. Yo tampoco puedo.

No había arrogancia en su voz, sino sorpresa, incertidumbre... puede que eso la hiciera sentirse más cerca de él, porque estaba vez fue ella quien se acercó y volvió a besarlo.

Cedric la detuvo un instante para mirarla.

—Eres una mujer muy extraña.

—¿Por qué?

Pero no tenía respuesta, porque lo verdaderamente extraño estaba sucediendo en su interior. La próxima media hora no hubo palabras entre ellos. Cedric disfrutó todo lo que pudo de su cercanía, de la liberación que parecía haber sucedido tras haber dicho aquellas palabras. ¿Cómo podía haberle dicho que no sabía besar? Jamás, nunca, una mujer lo había enloquecido tanto con solo unos besos.

Pero por muy a gusto que estuvieran, ambos sabían que la hora de su partida se aproximaba, y antes de que se marchase él necesitaba saber algo más.

—Nunca imaginé que te acordaras de la dirección de mi apartamento.

—No lo hice —dijo ella—. Seguí al último hombre que fue buscando a Byron. Y esperé un tiempo prudente para entrar.

—Te has arriesgado mucho, Amber. Tu seguridad y tu reputación valen

mucho más que todo esto; por muy importante que sea protegerlos.

Ella guardó silencio un segundo.

—Lo sé. Pero...

Cuando le alzó la barbilla para obligarla a mirarlo, sus ojos estaban llenos de lágrimas contenidas.

—¿Qué me está pasando? —le preguntó en voz queda—. Mi comportamiento... esto que hacemos...

—Eh, no hacemos nada malo. No te he perjudicado.

—Pero permito que pasen cosas que no deberían suceder. Ningún hombre que sepa lo que hago querrá tomarme como esposa, de nada habrá servido el esfuerzo de mis padres al presentarme un año antes en sociedad. La fiesta de esta noche está pensada para incrementar mis posibilidades. Y yo estoy aquí, contigo.

Cedric no dijo nada, pero entendía a la perfección sus palabras; estaba perdiendo el tiempo con él en lugar de buscar un hombre con buena reputación.

—Esto no tiene ningún valor, niña tonta —le espetó—. En cuanto salgas por esa puerta puedes seguir buscando a un duque para cazarlo.

Y sin darle oportunidad a responder a su ataque, se alejó de su lado y se sentó tras el escritorio. Cedric no era un hombre con título, pero sí tenía posesiones y mucho, mucho dinero. Y nadie lo iba a tachar de pobre después de todo lo que le había costado llegar a donde estaba. Fue ella quien quiso permanecer en ese mundo oscuro al que pertenecía, pensó, lleno de peligros y riesgos para poder ganar lo que se deseaba. Se lo advirtió, que se alejara, que hiciera caso a su hermano y olvidara todo lo que tenía que ver con él y con el orfanato. Pero además de mojigata era terca como una mula, y ahora los dos estaban ilusionados, a sabiendas que nada de lo que pudiera pasar entre ellos estaba permitido por la sociedad y por la ley.

Sí, se había entusiasmado con la hermana de su mejor amigo. La deseaba, la extrañaba si no estaba cerca. Y hacía sentir cosas en su interior que nunca había sentido. Con toda seguridad, aquellos ojos llorosos mientras le hacía la

confesión significasen que ella sentía lo mismo. Pues bien podía culparla por ello, ella se lo había buscado.

—Será mejor que te vayas antes de que te echen en falta.

De pie al otro lado del escritorio, ella lo observaba, asombrada por el brusco cambio de actitud.

—No está siendo nada amable.

—Soy todo lo amable que mi educación me permite.

—¿Es que lo he ofendido con mis palabras? —preguntó tímida—. Por un momento pensé que me comprendía... que era algo mutuo.

—¿El qué?

—Pues...

—No hay nada entre tú y yo. Excepto, claro, un gran deseo por hacer el amor y sucumbir an una noche loca en la que yo gane muchas cosas y tú pierdas tantas otras. —Aunque esperaba que se indignara, no lo hizo, sino que lo continuó mirando, intentando descifrar lo que sucedía. Era condenadamente astuta—. Tú misma lo has dicho, Amber: nada puede pasar porque perderías lo único que puede llevarte a un feliz matrimonio con algún caballero de esta ciudad.

Amber sonrió, y por un momento olvidó su enfado.

—He ofendido su dignidad.

Él no dijo nada.

Lo cierto es que ya quería que se fuera, la magia que los había unido esa tarde se había esfumado en cuanto ella le recordó que no podía tenerla. ¿Era normal que le importara tanto? No podía negar que lo había cautivado de una forma muy especial desde el primer encuentro entre ambos, aquella noche en que la hizo su rehén. Su valor, su tenacidad y su valentía para defender sus ideas desmentían todas las descripciones que Hall había hecho de ella.

Lo enloquecía con cada beso y con cada mirada. Pero, aunque le habían dolido sus palabras, eran muy ciertas. Amber era una mujer prohibida para él. Tanto por el abismo social que los separaba, como por la gran lealtad que le

debía a Byron Kinsberly.

—Byron no podrá venir —dijo ella en un susurro tras un rato de silencio —, está en varias reuniones que ha tenido que atender. Y creo que hasta la noche no estará disponible. Para entonces ya estaremos en la fiesta.

—Que la disfrutes, entonces.

Ella asintió, agradecida. Se recogió en un juego de muñecas el cabello y se colocó el sombrero lo más inclinado posible.

—¿En qué has venido?

—Andando.

Él la miró atónito.

—Estás más loca de lo que yo creía.

—Estaré bien.

—Te llevaré.

—No.

—No era una pregunta, maldita sea.

Se arrepintió nada más decirlo. La expresión de Amber pasó de sorpresa a rabia, y de rabia pasó a una sombría consternación.

No quería hacerla sentir mal. Pero, diablos, estaba tan ofuscado. Ella no tenía la culpa, se recordó. Aunque quisiera verlo así, no era cierto. La atracción entre ambos era algo que ninguno había podido controlar, y para esas alturas, después de no verse y no dejar de pensar en ella ni un instante, aquella tarde solo había sucedido lo que era de esperar: que todas las barreras desaparecieran, aunque fuera por un instante.

—Vamos, por favor —suavizó el tono—, déjame acompañarte.

Capítulo doce

Sabía lo que él estaba pensando, y por una parte pensaba exactamente lo mismo.

Lo había ofendido en su hombría, y de paso había quebrantado toda la magia que había nacido aquella tarde. Todavía sentía cada beso compartido en aquella estancia a la que él llamaba despacho, aunque era demasiado pequeña para su gusto.

Pero no debía olvidar que Cedric no era un hombre como los que estaba acostumbrada a tratar. No era como su padre, como su hermano, o como algunos de los pretendientes que habían frecuentado su casa algunas mañanas para tomar el té y llevarle flores. Cedric era todo lo opuesto a esos hombres...

Valiente, rudo, protector, pasional (muy pasional) ... y aunque era frío en ocasiones, con ella todo aquel hielo se derretía. No podía esperar de él más que momentos tiernos en los que por primera vez se sentía mujer, una mujer deseada. Era muy consciente de que entre ellos no podía existir nada más. De hecho, sabía bien que pronto tendría que dejar de verlo, pues Byron no estaría ciego eternamente, y tarde o temprano descubriría que continuaba perteneciendo a lo que sea que tenía organizado.

Aparte, algún día tendría que prometerse en matrimonio. Y si había tenido un tiempo para olvidarlo, mejor todavía. Y lo iba a necesitar, estaba segura de que necesitaría olvidarlo.

—¿Cuándo le dirá a Byron que ha rescatado a Kath?

Habían llegado a dos esquinas de donde estaba su hogar, y dentro del carruaje los dos permanecieron en silencio todo el camino. Percibió que él se había relajado un tanto, y quiso alargar un poco más la despedida para asegurarse que entre los dos todo quedaba bien.

—Cuando tenga la oportunidad.

Aunque no habían hablado, él no había dejado de mirarla todo el trayecto.

Y Amber sentía un hormigueo por todo el cuerpo cuando sabía que él la estaba observando. Pero no se acobardó y le sostuvo la mirada.

La energía que fluía entre ellos se cargó al instante. Amber no sabía si moverse o permanecer quieta, o lanzarse otra vez a sus brazos, que era lo que realmente quería. ¿Por qué no podía resistirse a él? Era como un imán para ella. Se había adueñado de sus pensamientos, de sus deseos, de sus preocupaciones. Porque nada le provocaba más ansiedad que saber que el hombre que hubiera deseado para su vida lo tenía exactamente delante, y no podía tenerlo.

—Maldición, Amber, deja de mirarme así o no podré resistirme más tiempo.

Era mutuo. Sabía que lo era, ambos sabían lo que estaba sucediendo entre ellos. Y si pudo aventurarse en una vida de peligros donde secuestraban niños y su hermano mayor, al que todos admiraba, tenía una doble vida, ¿por qué no podía dar rienda suelta a lo que por primera vez estaba sintiendo?

—Señor Bussarch —susurró—, lo invito formalmente a mi cumpleaños.

Él, como era de esperar, abrió tanto los ojos que por un momento su rostro no pareció tan atractivo. Pero de la sorpresa llegó la risa, y todo su encanto la envolvió de golpe.

—¿Estás hablando en serio? ¿Con qué pretexto aparezco en tu fiesta de cumpleaños, señorita? —Para eso no tenía respuesta, excepto porque no sería lo mismo si él no estaba—. Hall te encerraría en la habitación, y después me retaría a un duelo.

—Habla como si él supiera lo que ha pasado entre nosotros.

—Es un hombre, y sabe que te besé aquella noche en que te rescató de mí. El resto puede perfectamente imaginárselo si llega a enterarse de que hemos seguido viéndonos.

Ante aquello no tenía ninguna solución.

—Tiene razón.

—¿Por qué quieres que vaya?

¿Por qué quería?

¿Porque se sentiría mejor si estaba él? ¿Porque de pronto cada segundo era más valioso si respiraban el mismo aire? ¿Porque en el cambio que había en su vida él era el protagonista? ¿Porque lo quería?

Sí, lo quería. Y sí a todas las anteriores.

—Quiero que esté ahí —dijo con firmeza—. Y me indignaré si rechaza mi invitación.

Cedric la miró con una radiante sonrisa.

—Tengo la excusa perfecta para estar a tu lado esta noche.

Capítulo trece

Las luces no tardaron en apagarse, y Murrow esperó paciente hasta que Cedric Bussarch salió a la calle y montó en su carruaje. Lo siguió por la ciudad con asombro cuando vio que se adentraba en los barrios más finos de Londres. Aunque, a decir verdad, no era de extrañar que fuera en plena noche a celebrar su triunfo con aquel conde con el que tenía trato. Lo que no sabía es que la alegría de haber recuperado a la niña no le duraría mucho. Pues no había conocido todavía a ningún muerto alegre.

Ya era hora de que ajustaran cuentas, y no pasaría de aquella noche.

La celebración iba mejor de lo que había esperado. La gente bailaba, comía, se reía. Y algún que otro caballero se pasaba con el ponche. No eran muchos invitados, pues tampoco disponían de un gran salón de baile, pero sí los suficientes para que abundaran los pretendientes tanto para ella como para las demás señoritas. Estaba todo tan calculado que nunca había alguien sin pareja para bailar. Y los que no bailaban tenían a su vera alguien con quien charlar.

Todo fluía, menos Amber.

Había sido grosera en dos ocasiones con dos caballeros que insistieron un poco más de lo normal en visitarla a la mañana siguiente. Su hermana Grace, que se había percatado de todo, le advirtió que como rechazara a todos lo pretendientes muy difícilmente llegaría a comprometerse.

Pero no quería bailar, ni hablar, con nadie. No paraba de mirar hacia la entrada, esperando que en algún momento él apareciera.

Él.

Le prometió que asistiría, y ella confiaba en su palabra. Dios santo,

confiaba en la palabra de un bandido. Un hombre que blandía armas y que se valía de la violencia para proteger sus intereses.

Pero ese mismo hombre la llenaba de ternura y la guiaba por caminos que jamás creyó que conocería. La había sacado de un trance del que ya no quería volver. Se negaba a regresar a su vida antes de que él apareciera. Quería que formara parte de ella.

—Tres peniques por tus pensamientos.

Amber giró sobre sí misma para encontrarse con un alto y apuesto Byron. Si ella estaba pensativa, la expresión de él era de pura preocupación.

—¿Qué ocurre?

—Padre está en sus aposentos —dijo—. Se encuentra muy mal.

—Dios mío.

—Se niega a que busquen al doctor.

—Esta fiesta no debería estar celebrándose —masculló—. Todos sabemos que su estado es delicado, y hace días que está recayendo.

—La fiesta continúa, Amber. Esto es importante para ti.

El resoplido que escapó de sus labios no pasó por alto para su hermano mayor.

—Por lo que veo padre no es el único motivo para una sugerencia tan absurda —murmuró con el ceño fruncido—. ¿No estás disfrutando?

Amber miró de soslayo hacia la puerta.

—Sí, la verdad es que está todo perfecto.

—Aun así, no te veo conforme, hermanita.

—Solo estoy preocupada por papá.

Byron la tomó delicadamente por el brazo y la apartó del gentío.

—Hace rato que te observo, y no dejas de mirar la entrada como si esperaras que alguien apareciera en cualquier momento. ¿Hay algún invitado especial que yo no sepa? ¿Algún pretendiente que no ha llegado?

Cómo decirle que faltaba por llegar la única persona que podría alegrarle la velada.

—No, que yo sepa.

Pero la mirada volvió a desviarse hacia la puerta.

Nerviosa, cogió al vuelo una copa de ponche de un lacayo que pasaba por ahí con una bandeja repleta de ellas. Sabía que contenía alcohol, pero lo necesitaba. Y agradeció que Byron no le dijese nada.

Sin embargo, cuando lo volvió a mirar, se alertó a percibir una mueca que le oscurecía el semblante. Su mirada estaba fija en la entrada, y Amber supo lo que miraba incluso antes de verlo.

Cedric acababa de llegar.

La buscó con la mirada y no tardó en encontrarla, pero por esa vez Amber hubiera preferido que ese magnetismo que hacía detener el tiempo cuando se miraban no ocurriese en ese instante. Iba vestido con un traje de etiqueta de lo más elegante, casi igual que el que llevaba puesto Byron y los demás hombres de la sala. Y con la única diferencia que, rebelde al fin, se negaba a usar pajarita, y la camisa blanca estaba abierta hasta dos botones por debajo del cuello.

Se miraron y sonrieron, uno a cada punta del salón de baile, pero a Cedric no le duró mucho la alegría cuando se dio cuenta de quién la acompañaba. Recordando que su hermano estaba ahí, regresó su atención a él, y se encontró frente a frente con sus ojos acusadores.

—Me mentiste —fue todo lo que dijo. Y sabía que no se refería a su negativa de no estar esperando a nadie, sabía muy bien que Byron acababa de comprender que nunca dejó de verse con Cedric.

Le sostuvo la mirada e intentó no llorar mientras veía por el rabillo del ojo que Cedric se acercaba. Él lo arreglaría. Narraría la excusa con la que iba a presentarse allí y Byron disiparía lo que sea que estuviera pensando de ella en ese momento.

¿Cómo pudo ser tan tonta? Solo pensó en tenerlo cerca esa noche, y no meditó las consecuencias que podía atraer.

—Buenas noches.

Se había dirigido a Byron, y ella agachó la cabeza para evitar que le hablara en ese momento.

—Me encantará saber qué diablos haces aquí, Cedric.

—Tengo cosas importantes que decirte, no pueden esperar.

—Espero que comprendas si te digo que eso no será aquí ni ahora.

—Pues busca la forma, Hall —gruñó—. De aquí no me voy.

Lo último lo dijo con un tono más suave, y Amber supo de alguna forma que lo estaba diciendo para ella. Quería hacerle sentir que había ido para quedarse, para estar presente en su fiesta tal y como ella se lo había pedido. Y que no se iría, aunque ello significara pelearse con Byron.

—Muy bien, vayamos a otra parte.

—Feliz cumpleaños, lady Amber —musitó para ella.

Quiso decir gracias, pero cuando se encontró con sus ojos no le salieron las palabras.

—¡Byron, querido! —La oportuna voz de su madre se impuso entre la tensión de los tres—. Tienes que bailar con Amber, la orquesta va a tocar un vals.

—No, mamá, no puede —William, que estaba tras ella, la contradijo—. Harley lleva tiempo buscándolo para decirle que papá quiere verlo.

—¿Qué sucede? —preguntó preocupado.

—Solo sé que quiere verte.

—Yo puedo bailar con la señorita, si me lo permites.

—Oh, ¿y este caballero quién es?

—Cedric Bussachh, milady. Es un placer conocerla al fin.

—¡Byron! ¿Cuándo dejarás esa manía de nunca presentar a los amigos?

Aunque ella y Cedric percibieron que no fue de su agrado, Byron tuvo que cederle el baile a su viejo amigo. No obstante, antes de marcharse escuchó claramente el tono en el que le dijo:

—Después hablaremos muy seriamente, Bussarch.

Cedric no dio señales de importarle lo más mínimo la amenaza. Por el

contrario, se despidió de los demás y la dirigió a la pista de baile cuando las primeras notas ya habían empezado a sonar.

Nerviosa, observó a su hermano marcharse hasta perderlo de vista. Jamás había querido causarle ningún disgusto ni a él ni a nadie de su familia. Siempre había sido considerada, la más seria y juiciosa de todos los Kinsberly menores. Pero él había intentado imponerle unas leyes que iban contra sus ideas y, ahora lo sabía, contra sus sentimientos. Porque sentía cosas muy fuertes por el hombre que la sostenía como si jamás la fuera a dejar caer. Y aunque se tratara del único sin título en aquella sala, también era el único que la hacía sentir.

—Me temo que mi asistencia a este baile va a ir peor de lo que había imaginado.

Ella se concentró en él.

—Lo siento mucho —dijo—. Creo que fui muy egoísta invitándote.

—¿Desde cuándo se es egoísta por querer que alguien disfrute de una fiesta tan elegante?

Había sonrisa en sus labios, pero Amber sabía que estaba tan preocupada como ella. Su amistad con Byron estaba en juego.

—Por nada del mundo quisiera que tuvieras problemas con él.

—Hall y yo nos entendemos.

—Eso me ha quedado claro; le ha bastado vernos un segundo juntos para saberlo todo.

Cedric frunció el ceño.

—Lo sé.

Se habían sumado muchas parejas a bailar, y la cercanía entre ellos se estrechó.

Consciente de ello, Cedric le dedicó una mirada penetrante en la que le dejó entrever todo lo que pasaba por su mente en ese momento.

—No te preocupes por mí, haber venido a tu fiesta es lo mejor que he hecho en mucho tiempo.

—No era lo mismo sin ti.

No pudo retener las palabras, pero ya estaban dichas. Él las asimiló estrechándola con mucha más fuerza, sin importarle que alguien estuviera controlando las cercanías de las parejas de baile.

—Esta tarde me puse muy brusco contigo, te debo una disculpa.

—Los dos estábamos muy tensos.

—No —la corrigió—. Estaba todo perfecto hasta que mis celos interpretaron todo mal.

¿Celos? ¿Estaba admitiendo que sentía celos de los posibles pretendientes que pudiera tener?

—Entiendo.

Cedric rio.

—¿Es todo lo que vas a decir?

—Lo cierto es... —musitó—. Que no sé qué decir.

Y parecía que no hiciera falta decir nada, porque sus ojos se centraron tanto uno en el otro que pareció que hablaran solos.

—Confírmame lo que estoy percibiendo y me enfrento a quien sea.

¿Decirle lo que sentía? Amber no estaba segura de querer que él supiera todo lo que le provocaba. Y mucho menos estaba segura de querer que él y su hermano se enfrentaran por su culpa.

—Nunca me has contado lo que te une a Byron.

Él sonrió ante la evasiva de ella, pero la complació.

—Es muy sencillo; cuando mi vida se alejó del orfanato me perdí en lo peor de Londres. Pertencí por mucho tiempo a las bandas más peligrosas. Se dedicaban a robar, a abusar de mujeres. Cosas que yo nunca pude llegar a hacer, y por eso ninguna me aceptada por tiempos largos. —Amber casi tropieza de la gran atención que le estaba prestando—. Conocí a tu hermano en un atraco de la última banda a la que pertencí. Ya conocía al cabecilla, y nuestra rivalidad nos hizo perder el control de la situación. Dimos oportunidad a la víctima de defenderse, y él y los que lo acompañaban nos

vencieron.

Guardó silencio un segundo hasta que una pareja seguía de largo, el baile se había acabado.

—La víctima era tu hermano, y me ofreció ayuda cuando se dio cuenta de que yo estaba en contra de lo que le querían hacer. También me salvó, ya que el cabecilla ansiaba matarme después de aquello, y aún lo desea.

Con paso lento pero decidido, se encaminaron hasta salir de la pista de baile para reunirse con su madre y William, que ahora estaban acompañados por Grace y Damien.

—Ese hombre, el cabecilla, ¿era Murrow?

—Sí.

Amber lo miró con sorpresa. No hubiera imaginado nunca que dos personas tan opuestas hubieran pertenecido a la misma banda. Pero ya no tenía tiempo para preguntar más.

Antes de que pudieran decir algo al grupo que los esperaba, Byron le hizo señas unos pasos más allá para que se reuniera con él. Y ella se quedó allí, ansiosa por no presenciar lo que pasaría en aquella reunión.

Capítulo catorce

—¿La has seducido?

—Ya te he dicho que no.

—Volveré a preguntártelo las veces que hagan falta, Bussarch —rugió Byron.

—Quiso seguir cerca de los niños, eso es todo. Ya te lo he relatado una y otra vez.

Hall daba vueltas de un lado a otro en lo que era la biblioteca de la casa Kinsberly. Él, mientras, había tomado asiento a la tercera vez que le había hecho la misma pregunta.

—Cedric, mi hermana está buscando un marido.

—Perfecto.

—Y tú te has metido en su camino.

Aquello no se lo replicaría, pues era totalmente cierto.

—La he respetado.

—Pero te quiere —lo miró de hito en hito—. ¿Crees que no me he dado cuenta? Soy un experto en detectar los sentimientos de mis hermanas.

—Hall...

—Sabes muy bien cómo es tu vida, Cedric.

—Lo sé, maldita sea.

—No puedo permitir que expongas a ello a alguien de mi familia.

—Lo siento, Hall —dijo, pero antes de que Byron pudiera terminar el suspiro de alivio, continuó—, pero si lo que creo que existe es mutuo, tu opinión me va a importar muy poco.

—Cedric —musitó—, daría lo que sea porque fueras el hombre con quien mi hermana compartiera su vida...

—¿Entonces cuál es el inconveniente?

—¡Tus enemigos! Me has dicho mil veces que jamás te casarías para no darle un punto débil a Murrow. ¿Dónde ha quedado esa lógica?

—La perdí cuando la conocí a ella.

Hall sostuvo su mirada, consciente de que hablaba desde el corazón con aquella confesión.

Cedric comprendía todas y cada una de sus razones para estar así, pero lo que había comenzado como un juego había acabado siendo lo más serio que jamás había vivido. Amber le importaba, y solo necesitaba que ella terminase de abrirse con él y le confesara lo que sentía para él hacer lo mismo. Porque, para ser claros, de nada serviría que se enfrentara a su mejor amigo si ella no sentía lo mismo que él.

—No soy yo quien debe darte la bendición —dijo Byron—, es mi padre. Y no sé qué pensará él cuando sepa que tú eres el jefe de la organización con la que me relaciono.

—Creo que estás confundido, Hall. Me aceptéis o no, estaré con Amber.

Byron ya había escuchado algo parecido meses atrás, y no pudo menos que sonreír. Los hombres enamorados eran de lo más estúpidos.

—¿Qué te hace tanta gracia, Hallington?

La puerta se abrió de repente con la imagen de un lacayo sobresaltado.

—¡Milord! Tiene que venir inmediatamente.

—Padre...

—No, señor. —Cedric ya se había puesto en pie, a la espera de que el agitado lacayo pudiera articular palabra—. Todos los invitados se han ido. Han dado una falsa alarma de fuego y todos han huido.

—¿Falsa alarma? —preguntó Cedric, alerta.

—Hay unos hombres en la casa, milord.

Capítulo quince

Cuando llegaron al salón, la imagen que encontraron dejó a Cedric con la sangre helada.

Amber, su madre, y varios de sus hermanos permanecían unidos mientras Murrow y dos de sus hombres los apuntaban con armas.

—¡Han venido a llevarse a Amber otra vez! —gritó alguien.

—¿Quién demonios es Amber?

—¡Murrow!

El aludido sonrió cuando lo vio aparecer junto a Hall.

—A ti te quería ver.

—Madre, id todos arriba —ordenó Byron.

Lady Kinsberly, prudente, no hizo preguntas. Todos comenzaron a subir menos una persona.

—Vete arriba, Amber —le dijo.

—No me voy a ningún lado.

—Amber, cariño, estos hombres intentarán secuestrarte otra vez —musitó Grace.

—Iros arriba, yo me quedo aquí. Con ellos estaré a salvo.

—¡Id arriba!

La tensión y el momento no estaban diseñados para discutir con Byron, por lo que todos menos Amber desaparecieron dejándolos solos con aquellos hombres.

Cedric no podía apartar la mirada de su enemigo, consciente de que lo había seguido y que había puesto en peligro a Hall y a toda su familia. No volverían a estar a salvo hasta que no zanjara aquella situación.

—Esto es entre tú y yo, Murrow —masculló.

—Claro que lo es.

—Entonces vámonos y resolvamos esto en otra parte.

Murrow negó con la cabeza.

—No nos moveremos de aquí.

Aunque sintió ternura al saber que Amber quiso quedarse junto a él, se enfureció al comprobar que eso no haría más que distraerlo. No podía concentrarse en Murrow y en protegerla al mismo tiempo.

—Solucionemos esto como caballeros, Murrow —intervino Hall. El cabecilla de la banda centró su atención en él—. El problema aquí es una rivalidad entre hombres, pues soluciónala como hombres.

—El problema aquí es que tu querido amigo me fastidia todos los negocios.

—Negocios que haces con niños y niñas inocentes.

—No tienen a quién rendirle cuentas, y yo les doy trabajo.

—Te equivocas —lo cortó Cedric—. Me tienen a mí.

—Tenemos muchas pruebas con las que podemos hacer que te echen del país, Murrow.

La risa forzada no engañó a nadie.

—Puedes ser muy rico, pero no te tengo miedo; si te metes conmigo yo me meteré con tu familia.

—Basta, Murrow —dijo Cedric—. ¿Cómo puede acabarse todo esto? Crecimos juntos, maldita sea.

—Te volviste mi enemigo el mismo día en que quisiste ir contra mí.

—Nuestros ideales nunca fueron los mismos.

—Pues por culpa de eso, querido Cedric, hoy somos los peores enemigos de bandas de la historia de esta ciudad. —Cedric le sostuvo la mirada, consciente de que mientras estuviera concentrado en él, Byron y Amber estarían a salvo—. Esto solo se acabará con la muerte de uno de los dos, viejo amigo.

El grito ahogado de Amber no le pasó desapercibido, pues aquellas palabras eran conocidas incluso para una dama de buena cuna.

—Te reto a un duelo, Cedric Bussarch —escupió Murrow. Mientras, sus hombres guardaban sus armas tras él y se encaminaban a la salida—. Al alba, tú ya sabes dónde.

Cedric quedó en silencio unos segundos.

Un duelo contra Murrow significaba que, si ganaba, no volvería a molestarlo a él ni a los suyos nunca más. Incluso en los delincuentes había un código de honor cuando a duelos a muerte se refería. Los huérfanos por los que tanto había luchado para que no tuvieran una infancia como la suya quedarían a salvo. Esos niños gracias a los que había conocido a la mujer que había despertado la mejor parte de un hombre, estarían fuera de peligro para siempre. Y ella... ella podría ser suya, porque no habría ningún peligro del que protegerla.

Quizás no lo aceptara, pues no tenía título. Pero si eso no le importaba ni a ella ni a su familia, estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario porque Amber Kinsberly permaneciera en su vida.

Y si perdía... bueno, en ese caso la historia de Cedric Bussarch, de un desconocido padre francés, habría acabado.

—Acepto.

Capítulo dieciséis

Cuando solo quedaron los tres, Byron, Cedric y ella, pensó que lo primero que haría alguien sería gritarle para que reaccionara. Pero nadie lo hizo. Tanto Byron como Cedric permanecieron en silencio meditando lo que acababa de suceder; Cedric se batiría en un duelo a muerte en menos de siete horas.

Los pies fueron los primeros en reaccionar, guiándolos hasta él como si fueran el único lugar donde querían estar. Se detuvo a pocos centímetros de distancia y buscó su mirada, con la esperanza de que reaccionara y fuera tras Murrow para cambiar de opinión. Pero aquello no sucedía nunca, cuando dos hombres se retaban a duelo, era sagrado.

—No puedes hacerlo —musito, tuteándolo por primera vez.

Él no respondió, sino que fue la suave voz de Byron la que escuchó a su lado.

—No se puede revertir, Amber.

Las lágrimas cayeron sin remedio por sus mejillas, pero no tardaron en ser recogidas por los suaves dedos de Cedric. La caricia fue tan íntima, que Byron se apartó y los dejó hacer. Amber tendría que agradecerse después, no sabía qué habían hablado en privado, pero todo indicaba que ya estaba al tanto de lo que sucedía entre ambos.

—No puedes ir, Cedric —sollozó—. No puedes dejarme.

—Lo hago por ti —musitó contra su frente—. Para que estés a salvo de él.

—¡Pero si ni si quiera me conoce!

—Ahora sí, y no me arriesgaré a ponerte en peligro.

—Pero ¿a mí por qué? Es a los niños a quien quiere.

Cedric lanzó una breve mirada hacia donde estaba Byron, que hablaba con una serie de lacayos sobre la seguridad de aquella noche en la casa.

—Porque tú eres ahora mi mayor punto débil, Amber. —La miró a los ojos mientras se lo decía, y la besó después para que no le quedara ninguna duda sobre ello. La quería, y su inocencia entre toda la maldad en la que se había visto rodeado siempre había sido toda una bendición—. No tengo un título que ofrecerte, pero jamás te faltará nada a mi lado. Y, si me dices que las cosas que he estado percibiendo no son fruto de mi imaginación, te prometo que haré todo lo que esté en mi mano por venir corriendo a pedir tu mano.

Atónita, Amber no pudo menos que reír entre lágrimas de preocupación y de alegría.

Por supuesto que todo era real, lo que había surgido entre ellos era lo más real que había vivido jamás. No le importaba en absoluto que careciera de título, y muchos menos que no tuviera la misma fortuna que un hombre con uno. Cedric había calado su corazón desde el primer instante en que se cruzaron sus ojos, y, aunque a ambos le había costado dejar paso a lo que estaba naciendo, era una buena noticia saber que, por fin, aunque fuera en esa situación, los dos habían dado el paso.

—¿Y Byron?

—Te dije que nos entenderíamos —rio—. Y aunque no lo hiciéramos, eso no iba a detenerme.

—Oh, Dios mío, Cedric.

Si estaban rompiendo todas las reglas del decoro no le importó en absoluto cuando él la abrazó para besarla en profundidad. Sintió pudor por su hermano presente, pero rápidamente se olvidó de él.

Epílogo

Amber no durmió en toda la noche.

Después de que Cedric y Byron se marchasen para prepararlo todo, Byron sería su padrino, a ella le tocó dar muchas explicaciones a su familia. Como pudo, y de la forma que menos la perjudicara, les contó cómo conoció a Cedric, y su padre se encargó de aclarar de dónde provenía aquella amistad con su heredero.

Aunque en un principio pensó que todos se indignarían, el resultado la dejó más que boquiabierta; su madre y Grace no se sorprendieron en absoluto. De hecho, mencionaron que ya se lo imaginaban por esos reflejos y ese sentido tan audaz que poseía. Los pequeños por su parte se quedaron alucinados y admiraron todavía más si era posible a su hermano mayor. William se inspiró tanto, que comenzó a dibujar bocetos de un Byron muy atrevido montando a caballo como un feroz jinete en unos, y batallando contra enormes hombres en otros.

Pero la gran pregunta llegó cuando lord Kinsberly, perspicaz, le preguntó qué había entre ella y Cedric Bussarch. El motivo de la pregunta fue simple, no cesó de llorar un minuto en toda la noche. La sola idea de que pudiera perderlo en aquel amanecer, la atormentaba por completo. En ningún momento hubo objeción por su parte por la falta de estatus social de él, y Amber deseó más que nunca que la noche pasara deprisa, y que el alba trajera con ella buenas noticias.

Avanzada la madrugada todos habían ido a sus aposentos a dormir, pero ella todavía continuaba de pie, frente al ventanal que daba a la calle, a la espera de ver dos caballos llegar.

Y pasados casi tres cuartos de hora después del alba, cuando el sueño intentaba vencerla, pero la preocupación era más fuerte, los vio llegar.

Byron fue el primero en bajar del caballo. Segundos después otro jinete

totalmente cubierto desmontaba de un semental incluso más alto que él. Cedric pareció percibir su mirada, pues buscó por las ventanas hasta que dio con ella. Y le sonrió.

Estaba vivo.

Y eso significaba que su guerra privada había acabado, y que ellos dos por fin podrían dar pie a lo que sentían.

Corrió hasta la entrada, donde los alcanzó justo cuando el mayordomo les abría la puerta, ya despierto. Y allí estaban, exhaustos, con hondas marcas oscuras sobre los ojos y con una sonrisa cansada en los labios que la hizo abalanzarse sobre ellos.

Primero abrazó a Byron, pues él también podría haberse visto expuesto al peligro en caso de que el duelo hubiera salido mal. Y era su hermano, por Dios. Aunque intentó alejarla de Cedric, sabía que lo había hecho por su bien. Consciente de que estar cerca de él significaba estar cerca del peligro constante. Pero eso había cambiado.

—¿Dónde están todos? —preguntó.

—Se fueron a dormir hace horas.

—Me imagino que...

—Sí —dijo—, ya lo saben todo. Y fue papá quien contó la mayor parte.

Para su sorpresa, Byron sonrió.

—Me voy a la cama —echó una mirada rápida a Cedric, que los miraba impacientes—. Sí, Bussarch, ya me voy. Dos minutos, Amber. Bajaré a buscarte si hace falta.

Dicho esto, se despidió de Cedric con un movimiento de cabeza y se marchó. Y solo cuando escucharon el lejano ruido de una puerta cerrarse, Cedric se acercó a ella y la besó.

Pero aquello no fue solo un beso. Lo supo desde lo más hondo de su ser.

—Espero que no hayas dudado ni por un segundo que no iba a volver —le susurró contra los labios—. Porque las marcas de tus ojos declaran la angustia que has pasado toda la noche.

—No hubiera dormido, aunque quisiera.

—Ya estoy aquí, Amber, contigo. —Depositó un suave beso en su frente —. Y ahora todo será diferente, mejor.

Amber no pudo hacer más que asentir, perdida como estaba en su abrazo y en sus besos. No quería hablar, no quería que la soltara. Solo quería permanecer así, como tanto había deseado, aunque no lo sabía.

—¿Sabes? —preguntó él—. Creo que al final has aprendido a besar.

Y no pudo aguantar más.

—Te quiero.

Había encontrado el amor, ese del que tanto había leído. Y lo había hecho a manos de la persona indicada para ella. Porque, aunque no había dos personas tan diferentes, tampoco había dos almas tan iguales.

Nota de autora

Con mucha emoción, he narrado la segunda parte de la saga Los Kinsberly. En esta historia me he identificado con Amber, una joven tímida que adora los libros. Y estoy segura de que muchas de vosotras también lo haréis.

El beso definitivo ha sido una novela más corta que la anterior porque en ella se planea el terreno para lo que viene, recordad que Byron, Harley y William, están pendientes por conocer a su verdadero amor. Os confieso que cuando siento que una novela puede caer en la redundancia, prefiero hacerla corta a aburrir con ella. Espero que, así como está, os haya gustado tanto como la primera.

Como siempre, estoy a vuestra disposición para cualquier sugerencia, pregunta, etc. Millones de gracias por cada uno de los mensajes que he recibido desde la publicación de *Lágrimas del corazón*, y recordad que no soy lo que escribo, sino lo que sentís al leerme.

Podéis encontrarme en:

Instagram: @evelimordan

Twitter: @evelinmordan

www.evelinmordan.wordpress.com

Si te ha gustado

El beso definitivo

te recomendamos comenzar a leer

A la caza de un sueño

de Alexia Mars

Selección RNR

ALEXIA MARS

A la caza
de un sueño
imposible



Comedia Romántica

Prólogo

El aula rebosaba de bullicio. El griterío de los niños era incesante y la pobre maestra se sentía incapaz de controlarlos, empuñó la regla y la hizo sonar fuertemente contra su mesa al tiempo que les exigía un silencio que ellos no estaban dispuestos a entregar.

Desesperada, se dejó caer en su mullida silla y ocultó el rostro entre las manos. Del fondo de la clase escuchó a la pequeña Sara riendo a sus compañeros. Sonrió, ese angelito era una bendición entre tanto crío salvaje. Se recordó que tenía que ser paciente, que sus risas y gritos se debían a la excitación del regreso, sucedía siempre, cada septiembre. Esos pequeños demonios se afanaban por contarse las mil y unas batallas experimentadas durante los tres meses de vacaciones, imponiéndose los unos a los otros y componiendo una estridente algazara que prometía acabar con ella o acentuar, a lo sumo, su ya palpitante y dolorosa cabeza.

De pronto, dos golpes sonaron en la puerta. Se acercó y abrió para dar paso a un hombre uniformado.

—¿Es usted la señorita Rodríguez?

La aludida asintió varias veces, algo cohibida ante el imponente visitante. Tras él, una pequeña regordeta asomó el rostro. Alicia le sonrió, y la otra volvió a esconderse detrás de las piernas del que supuso que era su padre.

—¿El señor Martínez, verdad? Estábamos esperándolos. —La maestra se agachó y buscó a la niña con enormes lentes—. Hola. Mi nombre es Alicia y desde hoy seré tu *profe*.

La pequeña siguió oculta, y su padre la arrastró hacia delante, dándole un pequeño empujoncito. Ella apretó con fuerza el conejito de peluche que portaba y emitió una sonrisa desdentada.

—Hola. —Le ofreció la mano formalmente. Alicia aguantó la risa y se la

estrechó con la misma solemnidad—. Mi nombre es Beatriz, pero prefiero que me llamen Bea.

—Muy bien, Bea, así se hará. —Se giró hacia el resto de alumnos y, para su asombro, se percató de que estaban callados, mirando con ojos abiertos al imponente militar. Aprovechó su mutismo para presentar a la pequeña—. Esta es Bea, será vuestra nueva compañera durante este curso. —Todos siguieron en silencio—. ¿Y bien? ¿No vais a saludarla? —Soltaron un «hola» colectivo, y Alicia asintió satisfecha. Frunció el entrecejo al ver que alzaban sus manitas—. ¿Alguna pregunta?

Vaya si hubo, pero no para ella, sino para el señor Martínez, que pacientemente les explicó cuanto querían saber de su profesión. Beatriz, acostumbrada al revuelo que causaba su padre en cada colegio que pisaba, se encaminó hacia el fondo y se sentó en la mesita que quedaba libre. A su derecha, una niña rubia, delgada y alta la examinaba con lupa. Ella levantó la barbilla, orgullosa, y no se dejó amilanar por el intenso escrutinio. La otra sonrió y asintió como si la hubiese puesto a prueba y hubiese salido airosa.

Bea vio como su padre se marchaba a los pocos minutos y se evadió del mundo pensando cuánto tiempo estarían allí esta vez; estaba acostumbrada a las mudanzas, pero odiaba no tener amigos, solo podía contar con Brusqui, su fiel conejito. Lo apretó y lo besó. Un niño que estaba delante de ella arrugó la nariz y la llamó mocosa. La rubia de su lado le tiró un lápiz y le dijo que la dejase en paz. Bea fue a agradecersele, pero comprobó que no le prestaba atención y que seguía inmersa en lo que explicaba la maestra.

Pasaron las horas y por fin llegó el descanso. Bea se levantó y observó que todos formaban pequeños círculos. Volvió a sentirse sola y se aproximó a la casita de muñecas que estaba cerca de ella, cogió varios muñecos y simuló que se besaban. Tras ella escuchó un carraspeo. Se giró y vio a la niña mandona.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó altiva.

—Seis —respondió ella, recolocándose las gafas y mirándola atentamente.

—Yo, seis y medio, de modo que soy la mayor. Me toca a mí elegir.

Jugaremos a mamás y papás; tú serás el padre y yo, la madre.

—Yo...

—¿Alguna pregunta? —La sabioncilla imitó a su maestra hasta en el tono.

—Sí. —La otra alzó una ceja. Bea tragó saliva—. ¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Sara. Sara Lago Maldonado.

—Yo soy Bea. Bea Martínez Saez.

—Lo sé, la *seño* te presentó, ¿recuerdas?

Bea le acercó la manita como su padre le enseñó, y Sara la miró sin saber bien qué hacer. Finalmente, se acercó y la abrazó mientras le susurraba:

—A partir de hoy, seremos amigas.

Un año después, a finales de marzo, la clase hizo una excursión al Parque Natural de la Albufera para conocer de primera mano los animales que habitaban en su entorno.

Bea estaba tan emocionada que llevaba toda la noche sin dormir, Sara le había prometido que conocería una *cirueña*. Su amiga le explicó pacientemente que esas aves transportaban bebés, tan solo había que escribirles una carta, como a los Reyes Magos o a Papá Noel, entregársela y los pájaros se encargaban de fabricar el bebé. Ella ya tenía su carta, la había escrito dos días atrás. Quería una chica para que jugase con Ruth, el bebé que les trajeron a los padres de Sara.

La maestra, acompañada de los padres y madres que se ofrecieron voluntarios para cuidar de los pequeños en la escapada, los condujo por un itinerario botánico. Sara, de la mano de su progenitor, iba atendiéndolo embelesada, pues les estaba contando varias historias sobre el lugar. Sin embargo, Bea, que se aferraba a la otra mano de su amiga, prefería abstraerse mientras decidía cómo vestiría a la nueva muñeca que le traería su papá de su último viaje. Su madre, como siempre, estaba en casa cosiendo vestidos. Ella a veces la ayudaba y recibía elogios por su aportación. Le decía que tenía talento, que la llevaría lejos. A Bea le daba un poco de miedo eso, no quería

que nadie la apartase de su familia; prefería no irse al lugar ese del que hablaba su madre, ella se conformaba con sentarse sobre sus rodillas y ayudarla en su fantástico trabajo.

—Niños —los llamó Alicia—. ¿Queréis ver los patitos? —Todos estallaron en exclamaciones jubilosas y pronunciaron un sonoro «sí». La maestra rio al observar su alegría y pensó en esa hora pasada en la preciosa ruta verde donde los pobrecitos se aburrían como una ostra. Y ahora, con la sola mención de las aves acuáticas saltaban de emoción. ¿Quién los entendería?—. Bien, pues subamos a la torre.

Todos siguieron a la joven y mostraron su alborozo al ver a los animales en su hábitat natural. Algunos, los más osados como el pesado de Raúl, les tiraron migas de pan. Sara, muy enfadada, les riñó y los acusó de matar a los patos con sus acciones. Su padre, Antonio, la tranquilizó mientras le explicaba que no pasaba nada porque comiesen ese pan.

—Pero, papá, tú dijiste que eso no era bueno, que no debíamos hacerlo.

—Lo sé, cariño. —Los otros niños se acercaron y prestaron atención—. Y no debéis hacerlo. No es que sea mala la ingesta, sin embargo, muchas veces no se lo comen cuando lo lanzamos. Mira, Sara, ¿te acuerdas que ayer no te apetecía merendar porque estabas llena? —La niña asintió—. Pues lo mismo le pasa a los patitos, y si no se lo comen en el momento, se pueden formar algas y disminuir su oxígeno, además de llenarse de microorganismos...

—¿El qué? —preguntó uno de los pequeños, bizqueando.

—Bichitos. El pan se llena de bichos que son malos para los patitos, pues pueden infectarse y enfermar.

—Entonces, papá —insistió Sara—, no debemos echarles pan. —Él asintió—. ¡Raúl! —El otro dio un brinco justo cuando iba a lanzar otro pedazo de almuerzo—. ¿Eres tonto? ¡No puedes darles eso! ¡¡Podrían ponerse malitos!!

—Y a mí, qué. ¡Que se mueran, solo son patos!

—¡¡Raúl!! —lo amonestó la maestra—. ¡Espéranos abajo y no te muevas!

—¿Estoy castigado? —inquirió chillando.

—De momento, sí. Ya veremos si sigues el recorrido o te quedas con Amparo en el autobús. —Raúl agrandó los ojos con espanto al imaginarse el resto de la mañana acompañado de la directora de la escuela, que había decidido regresarse al transporte escolar al torcerse el tobillo durante la anterior ruta—. ¡No! Me portaré bien, *seño*.

—Eso espero. Ve abajo enseguida, vamos.

Refunfuñando, el crío pasó cerca de Sara y la empujó mientras la insultaba en un susurro. Sara alzó el mentón y le giró la cara. Bea, a su lado, le sacó la lengua y le tiró un trozo de bocata que le dio de pleno en la nuca. Cuando el chiquillo se dio la vuelta, ella rio, y él le dijo que se preparase, pues pensaba vengarse de ella. Bea volvió a reírse y le hizo burla. Sara, viéndola de soslayo, sonrió, entrelazó su brazo al de ella y la alejó del fastidioso niño.

—¡Bea! Mira, allí. Al fondo.

—¡Oh! Es... ¿Es una *cirueña*? —Se quitó la mochila, buscó la carta y la asió con fuerza—. ¡Tengo que verla! Voy a pedirle una hermanita.

—No sé si es buena idea...

—¿Por qué? —Se extrañó Bea; Sara solía hablar entusiasmada de la pequeña Ruth.

Su amiga se encogió de hombros.

—A veces parece que mis papis quieren más al bebé. Y mamá dice que tengo que compartir mis cosas con ella y cuidarla, como lo hago con mis muñecas. Es una gran *esponsabilidad*. Pero no sé si quiero que juegue con Caty, Bea. Un día se la dejé y la baboseó toda, ni siquiera supo peinarla. Cogió el cepillo y se lo metió en la boca. Y mamá se enfadó conmigo. A veces querría que el bebé se fuese.

Bea gimió.

—He pensado que si me traen una hermanita, el bebé Ruth tendría a otra persona con la que jugar, como lo hacemos tú y yo. ¿Qué te parece?

—Umm. —Sara se sujetó la barbilla, pensativa—. Creo que es buena idea. ¡Sí! Podría funcionar.

—No quiero que los demás se enteren, porque si las *cirueñas* tienen mucho trabajo, igual no se acuerdan de mi carta, que es lo que les pasó a los Reyes. Mamá me dijo que tenían tantas casas a las que ir que se olvidaron algunos de los juguetes que les pedí.

—Tienes razón. —Espió tras ella y la agarró del brazo—. La *seño* no está mirando, vete ahora.

—¿Y tu papi?

—Le diré que estás abajo. ¡¡Corre!! —la apremió dándole un empujoncito. Bea bajó las escaleras cuasi galopando y se dio de bruces con Raúl.

—¿Dónde vas, gafotas? —le espetó, apartándola de sí de un manotazo. Bea tuvo que esforzarse por no perder el equilibrio.

—¡No te importa, palillo!

Raúl gruñó. Resentido con ella, la empujó, y Bea cayó sobre el último escalón, la carta se le resbaló de las manos y fue a parar a los pies del crío, que la cogió y la leyó rápidamente mientras Bea daba saltitos entorno a él e intentaba recuperarla.

—¡Dámela! Es mía.

—Ya no, mocosa. ¿Y sabes qué? Nunca podrás entregarla.

—¿¡Qué vas a hacer!?

Raúl echó a correr y Bea lo siguió como pudo. Tras varios metros, el niño se paró cerca del agua y la levantó en el aire.

—¡Raúl! Dame la carta.

—No.

Rio perversamente y la arrojó.

Bea vio angustiada como el papel se sumergía y pensó en su mami. Recordó aquel día en el que la vio llorar mientras le decía a su papi que el bebé no llegaba, que qué pasaba. Bea lo sabía. ¡No habían enviado la carta! Y ahora, la suya, estaba perdida. Y todo por culpa del bobo de Raúl, que lo había estropeado todo. Las lágrimas brotaron de sus ojos empañándole las lentes y dificultándole la visión.

Como una sonámbula, caminó hasta el borde, se agachó y estiró el bracito esforzándose por alcanzar el escrito. Los deditos consiguieron rozar el papel, así que se inclinó un poco más, y justo cuando estaba a punto de alcanzarlo, perdió el equilibrio y cayó al agua.

Asustada y sin saber qué hacer, pidió auxilio entre angustiados chillidos. Movi6 los brazos con desesperaci6n, pero vio que se hundía sin remedio. Recordó las indicaciones de su padre e intentó poner en práctica las clases de nataci6n recibidas el pasado verano, pero estaba tan nerviosa que solo consigui6 tragar agua.

A lo lejos escuchaba su nombre. Sintió que le fallaban las fuerzas y se dejó llevar, sus ojitos comenzaron a cerrarse en el mismo instante en el que unos poderosos brazos la sostuvieron. La sacaron del agua, la tocaron y zarandearon hasta que pudo tomar aire y respirar. Tosi6 varias veces. Luego, pestañeó y enfocó la mirada sobre esos dos ojos oscuros que la contemplaban con intensidad.

—¿Estás bien, *piccolina*? —le preguntó.

Bea asintió, incapaz de hablar.

—¡¡Bea!! ¡¡Bea!! Ay, pequeña, qué susto nos has dado. —La señorita la arrancó de ese protector pecho y la abrazó, llorando. El padre de Sara le acarició el pelo y le preguntó qué había pasado. Ella no contestó, seguía hipnotizada por ese sonriente muchacho que se había convertido en su héroe.

—¡Andreas! ¡Andreas Baroletti! ¿¡Dove sei!?! *Mi ucciderai, ragazzo.*

Una mujer robusta, con mejillas sonrojadas, apareció de la nada. El joven lanzó una carcajada al escuchar las protestas de su nana por haberlo perdido de vista; solía refunfuñar que un día acabaría con ella. Le guiñó un ojo a la pequeña que bizqueaba sin comprender qué le decía la señora.

—Tengo que irme, *bella*.

—¿Eres mi príncipe? —preguntó, asombrada al conocerlo.

Bea estaba convencidísima. ¡La había salvado! Como los príncipes de sus cuentos, que rescataban a las doncellas de los temidos dragones. En su historia, Raúl era el bicho malo; ella, por supuesto, la princesa en apuros, y el

niño guapo, el príncipe. Se sintió importante. Ahora se casarían, ¿no? Y luego se tendrían que comer unas perdices y podrían ser felices para siempre.

—No, *piccola*, solo soy un conde. Pero si te conformas, puedes ser mi condesa. Ahora me voy, antes de que el ogro me encuentre. —Arrugó la nariz y cabeceó hacia la derecha, desde donde lo llamaban—. Adiós, *cara*.

Le dio un beso en la mejilla y marchó al encuentro de la malhumorada fémina. Esta lo increpó con el dedo mientras gritaba palabras ininteligibles para la niña. Andreas le sacó la lengua y echó a correr con ella a la zaga.

Bea alzó la vista y le preguntó a la señorita.

—¿Qué es una condesa, *seño*?

—Una persona muy importante, cariño.

—¿Algún día podré ser una?

Alicia se echó a reír.

—Todo puede ser, Bea —contestó, evitando desilusionar a la fantasiosa niña.

—Lo seré. ¿Sabes cómo, *seño*? —La otra negó con la cabeza—. ¡¡Me casaré con él!!